

El ocaso del Partido Colorado uruguayo

De dilución de marca al colapso de partido



Supervisor: Dra. Soledad Valdivia Rivera

Maxim N. Stunt

s0935468

Tesis de Maestría de Investigación

Estudios Latinoamericanos

Universidad de Leiden

Junio de 2016

“La gente necesita ser protegida. ¿Quién es que protege a la gente de que se caiga de la vida? ¿Que se caiga de la sociedad, de que se caiga de su escalón? ¿Quién es que lo protege, quién? Bueno, en algún momento, la gente tendió creer el batllismo – o el Partido Colorado. A mí no me protege, no en el sentido amplio, el Partido Colorado. No me protege. No es el que me promete protegerme. Hoy quién me promete protegerme es el Frente Amplio”.

(Carlos Fedele)

“El partido no tuvo la capacidad de (...) ponerte la mano en el hombro y decirte: mirá, la verdad, tenés razón estar enojado conmigo. ¿Pero sabés una cosa? No te olvides de quién soy. No te olvides que yo fui el que te dio la Ley de ocho horas. Las asignaciones familiares. La protección a la mujer. El voto a la mujer. Vos no te olvides que cuando los blancos decían que el hijo del doctor no se podía sentar al lado del hijo del zapatero en la universidad, nosotros hicimos la educación gratis. ¿Y los comunistas donde estaban?”

(Ernesto Castellano)

Lista de abreviaciones

C94	Cruzada 94
DVS	Doble voto simultaneo
EP	Encuentro Progresista
FA	Frente Amplio
FB	Foro Batllista
NE	Nuevo Espacio
PB	Partido Blanco
PC	Partido Colorado
PGP	Partido por el Gobierno del Pueblo
PN	Partido Nacional
UC	Unión Cívica
UCB	Unión Colorado y Batllista

Índice

Introducción.....	6
Capítulo 1. Colapsos de partidos políticos: el desencuentro entre partido y elector.....	10
1.1. El partido político.....	10
1.1.1. La democracia de partidos.....	10
1.1.2. Partidos políticos y fracciones.....	12
1.1.3. Categorización de partidos políticos.....	15
1.1.4. Sistemas de partidos.....	16
1.1.5. Formación e institucionalización del sistema de partidos.....	18
1.1.6. La competencia: ideológica, personalista, y clientelista.....	20
1.2. El elector.....	22
1.3. El desencuentro: colapsos de partidos.....	24
Capítulo 2: Contextualizando el caso: una mirada diacrónica al Partido Colorado.....	29
2.1. El Partido Colorado en el Uruguay blanquicolorado (1836-1971).....	29
2.1.1. Un sistema de partidos fraccionalizado.....	29
2.1.2. El Uruguay batllista.....	32
2.2. La democracia colorada restaurada (1984-1999).....	34
2.2.1. El cambio en paz.....	35
2.2.2. Del Batllismo Unido al batllismo dividido.....	36
2.2.3. La vuelta de Sanguinetti.....	38
2.3. País y partido en crisis (2000-2015).....	40
2.4.1. La crisis de 2002.....	41
2.4.2. La caída electoral de 2004 y después.....	43
Capítulo 3. El ocaso del Partido Colorado: el desencuentro entre partido político y electorado.....	46
3.1. Dilución de marca y erosión de identificación partidaria.....	46

3.1.1.	Inconsistencia ideológica: un partido conservador.....	46
3.1.1.1.	Del estatismo económico al libremercadismo.....	47
3.1.1.2.	Del batllismo liberal al pachequismo autoritario.....	53
3.1.2.	Convergencia con el rival: un partido descolorado.....	57
3.2.	Otros factores en la erosión de identificación partidaria.....	62
3.2.1.	El vínculo con el elector: un partido desconectado	62
3.2.2.	El tema generacional: un partido envejecido	67
3.2.3.	La cuestión del liderazgo: un partido acéfalo	70
3.3.	El colapso de partido.....	72
3.3.1.	El efecto de la crisis: un partido culpado.....	73
Conclusiones.....		78
Bibliografía.....		82
Anexo: lista de entrevistados.....		98

Introducción

El 31 de octubre de 2004, el izquierdista Frente Amplio (FA) ganó por primera vez la presidencia uruguaya. De tal modo, rompió el duopolio del Partido Colorado (PC) y Partido Nacional (PN), que desde la fundación de la República Oriental siempre habían ocupado el gobierno democrático. Lógicamente, la elección ha sido interpretada como un “terremoto político” (Altman y Castiglioni, 2006) donde la izquierda - “la única oposición creíble” (Queirolo, 2006) - constituyó “la alternativa socialdemócrata” (Luna, 2007), resultando en una “nueva alternancia en el gobierno” (Chasqueti y Buquet, 2004: 244).¹ De tal modo, Uruguay formó parte de la marea rosa latinoamericana, junto al chavismo en Venezuela, el kirchnerismo en Argentina, y posteriormente el masismo en Bolivia (Cleary, 2006: 35). No obstante, el partido que obtuvo el resultado más extraordinario en este sufragio no fue el FA, sino el histórico PC.

El PC, que había gobernado el país por más de 150 años, fue anihilado en dichos comicios. Tras haber obtenido un tercio de la votación en las tres elecciones anteriores, el PC obtuvo esta vez un mero diez por ciento. Se trata del partido que había nacido con la formación del Estado uruguayo, que había establecido la democracia uruguaya, y que había creado el primer Estado de bienestar en América. Era el partido que había liderado la salida de dictadura cívica-militar en los '80, y que había ocupado la presidencia en quince de estos veinte años siguientes. Sin embargo, este mismo partido ha sido relegado a un rol marginal en la política uruguaya desde 2004. Por tanto, surge la pregunta: ¿qué le pasó al Partido Colorado?

Mientras la victoria del FA marca la integración del Uruguay a la marea rosa, el colapso del PC suma este partido a una lista creciente de partidos históricos latinoamericanos que se derrumbaron de una elección a otra. Ante la emergencia de Hugo Chávez, cayeron los partidos tradicionales venezolanos; la victoria de Morales selló el final del histórico

¹ El FA es de izquierda pero, nominalmente, la izquierda no es necesariamente el FA. El FA se alió con el Encuentro Progresista (EP) en, postulándose como Encuentro Progresista-Frente Amplio en 1994 y 1999. Se suele considerar también el NE, escindido del FA ante la elección de 1989 y vuelto ante la de 2004, como izquierda. En 2004 la izquierda apareció como Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría, y después se integraron el EP y NE al FA. Ya que resulta difícil calificar también la católica Unión Cívica (UC), y en menor medida el PI desde 2004, como izquierda, un término ampliamente aceptado que distingue los demás partidos de los tradicionales es desde González (1999) “partidos desafiantes”.

Movimiento Nacional Revolucionario boliviano; el kirchnerismo derrotó los seculares radicales argentinos. Desde mediados de los 1990, de Costa Rica a Perú y de Guatemala a Uruguay, de pronto partidos longevos han sido anihilados en las urnas (Lupu, 2014: 573). Este fenómeno regional ha sido relacionado a la crisis de legitimidad de los sistemas partidarios en América Latina, definida como “quiebra de representación” (Morgan, 2011) o “crisis de representación democrática” (Mainwaring, Bejerano y Leongomez, 2006). No obstante, la gran parte de la literatura ha tendido a enfocarse sobre los actores emergentes, los nuevos partidos políticos, dejando inadvertido lo que ocurrió a los partidos longevos. Los factores que explican el ascenso de partidos emergentes y el descenso de partidos establecidos no son necesariamente dos caras de la misma moneda: algunos de estos partidos históricos sí sabían consolidarse en el mismo contexto hasta el día de hoy.²

De tal modo, dicho enfoque – si bien de suma importancia- cuenta sólo una parte de la historia. Si bien se puede atribuir el derrumbe de dichos partidos al ascenso de los actores emergentes (Dietz y Myers, 2007), es necesario considerar el decaimiento del tradicionalismo que a menuda precede la emergencia izquierdista. Ejemplares son los partidos venezolanos, que retiraron incluso sus candidatos presidenciales en 1998 para apoyar a un candidato más promisorio (Morgan, 2011: 120). Para entender el partido político, como su instrumento principal de la democracia, se precisa un enfoque más concentrado en la trayectoria de los partidos históricos que se derrumbaron.

Hay, obviamente, diferencias significantes entre estos casos. Sobre todo hay diferencias notables entre el caso uruguayo y los demás casos. En aquellos casos, los desafidores emergentes frecuentemente surgieron más recientemente: se fundó el chavista Movimiento Quinta República solo en 1997 y el Movimiento Al Socialismo boliviano participó por primera vez en elecciones nacionales en 2002.³ El caso uruguayo no obstante se coloca al otro lado extremo en este espectro, ya que el FA se fundó como fuerza electoral en 1971 y tuvo un

² Además del PN uruguayo, se destacan el Partido Justicialista argentino, el Partido Liberación Nacional costarricense, y los partidos tradicionales paraguayos y hondureños. Colombia presenta un caso intermedio, donde los partidos tradicionales perdieron protagonismo, pero supieron integrarse en coaliciones más amplias.

³ Claramente, estas formaciones no emergieron de nada sino tuvieron una trayectoria propia; el chavismo tiene antecedentes militaristas en el Movimiento Bolivariano Revolucionario (véase Hellinger, 2003); la trayectoria del MAS es incluso más complicada, surgiendo como confederación de movimientos sociales, con impronta importante del movimiento cocalero (véase Valdivia Rivera, 2014). Importa empero que fueron novedosas en términos electorales.

ascenso muy gradual e incluso prácticamente linear (Chasqueti y Garcé, 2004).⁴ Similarmente, le ocaso de los partidos venezolanos y bolivianos fue más gradual, como si tropezaron hasta la caída fatal. El PC por otro lado estaba estable, incluso creciendo levemente, desde las últimas elecciones.

Efectivamente, el caso colorado presenta una caída particularmente brusca en un sistema particularmente estable. Los partidos tradicionales, que dominaron la política uruguaya hasta 2004, cumplen en breve 180 años. De estos años, el PC ocupó casi un siglo y medio la presidencia, de los cuales medio siglo en democracia. La estabilidad uruguaya se muestra también en una volatilidad electoral históricamente y regionalmente limitada.⁵ Sobre todo cuando un sistema político es altamente institucionalizado, los cambios bruscos llaman a la atención. O sea, aunque la caída del PC se parece a la de sus homólogos, presenta un caso más extremo. Es decir, si un derrumbe electoral aparentemente espontáneo ocurre en el faro de la estabilidad, con el partido más dominante, es más probable que causas y efectos más profundos que cuando ocurren en países notoriamente inestables. Por tanto, el caso colorado es un caso excelente para analizar el fenómeno de caídas electorales.

Para este análisis, se utilizará el concepto de 'dilución de marca' de Lupu (2014; 2016), quien busca explicar las bruscas caídas electorales de partidos establecidos. Esta dilución tiene dos componentes: por un lado, el abandono del partido político de sus posiciones políticas históricas, y por otro lado, la convergencia con otros partidos, frecuentemente acérrimos enemigos históricos, a través del compartir posiciones políticas y del gobierno. Este trabajo procura aplicar el concepto de dilución de marca para explicar la caída electoral del PC uruguayo de 2004, enfocándose en el periodo desde las primeras elecciones en la transición democrática en 1984 hasta la caída electoral del PC en 2004.

El presente análisis, se basa en un trabajo de campo realizado en el departamento capitalino de Montevideo, el centro político y académico del Uruguay, entre agosto y

⁴ El caso argentino parece autoexcluirse de este continuo, ya que no se trató un partido emergente, sino del reinvento de un partido establecido.

⁵ En el periodo democrático antes la dictadura, de 1942 a 1971, fue apenas 7 por ciento. También en el periodo posterior, de 1984 a 1999 –un periodo de transformación del sistema de partidos - la volatilidad electoral fue muy bajo con promediamente 10 por ciento (Lanzaro, 2007: 123). Posteriormente, en las elecciones de 2009 y 2014, bajó otra vez al 7.6 e incluso al 4.2, un récord histórico (Selios y Vairo, 2012: 202; Altman y Buquet, 2015: 104). En perspectiva regional, solo Chile y Honduras cuentan con guarismos menores, mientras al otro lado del espectro se encuentran Guatemala y Perú, con 47 y 52 por ciento respectivamente (Payne, 2007: 154).

diciembre de 2015. Durante este periodo se realizó un acopio de fuentes primarias, la recolección de datos estadísticos y el desarrollo de entrevistas semiestructuradas con académicos, políticos y militantes. Se realizaron un total de entrevistas, mayoritariamente con políticos colorados, y en menor medida blancos y frenteamplistas. Igualmente, los académicos son mayoritariamente politólogos y en menor medida sociólogos. Todos han sido seleccionados por su perfil particular y su valor añadido en relación con los ya entrevistados. Por añadidura, se coleccionaron datos estadísticos de opinión pública que sirven para respaldar los análisis, sobre todo en torno a la (auto)identificación ideológica y la identidad partidaria. Los primeros datos sirven para verificar el proceso de dilución de marca de manera cuantitativa. Los segundos datos son necesarios para verificar que efectivamente se produjo un decaimiento en la identificación partidaria.

El primer capítulo del presente trabajo explorará el campo teórico del partido político, desde su organización y funcionamiento hasta el fenómeno de caídas electorales. El segundo tratará ubicar al PC en el contexto histórico y contemporáneo. El tercer capítulo, apoyándose en el trabajo de campo, presenta el análisis de la caída colorada a partir del concepto de dilución de marca.

Capítulo 1

Colapsos de partidos políticos: el desencuentro entre partido y elector

En este capítulo se define los conceptos más importantes y se determina el abordaje teórico para estudiar la caída electoral del Partido Colorado (PC). Por ende, se define primero el concepto de partido político y el sistema en que opera. Consecuentemente, se considera el papel del votante y sus motivaciones electorales. En la tercera sección se considera el desencuentro entre partido y elector: el colapso de partido. A partir de las teorías que tratan de explicar este fenómeno, se determina el abordaje teórico para analizar el fenómeno del colapso de partido.

1.1. El partido político

Esta sección explora la exigencia, la esencia, el funcionamiento del partido político. Por tanto, parte desde la asunción que los partidos políticos son imprescindibles en el funcionamiento democrático. Desde una mirada histórica, se distingue entre partido, facción, y fracción, ofreciendo definiciones para cada concepto. Luego, se categoriza los distintos tipos de partidos políticos y describe el marco en que operaran, el sistema de partidos. Por fin, se considera la formación e institucionalización del mismo y los posibles patrones de competencia partidaria.

1.1.1. La democracia de partidos

“Partidos son la institución central de la política democrática”, sintetizó el reconocido académico Seymour Martin Lipset (1996: 169) la ubicua percepción de la centralidad de partidos.⁶ Ostrogorski (1902) ha sido acreditado como el primero en señalar la importancia de los partidos para la democracia. Unas décadas después, Eric Schattschneider (1942: 1) ya comentó que la democracia es impensable sin partidos políticos. Más recientemente,

⁶ Todas las citas en este capítulo son traducciones del autor desde el inglés.

Robertson (1976a, 1) señaló que “hablar, hoy en día, de democracia, es hablar acerca de un sistema de partidos que compiten”. Similarmente, Katz (1980, 1) concluyó que “la democracia moderna es una democracia de partidos”. Es decir que se reconoce que los partidos políticos son necesarios para el funcionamiento de la democracia.

Esta indispensabilidad no resulta sorprendente considerando el papel que cumplen los partidos políticos. Como columna vertebral de la democracia, los partidos políticos son imprescindibles para articular diversos intereses de la sociedad.⁷ Formulando soluciones políticas frente a los desafíos que surgen, no solo responden ante los intereses societales sino influyen también en el panorama político. De esta manera, ofrecen una lente para interpretar la política. Son los actores principales de representación política y cumplen un papel crucial en la arena electoral. Por fin, tienen el papel de preparar políticos para ocupar cargos públicos. A través del gobierno, los partidos son cruciales en la formación de políticas en el marco democrático (Hague y Harrop, 2007: 211; Mainwaring y Scully, 1995, 3-4; Shively, 2005).

Esto no quiere decir que los partidos políticos tienen un monopolio en dichos ámbitos. Los medios de comunicación cumplen, progresivamente, el papel de interpretador político e influyen de tal modo la formación de la opinión pública (Street, 2010). Además, los movimientos sociales (Della Porta, 2009) y demás organizaciones alternativas (Lawson y Merkl, 1988) han logrado realizar cambios importantes donde los partidos políticos fallaron, ofreciendo una alternativa a la democracia representativa. Por fin, se ha criticado de manera progresiva el funcionamiento de los partidos políticos a lo largo de las últimas décadas. Ya en comienzos de los años '80, Fiorina (1980) señaló una falta de comportamiento responsable por los partidos políticos y advirtió que estaban en declive en Estados Unidos.

Tal declive no es un fenómeno exclusivamente estadounidense. La noción de que los partidos van perdiendo su vinculación con las bases sociales (Hague y Harrop, 2007: 241) es de alcance global, y se verifica por la caída de la identificación partidaria (Schmitt y

⁷ Cabe mencionar que la relación es unidimensional: los partidos, aunque necesarios para la democracia, no son antitético a la dictadura (Roberts Clark, Golder y Nadenichek Golder, 2013: 605).

Holmberg, 1995) y la afiliación (Ignazi, 1996).⁸ Esta desvinculación a su vez posibilitó la emergencia de partidos de protesta (Ignazi, 2006). No obstante, estos partidos se oponen al orden establecido, no al partido como institución – al fin y al cabo, su protesta se canaliza a través de partidos (Katz y Mair, 1995: 24). Además, como ha argumentado Scarrow (2007), el declive de afiliación no implica que la militancia haya perdido su importancia en el funcionamiento del partido. Es decir, por más deficiencias que tengan los partidos, y aunque cambian su organización y sus bases, al final del día el partido sigue siendo el vehículo que coordina el proceso electoral y legislativo (Roberts Clark *et al.*, 2013: 604). O sea, tal vez hayan cedido terreno a otros actores, pero los partidos políticos siguen cruciales en la arena política.⁹

1.1.2. Partidos políticos y fracciones

En cuanto a su significado, el término ‘partido político’ no suele generar mucha incertidumbre en el uso cotidiano. Sin embargo, a nivel conceptual existen distintas definiciones con distintas implicaciones que incluyen o excluyen fenómenos en la figura del partido político, por lo cual es necesario hacer algunas precisiones teóricas. Sartori (1976: 3) empieza su clásico *Parties and Party Systems* contrastando el término ‘partido’ con el término ‘facción’. El politólogo italiano destaca que ‘partido’ fue reemplazando gradualmente su antiguo sinónimo ‘facción’, que era y sigue siendo un término explícitamente peyorativo. El término facción, recuerda Sartori, es desde Lord Bolingbroke en 1732 asociado con la promoción de intereses personales (ibíd.: 6). Luego, se fue diferenciando entre ‘partidos políticos’ y ‘facciones’, donde estas últimas se volvieron subunidades dentro del partido (ibíd.: 72). Por la connotación negativa de ‘facción’, Sartori (1976: 72-74) propone el término ‘fracción para indicar las subunidades del partido en manera neutra. ‘Fracción’ es también congruente con los términos fraccionalismo y fraccionalización, para referirse al grado de

⁸ El declino de identificación y militancia y sus causas meritariamente un capítulo propio, pero no son el objetivo de la presente investigación. Una explicación es la de Whitely (2011), quien sugiere que la creciente amalgamación entre estado y partido sufoca la militancia.

⁹ Cabe mencionar la excepción particular que forman los micro estados pacíficos que desconocen partidos en sus democracias por motivos culturales-tradicionales (Anckar y Anckar, 2000). No obstante, generalmente, no hay una amenaza concreta que ponga en riesgo el papel de los partidos (Yanai, 1999).

proliferación de las subunidades partidarias. Este trabajo sigue esta argumentación y se opta por el término más neutro ‘fracción’ para indicar las subunidades de partidos.¹⁰

Sartori invoca en primer lugar a Edmund Burke para una definición del partido mismo. Burke definió el partido como “un cuerpo de hombres unido, para promover por sus esfuerzos conjuntos el interés nacional, en base de determinado principio en que todos acordaron” (citado en Sartori, 1976: 9). Como reconoce Sartori (1976: 9), esta definición es más bien normativa que descriptiva. Definiciones de Schattsneider y Schumpeter reflejen de mejor manera la verdadera naturaleza de los partidos políticos. Schattsneider (1942: 35) puso énfasis en el objetivo de partidos, interpretándolos como “un intento organizado para llegar al poder”. Más elaborada es la definición de Schumpeter (1942: 283), quien define al partido como “un grupo cuyos miembros se proponen actuar concertadamente en la lucha por poder político”.

En esta línea, Downs (1957: 25) afirma que un partido es un “equipo buscando de controlar el aparato de gobierno conquistando el gobierno en elecciones debidamente constituidas”. Frente a las definiciones de Schattsneider y Schumpeter, se añade el elemento de elecciones, que es necesario para distinguir entre un partido y por ejemplo una fuerza guerrillera. No obstante, Downs exige que las elecciones sean “debidamente constituidas”, o sea, libres y justas, para calificar el grupo postulante como partido. Es cierto que los partidos únicos en sistemas políticos como el norcoreano o chino, operan de manera significativamente distinta a los partidos políticos de sistemas libres, pero no implica necesariamente no ser considerados como ‘partidos políticos’.

¹⁰ Al nivel empírico, sigue habiendo pluralidad en el uso de ambos términos. En el contexto latinoamericano, tanto dentro (e.g. Buquet y Chasquetti, 2007; Blake, 1998; Cason, 2000; Morgenstern, 2001) como fuera (e.g. Dietz y Myers, 2007; Dix, 1992; Mainwaring y Shugart, 1997; Taylor-Robinson, 2001) del Uruguay se ha utilizado el término fracción como subunidad en sentido no-peyorativo. Entre ellos, Morgenstern (2001,252) aborda explícitamente la diferenciación como establecido por Sartori, pero sigue utilizando el uso de ‘fracción’. Altman (2000, 278; 2012, 838) trata la discusión más elaboradamente y llega a una conclusión contraria con respecto a su terminología. Recientemente, fracción parece ser de modo en Uruguay: Bidegain Ponte (2013), Bergara *et al.* (2006), Chasquetti (2008) Garcé (2010), Luna (2007; 2008), Moraes *et al.* (2012), entre otros, optan por el término fracción. Sartori (1976: 74) admite por otro lado que ‘fracción’ tiene otro significado en la jerga marxista, y que en Alemania se indica bancada parlamentaria con la palabra *Fraktion*. También el holandés *fractie* tiene dicho significado (Andeweg e Irwin, 2014: 174).

Efectivamente, el grado de libertad de las elecciones dice más sobre el funcionamiento de la democracia que sobre la identidad del grupo político que busca votos. Randall señala por lo tanto una tendencia eurocéntrica en esta definición, que excluye a los partidos políticos de “semidemocracias” que proliferan fuera del Occidente (1988: 4). De tal modo, el Partido Revolucionario Institucional no hubiera sido un partido a lo largo del siglo XX por falta de libre competición; igualmente, la Unión Cívica Radical habría dejado de ser un partido en los años de la prescripción peronista en Argentina. Entonces, tal restricción complicaría innecesariamente la investigación de los partidos políticos en países con menor calidad democrática.

Janda (1970, 83) resuelve este problema eliminando la cláusula de elecciones libres: partidos serían “organizaciones que persiguen el objetivo de colocar sus representantes declarados en posiciones de gobierno”. Sin embargo, esta definición no elimina solo la libertad de las elecciones sino, como observa Sartori (1976, 62), las elecciones mismas para la definición del partido. Fred Riggs propone que un partido es “cualquier organización que nombra candidatos para la elección de una asamblea elegida” (1973, 580). No obstante, aunque devuelve la importancia de elecciones, e incluye partidos únicos, esta definición excluye grupos que participen solamente en elecciones presidenciales u otras elecciones que no apuntan por la conquista de bancos parlamentarios.

Por fin, en la definición del mismo Sartori (1976: 64), un partido político es “cualquier grupo político que se presente en elecciones, y que es capaz de colocar a través de elecciones, a candidatos para cargos públicos”. De tal modo, Sartori ofrece una definición que incorpora también a los grupos postulantes que operen en regímenes menos libres. Además, reconoce la necesidad de la participación al juego electoral – libre o no – y el objetivo explícito de los partidos: llegar al poder – sea parlamentario o ejecutivo. Aunque Sartori (1976, 61) reconoce que ésta es una definición mínima, y además, que es, para utilizar el término de Kitschelt (2000: 848) una definición institucional. Una definición funcional por otro lado, trata justamente de las funciones anteriormente mencionadas, como la concertación programática y la canalización de intereses populares (Hinich y Munger, 1994). No obstante, una definición mínima e institucional es justamente lo que se busca, ya que el objetivo es

marcar las características indispensables – no exhaustivas - para la calificación 'partido político'.

1.1.3. Categorización de partidos políticos

Los primeros estudios del partido se enfocaron en su organización, y en la categorización de ellos a partir de dicha organización. El pionero Maurice Duverger (1954) estableció la noción de partidos de cuadro y de masa, que tienen estructuras partidarias opuestas. El primero emerge como agrupación de notables, típicamente en el siglo XIX cuando el sufragio era limitado. El partido de cuadro es manejado por pocas personas con muchos recursos, como bancarios e industriales. El partido de masa por su parte surge con la expansión del electorado, y cuenta con la participación de muchos adherentes, pero con recursos limitados– el trabajador es el típico miembro de un partido de masa socialista. No es decir que los partidos de masas son necesariamente dirigidos por las masas: como observó Schattschneider (1942: 46), el poder dentro el partido reside con el selectorado, la comisión que decide sobre la candidatura.¹¹ También, algunos casos constituyen una combinación de ambos: los partidos estadounidenses disponen de adherencia de las masas – a la hora de la votación en las elecciones primarias – pero dependen de grandes donaciones para su financiamiento (ibíd.: 63-65).

Es este camino convergente entre ambos tipos que lleva a Kirchheimer (1966) a introducir el concepto de 'partido atrapalotodo'. No obstante, el partido atrapalotodo no es una mera fusión entre dichos partidos: se caracteriza más bien por su búsqueda por votos a expensas de la ideología. Para tal fin, va asumiendo un perfil menos claro para atraer más votantes a través de una competencia centrípeta. Con su énfasis en la tendencia centrípeta, Kirchheimer da eco al trabajo del economista estadounidense Anthony Downs (1957), quien argumentó que la competencia por el votante mediano lleva a los partidos políticos a converger hacia el centro. Este proceso implica una desvinculación de los canales tradicionales de las bases – iglesia, sindicatos etcétera, y el partido atrapalotodo pasa a

¹¹ En este marco cabe destacar la famosa ley de hierro de la oligarquía que afirma la inevitable tendencia de organizaciones de concentrar el poder en pocas personas (Michel, 1911). No obstante, eso no es necesariamente malo: según Huntington (1965), la participación amplia amenaza la institucionalización de los partidos.

representar los intereses de la nación en vez de los del sector social, como hace el partido de masa. Se forja una conexión electoral en medida progresiva por los medios de comunicación masivos. Como el partido de masa, el partido atrapalotodo se apoya numéricamente en gran parte de la ciudadanía, pero al mismo tiempo organiza el liderazgo de manera elitista (Kirchheimer, 1966).

Panebianco (1988) señaló un paso más hacia la mercantilización del partido, llegando al 'partido electoral-profesional'. Este tipo de partido político se apoya en profesionales que se ocupen de la marca del partido, en una cultura electoral donde el partido se presenta más un producto y se acerca al votante como consumidor. Desde el partido atrapalotodo y el partido electoral-profesional Katz y Mair (1995) observan una mutación hacia lo que llaman el partido de cártel. La creciente identificación con el Estado – proceso iniciado desde el atrapalotodismo – marca una ruptura definitiva con el partido de masa, que se relacionaba sobre todo con la sociedad civil. Ante el desencuentro popular, y la paralela caída de afiliación, los partidos empezaron a buscar sus recursos en el Estado. Como consecuencia, emergieron los partidos de cártel, que se caracteriza por la “interpenetración de partido y Estado, y también por un patrón de colusión interpartidaria” (ibíd.: 17). La convergencia programática de la rotación de cargos públicos – opuesta a la alternancia – en la forma de coaliciones, la asignación de presidencias y alcaldías refleja una cultura de coordinación, en vez de competencia interpartidaria (ibíd.: 19) El desencanto del partido de cartel allanó a la vez el camino para los partidos de protesta, tanto los progresistas libertarios (como los verdes) como los de extrema-derecha (Ignazi, 1996; 2006).

1.1.4. Sistemas de partidos

Aunque el objeto del estudio es el partido mismo y no el sistema al cual pertenece, es necesario tratar el sistema de partido como concepto porque al fin y al cabo se percibe el partido a partir del contexto en el cual opera, o sea, el sistema de partidos. Como se sigue la definición sartoriana del partido, se adopta la definición del sistema de partidos del mismo autor. Para establecer el sistema de partidos - el “sistema de interacciones que resulta de competencia interpartidaria” - se cuenta los partidos relevantes (Sartori 1976: 44).” Para establecer la relevancia de un partido, Sartori (1976, 108) demanda que tenga el potencial

de coalición o chantaje. Es decir, o tiene la capacidad de unirse a un gobierno, o es bastante fuerte para obstruir decisiones importantes de ese gobierno.¹²

De ahí, Sartori (1976, 125), elaborando en la distinción de Duverger (1954) de sistemas unipartidistas, bipartidistas, y multipartidistas, identifica siete sistemas de partidos. Dos son sistemas no democráticos: en primer lugar, el sistema unipartidario, que permite solo un partido.¹³ En esta categoría se encuentran los partidos únicos a los que se hizo referencia arriba, que operan en varios tipos de dictaduras (ibíd.: 221). El sistema de partido hegemónico por otro lado permite más partidos, pero bajo elecciones que no son libres y competitivos. Los demás partidos son efectivamente una “fachada vacía” que insinúa que haya competencia electoral (ibíd.: 230). En algunos casos, los segundos partidos son una suerte de partidos de satélite. En tal caso – como en Polonia durante el comunismo – otros partidos participan en el gobierno, pero sin poder real - éste queda con el partido hegemónico. En esta categoría se encontraba el PRI mexicano del siglo XX, que asignaba un número limitado de bancos a los demás partidos (ibíd.: 230-234).

Si hay elecciones libres y competitivas, la variante de la última categoría define como sistema de partido predominante. Un partido es predominante, propone Sartori (1976: 192-196), cuando obtiene en cuatro elecciones consecutivas una mayoría absoluta de los bancos, o cuando una mayoría relativa le permite al partido gobernar. La última instancia ocurrió con frecuencia en Escandinavia, donde hubo y hay una tradición de gobiernos minoritarios. También se trata de un partido predominante cuando gana tres mayorías consecutivas, siempre y cuando haya un electorado estable y el intervalo (la distancia con el segundo partido) sea amplio (ibíd.: 199).

En los sistemas bipartidistas, la característica central es que los terceros partidos no impiden que haya un gobierno monocolor. Los dos partidos principales son capaces de competir por una mayoría, y uno de ellos sale ganándola, como ocurrió en el Reino Unido durante las

¹² Un método más cuantitativo es calcular el número de partidos efectivos, dividiendo por uno la suma de los cuadrados del peso de los partidos (Laakso y Taagepera, 1979). Ware (1996) propone contar solo aquellos partidos que obtengan más de tres por ciento de los bancos.

¹³ Aunque Sartori (1976, 44-445) reconoce que el partido único no compite con demás partidos, opta por incluir este tipo también en su obra bajo el capítulo de sistemas no competitivos.

primeras décadas posguerras. Contrario a los sistemas de partido predominante, se mantiene la perspectiva de alternancia. También cuando uno o ambos partidos se apoyen de manera consistente en partidos menores, se considera al sistema como bipartidista, aunque el bipartidismo es “cuestionable” (Sartori, 1976: 189). Es importante subrayar la consistencia de dicha coalición, porque implica la naturaleza bipolar del sistema. Un caso llamativo es el australiano, donde compite el partido laborista con una alianza permanente de liberales y nacionalistas. Sartori (1976: 186-188) relaja de esta manera los requisitos, porque el puro bipartidismo es excepcional.

Sin embargo, hay un límite a esta flexibilidad. Por ejemplo, cuando los partidos menores no se coaligan de manera consistente con los mayores – el caso ejemplar son los liberales alemanes hasta la emergencia de los verdes– no hay bipartidismo cuestionable. Hay, más bien, un sistema pluralista moderado. Esta categoría supone un número de partidos limitados (hasta cinco) con competencia centripeta, sin demasiada distancia ideológica entre ellos y sin partidos anti-sistema. En el caso que sí se verifiquen tales incidencias, el sistema pasa a ser uno de pluralismo polarizado. Ya no hay bipolaridad, sino oposición bilateral, en un sistema donde el centro se ve amenazado por la competencia centrífuga de partidos anti-sistema de ambos lados. El ejemplo clásico es Italia de posguerra, donde la presencia de comunistas y fascistas obligó a los partidos centristas de coaligarse (Sartori, 1976: 131-179). Por fin, un sistema de pluralismo atomizado constituye la categoría residual, donde no se vislumbra ninguna estructura y los partidos son meras lemas que cambian de una elección a otra (ibíd.: 284). A pesar de relativa antigüedad, la categorización sartoriana se ha mostrado poco desafiada (Mair, 2006: 64).¹⁴

1.1.5. La formación e institucionalización de sistemas de partidos

Para analizar la formación del sistema de partidos, cabe considerar el sistema electoral. Es cierto que las dos cosas se retroalimentan: el sistema electoral influye el sistema de partidos, y los partidos deciden sobre el sistema electoral. Por ejemplo, los partidos

¹⁴ Por motivos de espacio, se limita este modelo. Una sugerencia reciente es la de Alan Siaroff (2006) que propone una nueva categorización a partir de la crítica de Mair (2002) de que haya una convergencia ubicua de los sistemas de partido hacia el pluralismo moderado. A pesar de la eliminación de la categoría de partido predominante, no Siaroff no modifica radicalmente la fundación estructural de Sartori.

conservador y laborista en Reino Unido no tienen incentivo para cambiar el sistema electoral mayoritario porque ellos mismos benefician de dicho sistema (Hindmoor, 2006: 49-50). Efectivamente, el uso de mayoría simple fomenta bipartidismo, mientras el sistema de balotaje o segunda vuelta y el de representación proporcional propician el multipartidismo (Duverger, 1954: 239). No obstante, la relación entre sistema electoral y sistema de partidos no se muestra empíricamente incondicional. En una posición intermedia, Ordeshook y Shvetsova (1994) indican que tanto los clivajes como el sistema electoral influyen en el sistema de partidos. De todos modos, cabe subrayar que el sistema electoral no determina, sino facilita determinado sistema de partidos (Sartori, 1986; González, 1991: 30).

Desde una mirada histórica, Lipset y Rokkan (1967) ofrecen una interpretación distinta de la formación de sistemas de partidos. En su artículo seminal, subrayan el papel de clivajes sociales en dicha formación. Los autores sugieren que a partir de las grandes cuestiones de la distintas épocas – unificación nacional, la contraposición urbano-rural, la separación entre Iglesia y Estado, la lucha entre capital y trabajo – produjeron clivajes sociales al redor de las cuales surgieron partidos políticos. Por ejemplo, los partidos liberales del siglo XIX representaron el lado laico del clivaje Iglesia-Estado en oposición a los partidos conservadores que defendieron los privilegios de la Iglesia. Los partidos socialistas desde fines de siglo XIX surgieron al redor del clivaje capital-trabajo y se impusieron para defender los derechos de los trabajadores. Según Lipset y Rokkan la continuación de los sistemas de partidos implica un “congelamiento” de la última coyuntura crítica: “los sistemas de partidos de los 1960 reflejan, con pocas pero significantes excepciones, las estructuras de clivaje de los 1920” (1967: 134).

Dix (1989) por otro lado aborda el tema de otra perspectiva. Señalando que la teoría de los clivajes es fundada en las democracias europeas y anglosajones, busca de probar su validez fuera de estas latitudes. En su análisis de América Latina, ha mostrado que los sistemas de partidos no se caracterizan por clivajes sociales, sino que han sido dominados por líderes claves, tanto en la formación como en la continuación de los partidos constituyentes. Además, a veces estos lideraron partidos atrapalados que, contrario al desarrollo que supone Kirchheimer (1966), no evaluaron desde partidos de masas. En vez, los sistemas de partidos latinoamericanos se caracterizan por partidos atrapalados que no se surgieron *de*

novo, frecuentemente encabezados por caudillos cruciales – militares o no militares (ibíd.: 34).

Independientemente de su formación, una característica clave para cualquier sistema de partidos es su estabilidad o institucionalidad. Mainwaring y Scully (1995) definieron la institucionalización del sistema de partido por un conjunto de factores: la volatilidad electoral – el neto cambio electoral entre los partidos de una a otra elección - el enraizamiento de los partidos en la sociedad, la longevidad o antigüedad de los mismos, y la organización de con la cual cuentan los partidos. El grado de institucionalización del sistema importa, según los autores, como indica la estabilidad del mismo, y por lo tanto, la viabilidad de la democracia (Mainwaring y Scully, 1995: 6-13).

La institucionalización del sistema de partidos, sin embargo, conlleva riesgo de exceso. Lanzaro (2013: 236) considera que la denominación ‘democracia de partidos’ o ‘república de los partidos’ tiene una connotación positiva, pero que el término ‘partidocracia’ implica un juicio crítico, sino peyorativo. Aunque ambos términos sugieren la centralidad de los partidos en el juego democrático, el último supone una perversión del primero, donde el partido pasa a dominar sobre toda la sociedad (Bobbio, 1991) y donde su presencia ubica distorsiona las instituciones de gobierno (Sartori, 1994, citado en Lanzaro, 2013: 236). O sea, mientras se reconoce el valor de la democracia de partidos, la presencia excesiva de ellos resulta perjudicial para la democracia (Coppedge, 1994).

1.1.6. La competencia partidaria: ideológica, personalista, y clientelista

El sistema de partidos depende de la competencia entre los partidos. En este marco cabe destacar la teoría de votación espacial de Downs (1957), que interpreta la competencia electoral en un espacio político unidimensional de izquierda-derecha. Los partidos, como buscan de maximizar su votación ocupen un lugar en este espacio a partir de la distribución de las preferencias de los electores. En esta búsqueda, partidos asumen una ideología para aclarar sus posiciones, ofreciendo un atajo para los electores a la hora de la votación. Esto implica – siempre y cuando haya dos partidos – que estos tienden a converger hacia el centro, buscando el votante mediano en dicha escala. En sistemas de partidos

multipartidistas, la convergencia no es necesariamente centrípeta, pero partidos siempre ocupen las posiciones donde se encuentran los votantes. Entre los críticos se destaca Sartori (1976: 329), quien marcó que Downs omitió la importancia de las imágenes en este proceso, que refieren a las etiquetas o marcas que tienen los partidos, como conservador o liberal, y que son más bien subjetivas.

El papel de los líderes, señala Costa Lobo (2014), ha sido descuidado en los estudios de partidos. No obstante, el personalismo, fuertemente ligado al presidencialismo como sistema político, se fue ganando cada vez más protagonismo académico en los demás sistemas (McAllister, 2007). Concretamente, Costa Lobo (2014: 368) considera que, aunque no necesariamente decisiva para la votación, los personajes van obteniendo una “importancia creciente”, lo cual constituye la “personalización” de la política (Karvonen, 2010). Esta última, por su parte, se debería entre otras cosas al declive de lealtad partidaria, dando paso a los personajes (Lobo, 2014: 369) y la mediatización de la política y las campañas electorales (Swanson y Mancini, 1996). No obstante, cabe resaltar que King (2002) observa que los personajes siguen subordinados a las políticas y el desempeño de los partidos.

Kline (2014) atribuye los orígenes del personalismo en América Latina a la colonización ibérica y su cultura absolutista. Algunos, pero no todos, de estos líderes emplearon tácticas populistas, aunque cabe destacar que la presencia de líderes populistas no es un fenómeno explícitamente latinoamericano, como demuestra por ejemplo la emergencia del populismo en Europa durante las últimas décadas. Aunque el caudillismo no está necesariamente relacionado al populismo, Mudde y Kaltwasser (2014, 384) resaltan que sí tiene un vínculo estrecho con carisma, autoritarismo y el clientelismo. El clientelismo - la relación en que políticos intercambian desde sus cargos intercambian servicios y bienes materiales por votos con el elector (Roniger, 2004) destaca ha sido desatentado en la literatura dominante. Kitschelt (2000) contrapone clientelismo, que puede ser personal o anónimo, a una política programática, donde el suministro de bienes a la población es universal y no condicional. En tal caso, el partido busca relacionarse al elector a través de un programa y principios subyacentes o ideologías, por los cuales el votante puede percibir qué medidas tomaría cuando este esté en el poder.

Es de ahí que, como señala Coppedge (1998: 551), se suele distinguir entre partidos más ideológicos (Scully, 1995: 100) y los no ideológicos, que tienden a ser más personalistas y clientelistas (Gamarra y Malloy, 1995: 399; Conaghan, 1995: 436). No obstante, dichos elementos no necesariamente contradicen uno a otro. Por ejemplo, algunos partidos rígidamente ideológicos han sido controlados por personalidades muy fuertes, mientras otros partidos que operaban como vehículo de un líder personalista contaron con ideologías claras. Igualmente, también partidos más ideológicos emplean prácticas clientelistas. O sea, Coppedge (1998, 552) concluye que los tres factores – ideología, personalismo y clientelismo – varían de manera independiente.

1.2. El elector

No obstante, estos estudios tratan del partido político, pero al fin y al cabo hay un actor que determina el destino del partido: el elector. Cabe preguntar: ¿por qué, en primer lugar, se vota por un determinado partido político? Las dos escuelas dominantes – la de Michigan y la de, otra vez, Downs – parten de asunciones opuestas. Los representantes de la primera, a partir de Belknap y Campbell (1952), y sobre todo desde Campbell *et al.* (1960) dominaron los primeros estudios electorales con su concepto central de identificación partidaria: un sentimiento de pertenencia que vincula el elector a un partido (ibíd.: 121). Para la Escuela de Michigan, la identificación con determinado partido se obtiene a través de un proceso de socialización en la juventud, por la cual el elector termina identificándose con un partido y vota de acuerdo. Se suponía que esta identificación, que era más bien afectiva y predominantemente apolítica, era sustentable, estable, y familiarmente transmisible. Cabe destacar que elementos como valor y afección emocional prevalecen sobre factores cognitivos y racionales (Holmberg, 2007: 558).

No obstante, tanto el decaimiento de la identificación partidaria (Wattenberg, 1998) como la creciente discrepancia entre la escuela de Michigan y la realidad empírica (Thomassen, 1976), han amenazado dicha escuela. Datos más recientes indican que la identificación partidaria en América Latina también está cayendo (Morales Quiroga, 2014: 15). Como señala Hindmoor (2006: 42), el elector empezó con el pasar del tiempo, a convertirse

progresivamente más ‘downsiano’, o sea, basando su voto no en motivos apolíticos y afectivos, sino en factores más racionales y cognitivos.

Dicha escuela está basada en Downs (1957), quien pone ante la perspectiva psicológica de la Escuela de Michigan, una mirada economista. Sencillamente, el elector vota por el partido político que le esté más cercano (ibíd.: 6). Esta cercanía refiere a las preferencias que ubican al elector en una posición en la escala espacial. Esta posición a su vez se basa en la utilidad esperada que le traería el partido al elector. Estas utilidades no son necesariamente económicas, sino son funciones generales ejecutadas por el gobierno, y pueden variar desde la construcción de infraestructura hasta la defensa del país (ibíd.: 36-38). Como consecuencia, la identificación partidaria – percibida a partir de una votación repetida - es nada más que la rutina economizada a partir de previas votaciones.

Como describe Holmberg (2007: 558-559), al emerger de evidencia en contra de la tradición de Michigan, y a favor de la downsiana, autores como Goldberg (1969), Shively (1979) y más notoriamente Fiorina (1981), empezaron a incorporar aspectos más cognitivos, racionales y políticos en la conceptualización de la identificación partidaria.¹⁵ Justamente la posibilidad de unir o no la escuela de Michigan y la downsiana, motiva Robertson (1976b, 365) a observar que “cuando existen dos teorías, cada una aparentemente dando una explicación parcial de varios aspectos de un fenómeno social, surge un empuje académico para sintetizarlas”.

El empuje más convincente es el de Fiorina (1981), que combina factores afectivos con los políticos. Fiorina (1981, 91) no niega el aspecto heredado y afectivo en la en que formación de identidad partidaria, argumentando que la socialización domina la identificación partidaria al alcanzar conciencia política, pero con el pasar del tiempo adquiere su propia posición política a partir de su experiencia. Efectivamente, “la votación individual depende de la noción que ciudadanos monitorean promesas y performances de partidos a lo largo del tiempo, encapsulan sus observaciones en un juicio sumario denominado ‘identificación

¹⁵ Cabe destacar que entre los ciudadanos entrevistados en Campbell et al. (1960) también indicaron factores políticos. Por ejemplo, un trabajador de Massachusetts votó por el Partido Demócrata por que lo consideró el partido de hombre común (ibid.:22). No obstante, los autores optaron por poner énfasis en los factores apolíticos.

partidaria' y confían en este núcleo de experiencia previa cuando asignan responsabilidad para actuales condiciones societales y evalúan plataformas ambiguas diseñados para enfrentar futuros inciertos" (Fiorina, 1981:83).¹⁶ O sea, la identificación partidaria no es una mera identidad social, sino más bien el resultado de factores políticos; no es una condición estable y dada, sino una condicionada y constantemente evaluada (ibíd.).¹⁷

Por último, se considera la noción del voto económico, que aclama que se decide el voto a partir de consideraciones económicas.¹⁸ Como afirman Lewis Beck y Stegmaier (2007: 519), la noción del voto económico se establece a partir de Downs (1957) y Key (1966). Como mantiene Key (1966: 61) el voto económico se manifiesta retrospectivamente, castigando o premiando el oficialismo de acuerdo con su desempeño económico. Downs (1957: 39) por su parte elige al partido que supuestamente e traerá el mayor beneficio económico. No fue hasta Kramer (1971) que el voto económico llegara a un mayor nivel de aceptación académica.

Otra distinción en el voto económica refiere al receptor de dichos beneficios económicos: el individuo o el país como tal. Como señalan Lewis-Beck y Stegmaier (2007, 519), la percepción general ha sido por bastante tiempo que el votante considerara su situación económica individual a la hora del sufragio; no obstante, los datos indican de manera contundente que el desempeño económico a nivel nacional prevalece sobre la situación personal del votante individual, o sea, el voto sociotrópico.

1.3. El desencuentro: colapsos de partidos

Como se ha indicado, el partido y su relación con el elector están bien documentados. No obstante, menos literatura existe sobre el quebrantamiento de esta relación. La teoría de los

¹⁶ En una autocrítica, Fiorina (1981: 83), admite que su modelo tal vez no satisfaga la asunción racionalidad a partir de ciudadanos perfectamente informados. El concepto de "racionalidad limitada" Simon (1983) 'resuelve' dicho problema.

¹⁷ Más recién, Abramowitz y Saunders (2006) se apoyaron en esta teoría con resultados contundentes.

¹⁸ También en América Latina el concepto del voto económico es frecuentemente estudiado. Algunos tienen un carácter más comparativo, como el de Echegaray (1996). Además, se desarrolló varios estudios de casos, desde Argentina (Canton y Jorrat, 2002) a Nicaragua (Anderson, Lewis-Beck y Stegmaier, 2003) y desde Costa Rica (Seligson y Gomez, 1989) a Mexico (Domínguez y McCann, 1995).

clivajes sociales describe el ascenso y el establecimiento de los sistemas y los partidos que los constituyen. No obstante, la tesis que los sistemas se ‘congelaron’ deja abierta la pregunta cuándo cambian, o se descongelan y se derriten los sistemas de partidos. Si bien se muestra exitosa en explicar cambios de largo plazo, la teoría de clivajes no alcanza para explicar cambios repentinos (Lupu, 2014: 562). También los modelos espaciales describen cómo partidos se adaptan, pero no cuando fracasan en adoptarse (ibíd.: 562).

Con respecto al tema de este desencuentro, mayor atención ha sido otorgada a los nuevos partidos que emergen y las implicaciones que tiene esta emergencia. Un ejemplo se da en el estudio de Bolleyer (2013), quien analizó la emergencia y la consolidación de nuevos partidos. Fell (2006) por otro lado investigó la emergencia y el subsecuente declive de tales partidos. Saars (2015) ofrece un abordaje intermedio, estudiando tanto el éxito como el fracaso de nuevos partidos. Serra (2013) a la vez estudió la vuelta de partidos anteriormente dominantes, que tras un descenso se han recuperados.

En cuanto América Latina, también la emergencia de nuevos partidos – sobre todo de izquierda – dominan la literatura contemporánea. Barrett, Chavez y Rodríguez Garavito (2008) por ejemplo toman una perspectiva regional, mientras Hawkins (2010) realizó un caso de estudio de Venezuela. En este marco, O’Donnell, Tulchin y Varas (2008) han incluso privilegiado los actores no-partidarios que desarrollan los procesos de cambio. Fleischman (2013) por otro lado sí se ocupa de partidos emergentes pero se enfoca en las implicaciones internacionales que tienen su emergencia. Došek (2014) sostiene que el éxito electoral prolongado de la izquierda latinoamericana se debe en medida importante a los guarismos económicos que han podido representar estos gobiernos.

Como consecuencia, se otorgó mucha menos atención a los partidos históricos que se desplomaron, mientras dicha emergencia conllevó el colapso de muchos partidos tradicionales en toda la región (Roberts, 2012: 49). De tal modo, el ascenso del Movimiento al Socialismo (MAS) boliviano está bien documentado (Harten, 2011; Farthing y Kohl, 2014; Sivak, 2010; Shoaei, 2012, entre otros), pero hubo poco atención por la desploma del histórico Movimiento Nacionalista Revolucionario. O sea, el enfoque en los nuevos actores

deja sin respuesta muchas preguntas sobre las causas que determinaron el descenso electoral de diversos partidos históricos latinoamericanos.

La literatura existente sobre la caída de partidos políticos tiene carencias importantes. Fuera de América Latina, la desaparición de partidos está en el orden del día en jóvenes democracias (Kreuzer y Pettai, 2003). Este proceso es típico cuando votantes van conociendo los partidos, lo que (Bernhard y Karakoç, 2011:3) llaman ‘sacudir’ los partidos del sistema. No obstante, en los casos de las democracias recuperadas latinoamericanas, los partidos eran bien establecidos, por lo tanto el argumento no puede aplicarse en la región latinoamericana (Lupu, 2016: 5). Hay más estudios que excluyen América Latina (Lawson y Merkl, 1988) y se enfocan no en el colapso de partidos, sino en los sistemas de partidos (Dalton, Flanagan y Beck, 1984).

Esta tendencia ‘sistémica’ se nota también en los estudios del contexto latinoamericano. Entre ellos, Morgan (2011) enfatiza la amplia noción de la vinculación con la sociedad – desde lo programático a lo clientelista – pero no al nivel del partido sino al nivel del sistema de partidos. En manera similar, Seawright (2012) subraya el papel de ‘subrepresentación’ ideológica, en combinación con casos de corrupción. También Tanaka (2006) indica la crisis de representatividad de los sistemas políticos como causa del colapso. Igualmente, Coppedge (2005) indica crisis económicas y corrupción o como causas de colapsos de sistemas. Mientras estos factores seguramente tienen influencia, es difícil mantener que son cruciales: son numerosos estos casos en la historia latinoamericana. A lo largo de la historia partidos se desplomaron bajo tales condiciones, pero otros partidos se consolidaron a pesar de tales contratiempos (Lupu, 2014: 562).

Además, los demás trabajos se enfocan en factores que difícilmente pueden atribuirse al colapso de partidos. Por ejemplo, Boucek (2010) ha estudiado la relación entre fraccionalismo en la conservación o caída de partidos dominantes, pero no concluye que el fraccionalismo como tal destruya los partidos. De otra manera, Dietz y Myers (2007) notan la importancia de la emergencia de un político anti-élite. Es cierto que en los casos de Venezuela (Chávez) y Bolivia (Morales) estos líderes tuvieron un papel protagonista en el colapso de partidos o incluso sistemas de partidos completos. No obstante, hay un problema

con respecto a la causalidad del fenómeno: el ascenso es la consecuencia del vacío que dejaron aquellos partidos, o a lo mejor, constituye su derrumbe más bien que lo causa.

De hecho, como señala Lupu (2016: 178), el caso uruguayo confirma que mientras haya un partido establecido que pueda absorber la caída de otro, no hay dicha fragmentación que allana el camino al populismo anti-político. Otros subrayan no las crisis, sino la falta de recursos para mantener redes clientelistas, como consecuencia de aquellas crisis (Morgan, 2011; Luna, 2007; Sánchez, 2008: 317). Efectivamente, las reformas neoliberales y la descentralización de las décadas de 1980 y 1990 limitaron el control del gobierno central sobre las instituciones estatales, que aún más reduce la margen de maniobra clientelista (Luna, 2008; Roberts, 2012: 54).

Aunque relevantes en explicar los casos específicos, hay otro problema fundamental con estos análisis. Como observa Lupu (2014, 562), estos colapsos son muy escasos, y por lo tanto, estos y otros estudios privilegian el caso venezolano, y en menor medida el peruano (e.g. Buxton, 2001; Coppedge, 2005; Dietz y Myers, 2007; Lupu, 2014; Morgan 2011; Seawright 2012; Tanaka, 2006). Todo esto a pesar de la establecida noción de la excepcionalidad venezolana durante la segunda mitad del siglo pasado, la cual reduce la generalización de los datos obtenidos. O sea, resulta difícil destillar generalizaciones con implicaciones amplias si se enfoca específicamente en un caso que además es notoriamente poco representativo.

A partir de estas observaciones, Lupu (2014) introduce el concepto de dilución de marca (*brand dilution*). Este concepto tiene dos conceptos principales. Primero, refiere al abandono de la base ideológica de un partido. Esta inconsistencia ideológica suele implicar una convergencia con otros partidos, por lo cual resulta difícil distinguir la 'marca' de los distintos partidos. La convergencia programática se ve acompañado una colaboración con rivales tradicionales en la arena política. Según Lupu, este proceso de dilución erosiona la identificación partidaria.

El solo proceso de dilución de marca no es fatal. Mientras el partido gobierna una economía estable, la dilución sí reduce la identificación partidaria, pero no se necesariamente

manifiesta a la hora de la votación. Aquí entra el segundo componente: el mal desempeño del gobierno, por ejemplo en el caso de una severa crisis económica. Sin fuerte base de identidad para que el partido pueda apoyarse en, se ha vuelto mucho más vulnerable en tiempos de crisis. Es decir, una vez que la identificación partidaria desaparece, el votante deja de apoyar al partido en contratiempos. Su teoría sugiere que dilución de marca en combinación con malo desempeño gubernamental es fatal para los partidos políticos (Lupu, 2014; 2016).¹⁹

Como Lupu ha recién introducido su concepto de dilución de marca, todavía hay pocos estudios lo han aplicado. Baker *et al.* (2016) se enfocaron en el caso brasileño del *Partido dos Trabalhadores* (PT), que experimentó una moderación ideológica fue sujeto del escándalo de corrupción *mensalão*. Sus conclusiones son que la identificación partidaria del PT se vio afectada sobre todo en los sectores moderados del electorado *petista* – contrario a las expectativas *downsianas*, que pronosticarían que el corrimiento hacia el centro diluyera el apoyo izquierdista. Por otro lado, la presidencia de Lula generó una ola de popularidad del líder exitoso, y el reclutamiento de nuevos seguidores compensó por dicha pérdida electoral.

En la presente investigación se tratará de aplicar, sin descartar otras perspectivas, la teoría de dilución de marca para el colapso del caso de estudio. Para Lupu (2014: 562), el colapso de un partido (*party breakdown*²⁰), es fundamentalmente un proceso electoral: los votantes deciden, tras haber apoyado determinado partido por décadas, de abandonarlo masivamente. O sea, el colapso de un partido es “derrota electoral masiva de un partido establecido en un solo ciclo electoral” (ibíd.: 571). Específicamente, para el colapso de partido, es necesario cumplir con dos criterios más. Primero, el partido que derrumbe no solo ha sido un partido establecido, sino también competitivo con perspectivas de seguir compitiendo por el poder. Además, la caída electoral no es un incidente. Claramente hay casos donde partidos pierden severamente y luego se recuperan. En casos de colapsos, estos partidos dejan de ser competitivos por un periodo significativo (Lupu, 2016: 5).

¹⁹ De tal modo, Lupu se apoya en los conceptos mencionados de identificación partidaria y el voto económico. En el tercer capítulo, se especificará la identificación partidaria según los tipos mencionados en esta sección.

²⁰ Las traducciones al castellano del texto original inglés corresponden con una traducción (Lupu, próxima).

Capítulo 2

Contextualizando el caso: una mirada diacrónica al Partido Colorado

Este capítulo introduce el caso del Partido Colorado, ofreciendo un contexto para analizar la caída electoral de 2004. Para tal fin, primero se bosqueja brevemente la historia partidaria. Luego, se tratan los dos periodos que se pueden identificar en el decaimiento colorado: primero, las décadas de los '80 y '90, que fueron electoralmente relativamente prosperas, y después, la etapa final en este siglo donde se manifiesta el derrumbe electoral.

2.1. El Partido Colorado en el Uruguay blanquicolorado (1836-1973)

Esta sección presenta algunos rasgos importantes del PC y la política uruguaya desde la fundación del partido hasta la dictadura de 1973-1985. En este marco, se considera el nacimiento de los partidos tradicionales en el siglo XIX, su naturaleza fraccionalizada y la histórica dominancia colorada. Luego, se trata la emergencia del batllismo y la competencia democrática bipartidista hasta el naufragio de la democracia.

2.1.1. Un sistema de partidos fraccionalizado

El Partido Colorado (PC) fue fundado en 1836 por el caudillo y presidente Fructuoso Rivera. De tal modo, como el Partido Nacional (PN) – entonces el Partido Blanco (PB) - nació con la patria oriental. Estas colectividades surgieron de milicias – distinguidas por los colores de sus divisas, de ahí 'blancos y colorados' - que lucharon en las guerras independentistas (Martínez Barahona, 2001: 434-5). Los blancos y colorados supieron ligar los ciudadanos – inclusive los inmigrantes que llegarían en el siglo XX – a sus divisas a través de la memoria colectiva (Donghi, 2004). Luego pasaron a disputar el poder electoralmente, convirtiéndose en partidos políticos, conocidos como los 'partidos tradicionales'. En cierta medida, el bipartidismo emergente pareció al típico sistema de partidos elitista latinoamericano de siglo XIX, con los colorados liberales y blancos conservadores (González, 1991: 13). Por la dominancia de los partidos y su integración en el Estado, a menudo Uruguay ha sido

clasificado como partidocracia (Caetano y Rilla, 1992; Chasqueti y Buquet, 2004; Demasi, 2012)

Entre 1865 y 1959, la presidencia fue ininterrumpidamente ocupada por colorados. Cabe añadir que sistema político del siglo XIX fue pre-democrático, de sufragio limitado y gobiernos militarizados, aunque no militares. También en el siglo XX, tras la universalización del sufragio, hubo interrupciones autoritarias hasta 1942. En palabras de González (1991, 17), dicho periodo fue un intento de hacerse un partido hegemónico, en sentido sartoriano. Desde 1918 hasta el golpe de Estado de 1973, el PC fue dominante, pero técnicamente no predominante – solían forjar alianzas con los blancos independientes.²¹ Antes de que perdiera el gobierno en 1958, perdió la mayoría parlamentaria en 1946 y en los años '20 (González, 1991: 14-15). De ahí, se suele hablar del Uruguay bipartidista en el periodo 1942-1971 (Lanzaro, 1998; Caetano, 1999; Buquet, 2009; De Armas, 2009).

Ambos partidos tradicionales ha sido notoriamente fraccionalizados. La fraccionalización de los partidos incluso hizo cuestionar – aún bajo la definición mínima de Sartori - si ellos son efectivamente partidos políticos. Tanto el PC como el PN – y luego el FA - siempre han contado con numerosas fracciones bien establecidas y reconocidas, en Uruguay llamadas sectores.²² Esta fraccionalización complica calificar a los partidos como tales. Ahí surge un problema a dicha definición sartoriana: ¿son los partidos (los lemas) o las fracciones (los sublemas) los grupos capaces de colocar candidatos a través de elecciones?

El politólogo uruguayo Luis Eduardo González (1995: 142) invoca a Lindahl (1962), quien argumenta que las fracciones contaban con casas propias, antes de que existieran casas de partido. Además, Lamas (1946: 116-117) afirma que las fracciones dentro del partido solían tener visiones opuestas mientras concurren ideológicamente con fracciones del histórico rival. De aquí nace la percepción que el PC y el PN eran sencillamente una “fachada” de las fracciones, disfrazando la existencia de un multipartidismo (González, 1995: 142-143).

²¹ Una escisión izquierdista del PN, que volvería al lema ante la victoria blanca de 1958.

²² Véase por ejemplo Bidegain Ponte (2013), Bottinelli *et al.* (2014), Buquet (2009), Chasqueti (2008), Clérico (2006), Garcé (2010), Lanzaro (1998; 2013), Mancebo (1995) y Ruiz Valerio (2005). Tartakoff (2012) utiliza el término también para Chile, pero en un estudio comparativo con Uruguay.

Sin embargo, como pregunta González (1995: 143-144), si los supuestos partidos sí son coaliciones de fracciones y no partidos verdaderos, ¿por qué no surgieron las coaliciones ‘correctas’? O sea, si el lema no tuviera importancia y si fuera una mera fachada, sería más lógico que las fracciones se habrían organizado por aquellas líneas ideológicas y no por los efectivos lemas blanco y colorado. Efectivamente, fracciones nunca pasaron de un lema al otro.

Además, en cuanto la organización fraccional frente a la partidaria, cabe destacar que coordinaron la postulación entre sí y que al fin y al cabo los sublemas juntaban los votos al nivel de lema. Por fin, hay varios otros partidos fraccionalizados que pasan como partido – desde los partidos Democrático y Republicano estadounidense al partido Democracia Cristiana italiana y el partido Liberal Demócrata japonés – en estos casos la fraccionalización no impide tampoco que aquellas formaciones fueran consideradas partidos políticos (González, 1995: 145). En suma, se acepta que los partidos uruguayos, aunque fraccionalizados, son de hecho pueden ser considerados partidos políticos.

La fraccionalización ha sido cristalizada a través del doble voto simultáneo (DVS), que permitió postular múltiples listas para la presidencia y el parlamento bajo el mismo lema (Buquet, 2003). Esto posibilitó que los partidos tradicionales operaran, en un sistema de representación proporcional, como partidos amplios y atrapa todo. Es decir, como señala Dix (1989: 30), fueron atrapa todo en el sentido de atraer distintas clases y grupos, no necesariamente en captar votantes flotantes. Más bien, se apoyaron en una fuerte identificación partidaria y estructuras clientelares. El PC siempre tuvo fracciones más conservadoras en su seno, pero históricamente dominó el batllismo progresista, como dominó en el PN el herrerismo conservador (Buquet y Chasquetti, 2008: 318).²³ Por tanto, se solía identificar al PC como centro-izquierda, y el PN como centro-derecha (Bergara *et al.* 2006, 41).

²³ El herrerismo refiere al pensamiento del caudillo blanco Luis Alberto de Herrera. Aunque asociado con posturas conservadoras en lo social y lo económico, Herrera tenía posiciones más progresistas en cuanto la política exterior (Velázquez, 1968).

2.1.2. El Uruguay batllista

El batllismo refiere al pensamiento del presidente colorado José Batlle y Ordoñez (1903-1907, 1911-1915). Habiendo terminado la última guerra civil con la muerte del gran caudillo blanco, Aparicio Saravia, sentó las bases del Uruguay democrático y social (Rey Tristán, 2013: 45). El trabajo de Batlle, un socialdemócrata *avant la lettre*, y sus seguidores, dejó una impronta fuertísima en el país. Transformó Uruguay en el primer Estado de bienestar americano, incorporando las masas en el juego electoral bajo la bandera colorada. Uruguay fue conocido como la Suiza de América Latina, y la época batllista se recuerda como el feliz pasado (Luna, 2007: 12). Esto se debe a la legislación social, como el día laboral de ocho horas, la universalización del sufragio, el estatismo económico (Bergara *et al.* 2006, 41). El batllismo es además liberal, realizando la separación de Iglesia y Estado, y notoriamente, el establecimiento del Colegiado, un sistema ejecutivo consensual que limitó el Poder Ejecutivo y al presidencialismo (Ruiz Valerio, 2005: 143).

A pesar de sus aportes sociales, el batllismo advocaba la ‘solidaridad humana’ y no la lucha de clases (Tartakoff, 2012: 66). El batllismo se nutre más bien del krausismo que del marxismo (Buscio, 2014). De tal modo, se diferencia ideológicamente de la izquierda contemporánea frenteamplista, de la cual ciertos sectores originan en el marxismo y que también ha sido identificado como socialdemócrata (Luna, 2007). Como aclara el ex presidente colorado Julio María Sanguinetti, las distintas rutas a la socialdemocracia distinguen la socialdemocracia europea de la batllista: “En Europa, se llega desde el socialismo. (..) La matriz nuestra fue el liberalismo. Nosotros llegamos a la socialdemocracia desde la filosofía liberal y sigue siendo la nuestra substancia” (J.M. Sanguinetti, entrevista con el autor, 8/12/2015).²⁴

El investigador colorado Eduardo Alonso, destaca otro elemento progresista del batllismo, la deliberación institucionalizada partidaria, una práctica de democracia participativa llamada republicanismo radical:

²⁴ Se procura minimizar el término liberalismo por su doble sentido: el liberalismo político-filosófico como indicado aquí y el económico. Se utilizará el término solo para indicar el primer tipo, con la adición de ‘político’. Para el segundo tipo se empleará la palabra ‘libremercado’. No obstante, en algunas citaciones se utiliza ‘liberalismo’ con dicho sentido; en aquellos casos, el contexto clarifica que se indica el liberalismo económico.

“un mecanismo de inclusión ciudadana, con ambientes institucionalizadas para la deliberación pública y colectiva. (...) Esto generó un proceso de asambleas, muy numerosas con diferentes niveles, desde una gran movilización de las bases ciudadanas y luego con elementos intermediarios de representación. (...) Entonces en esas asambleas se deliberaba no solo aspectos vinculados a definiciones ideológicas propios de las asambleas y congresos del partido, sino también todo el conjunto de decisiones estratégicas que el partido necesitaba en cada momento. Donde uno puede encontrar varios casos (...) de decisiones donde el liderazgo es interpelado por la asamblea y donde se modifica la posición original.” (E. Alonso, entrevista con el autor, 15/9/2016).²⁵

Por la importancia del batllismo, tratar al PC es tratar al batllismo. En 1947, Luis Batlle Berres, sobrino de Batlle y Ordoñez, llega a la presidencia, dando lugar al neobatllismo. En consonancia con su época, Batlle Berres encabezó un proceso de redistribución social y estatismo económico, fomentado el mercado interno a través la industrialización por sustitución de importaciones (Nercesian, 2013: 9). El agotamiento de dicho modelo resultó en una crisis económica, y la búsqueda por una alternativa política y económica lleva el PN al poder en 1958. Después, el mapa político uruguayo cambió profundamente cuando los partidos tradicionales cambiaron sus posiciones relativas. El PN pasó a la izquierda por la emergencia del centrista Wilson Ferreira; el PC pasó a la derecha tras la muerte de Luis Batlle, cuando su hijo Jorge Batlle asume el liderazgo de la histórica lista 15 en los 1960 y cambia radicalmente la orientación económica del batllismo (Bergara *et al.*, 2006: 42). Jorge Batlle vuelca la política económica hacia posiciones libremercadistas, que contrastan notoriamente de las políticas de su padre (Pereira, 1988).

En 1966, el PC vuelve al poder, pero el presidente Gestido fallece entre un año y asume el vicepresidente Jorge Pacheco. En un clima de continuo descenso económico y alta tensión política, surge la guerrilla de los Tupamaros, provocando una reacción autoritaria gubernamental. Pacheco impone las Medidas prontas de seguridad, que le permitieron circunvenir el parlamento (González, 1991:38-42). El gobierno se apoyó además en leyes de urgencia, y leyes de dudosa constitucionalidad, pedidos de desafuero a parlamentarios y la suspensión de derechos individuales. Por fin, el autoritarismo se manifestaba en una creciente injerencia en los demás poderes y el aumento en la influencia militar (Rico, 2005:

²⁵ Véase también Alonso (2014) para una elaboración sobre el tema.

49). Durante su gobierno, Pacheco reprimió no solo a la guerrilla, sino a también movimientos sociales (Nercesian, 2013: 9)

Ante la elección de 1971, se funda el FA: una coalición de los testimoniales partidos socialistas y comunistas, un partido demócrata cristiano y algunos sectores escindidos de los partidos tradicionales. Entre ellos más prominentemente Zelmar Michelini y Hugo Batalla, batllistas que habían dejado el PC por la reorientación de la 15 y la influencia del pachequismo. La emergencia del FA, que obtuvo 18 por ciento, puso fin al bipartidismo e instaló un multipartidismo numéricamente moderado, pero ideológicamente polarizado. Pese a una pérdida de casi diez puntos, el PC gana con estrecha margen y asume Juan María Bordaberry, el protegido de Pacheco, quien había infructuosamente buscado la reelección por mediante una reforma constitucional (González, 1991: 39-42).

Aunque el PC se mantuvo como primera fuerza, la elección de 1971 constituye un preludio de la erosión – electoral e ideológica – colorada. Bordaberry, un corporativista sin convicciones democráticas, que se encontraba políticamente aislado, abre el camino al militarismo y disuelve el parlamento en 1973. Bordaberry presidiría el gobierno hasta 1976, cuando fue removido por los militares y reemplazado por un civil blanco, Aparicio Méndez. En la última etapa de la dictadura (1981-1985) asumió el militar Gregorio Álvarez (Nercesian, 2013: 10)

2.2. La democracia colorada restaurada (1984-1999)

Esta sección trata el desempeño del PC en la etapa final del siglo XX. Por tanto, elabora sobre los acontecimientos políticos más importantes de dicha época. Tras la recuperación democrática, el PC retomó su posición usual – el gobierno – restaurando de tal modo su dominancia histórica. Quince de los primeros veinte años desde 1985 tuvo la presidencia, y los otros cinco gobernó con el histórico rival, el PN. En este periodo, se continuó la transformación sistema de partidos puso en marcha en 1971, donde el bipartidismo fue reemplazado por un multipartidismo moderado (Lanzaro, 2007: 119-124). La emergencia de la izquierda exigió – matemáticamente - que los rivales unieran fuerzas, en coaliciones oficiales y menos oficiales.

Dichos gobiernos desarrollaron políticas que apuntaron, grosso modo, a modernizar la economía uruguaya: bajar la inflación y el déficit, reducir el papel del Estado en la economía, y abrir ésta hacia afuera, sobre todo a la subregión. Así, Uruguay coincidió con el proceso liberalizador que vivía la región, aunque de forma más moderada (Garcé, 2013: 123). A pesar de notables éxitos en dichas políticas – crecimiento económico, bajo de la pobreza, control inflacionario, obtención del *investment grade* – el bloque blanquicolorado fue perdiendo caudal electoral a lo largo de estas décadas (Buquet y Chasqueti, 2005; Chasqueti y Garcé, 2007; Garcé, 2000).

2.2.1. El cambio en paz

La asunción del presidente Julio María Sanguinetti el 1 de marzo de 1985 cierra la larga transición democrática uruguaya (Lanzaro, 2000: 25).²⁶ Sanguinetti, candidato colorado por la histórica lista 15 – Jorge Batlle era proscrito – con Enrique Tarigo como candidato vicepresidente, resultó electo presidente²⁷. Mientras Sanguinetti, aunque en las sombras de Jorge Batlle, era un candidato relativamente conocido por el público uruguayo ya que había sido ministro en la víspera de la dictadura, Tarigo era una figura nueva. Había ganado estatura por su participación en el debate televisivo sobre el plebiscito de 1980 y sus actividades como fundador del semanario opositor *Opinar*. Los otros partidos también tenían líderes proscritos: en el PN faltó su líder indiscutible, el exiliado Wilson Ferreira, y Líber Seregni por el FA. Como uno de los líderes de la transición pactada, encarnaba su eslogan del ‘cambio en paz’, y logró retener la mayor confianza de los uruguayos (Barahona 2001: 451). Los resultados de 1984 se asemejaron muchísimo a los de la elección anterior, de 1971: el PC, reteniendo su mayoría relativa de 41 por ciento de la votación, incrementó su

²⁶ Este proceso había comenzado en 1980, cuando el régimen pierde el plebiscito que tenía que ratificar la dictadura cívica-militar a través de una nueva constitución autoritaria. Por motivos de espacio se omite un análisis profundo del proceso. Para una interpretación extensiva de la caída de la democracia, véase Gillespie (1991) y González (1991). Gillespie (1986b) trata la dictadura y la transición. Más específicamente, véase Handelman (1986) para el plebiscito y Gillespie (1986a) para las elecciones internas de 1982 que seleccionaron los candidatos presidenciales. Ruiz Valerio (2005) trata la transición democrática a plazo más largo, y Corbo (2007) en perspectiva comparada.

²⁷ Entonces se votaba con el DVS, en que el candidato más votado del partido más votado se hacía presidente. El FA siempre postulaba un solo candidato. Dentro el PC, Sanguinetti obtuvo circa tres cuartos de los votos - Pacheco formó con un cuarto una minoría relevante (Bottinelli, Giménez y Marius, 2014: 1319).

margen sobre el PN, que cayó de 40 a 35²⁸; el emergente FA consolidó su avance con un leve crecimiento de 18 a 21 por ciento de los votos²⁹ (Gillespie, 1986: 229; Rial, 1986).

El flamante presidente Sanguinetti no contaba con mayoría parlamentaria y se vio obligado a forjar un gobierno de coalición. Aunque ni el PN ni el FA aceptó entrar en el gobierno³⁰, Ferreira se mostró disponible a ofrecer 'governabilidad' que implicaba el apoyo parlamentario blanco a los proyectos de ley propuestos por el gobierno, resultando en la 'Entonación Nacional' (Lanzaro 2000, 127-129). El gobierno encaraba dos desafíos enormes. Primero, el estado económico desastroso, y la reconciliación pos-dictadura. Al asumir la presidencia, Sanguinetti directamente concedió amnistía a los guerrilleros Tupamaros. Un asunto más delicado era el de los militares que habían cometido violaciones de derechos humanos durante la dictadura. Otra vez Sanguinetti propuso dar vuelta a la página, que provocó el rechazo de la izquierda, parte del PN y una minoría colorada: la Ley de Caducidad, que técnicamente no constituye una amnistía pero declaraba los crímenes caducados. El FA consiguió un referéndum polémico para derogar dicha ley en abril de 1989, pero Sanguinetti logró el apoyo de 56 por ciento de la ciudadanía (Buriano, 2011).

Al fin de su mandato, el legado de Sanguinetti era mixto. Pudo reclamar como gran éxito – aunque repudiado por la oposición – la realización de su prometido cambio en paz, con la vuelta ordenada a la democracia sin reveses autoritarios. En lo socio-económico, el panorama era menos favorable. Por un lado, se redujo la pobreza de 46 a 26 por cientos, aunque no disminuyó la desigualdad (De Armas, 2006: 48-50). La desocupación había bajado solo levemente; el crecimiento había pasado al 7 por ciento en 1986 y 1987, pero enseguida volvió a ser mínimo, y la inflación había incluso aumentado (Blake, 1998: 10).

2.2.2. Del Batllismo Unido al batllismo dividido

Fue precisamente la economía el punto de divergencia entre el más estatista Sanguinetti y el libremercadista Batlle, el candidato natural quincista ante la elección de 1989. No obstante,

²⁸ Aunque parece natural concluir que la caída del PN a la ausencia de su líder indiscutible, Ferreira, cabe destacar que en las internas de 1982, cuando el PN también corrió con un *proxy* wilsonista, obtuvo una votación mucho mayor: 50 por ciento. No obstante, como el FA no pudo participar, muchos votantes progresistas no cumplieron con el pedido de votar en blanco y sufragaron por la formula wilsonista. La mitad – 2.5 puntos – de la perdida blanca se trasladó a la UC.

²⁹ Los porcentajes aquí y en adelante son los votos válidos.

³⁰ Como destaca Barahona (2001, 452), Sanguinetti sí supo incluir un ministro de la UC y dos formalmente independientes con tendencias nacionalistas.

Sanguinetti propuso postular su vice Tarigo, creando consternación en las filas batllistas y un conflicto entre ambos líderes. Aunque el DVS posibilitaba múltiples candidatos batllistas, este mismo sistema electoral asustó al batllismo que el colorado derechista Pacheco, en caso de una división del voto batllista, saliera presidente. Por lo tanto, se decidió organizar una elección interna para determinar el candidato común del sublema Batllismo Unido, en la cual triunfó Batlle (Bottinelli et al., 2014: 1485).

El panorama no era favorable para los colorados ante la elección de 1989: aunque el desempeño económico ha sido relativamente bueno con respecto a los países vecinos, había un desencanto del primer periodo pos-autoritario (González 1991, 155). Sumada a éste, las visibles tensiones del Batllismo Unido no ayudaron la causa colorada. Por fin, Hugo Batalla, ex colorado y cofundador del FA, dejó dicha formación y presentó su propia lista³¹. Logrando 9 por ciento de los votos, Batalla creó una cuarta fuerza política relevante. El FA, sufriendo la pérdida de su sector más centrista, se mantuvo en el 21. El PC cayó al 30 por ciento y el PN emergió victorioso con 39 por ciento de sufragios, llevando Luis Alberto Lacalle Herrera a la presidencia. El PC no solo perdió el gobierno central; en su bastión, el departamento de Montevideo, ganó por primera vez el FA.

El presidente Lacalle encaraba una situación difícil. Careciendo de mayoría parlamentaria, el PN necesita construir una 'Coincidencia Nacional', incorporando los sectores colorados en el gobierno (Barahona, 2001: 496).³² Dentro el PC, la unidad batllista pronto se rompe y Sanguinetti se alejó de la 15, fundando en 1990 su propio sector, el Foro Batllista (FB). No obstante, tampoco dentro del mismo PN contó con el apoyo incondicional, como los wilsonistas representaron posiciones más centristas.³³ El gobierno de Lacalle quedó asociado con su ambiciosa agenda para reformar el Estado uruguayo, que tiene históricamente un papel crucial en la economía. Entre sus cumplimientos, se lista un crecimiento sostenido

³¹ Su sector, el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP), formó una alianza electoral, el Nuevo Espacio (NE) con otro sector ex-frenteampalista, el Partido Demócrata Cristiano, y la UC, también socialcristiano pero de tendencia más conservadora. Cuando Batalla integra la fórmula presidencial de Sanguinetti, el NE se establece como partido, sin el PGP obviamente.

³² Fueron el FB, la 15 y la Unión Colorada y Batllista (UCB) de Pacheco. Su candidato vice, Pablo Millor, dejó el sector por la coalición con Lacalle y fundó Cruzada 94 (C94), reivindicando el estatismo sesentista de Pacheco, quien había asumido posiciones más neoliberales (Barahona, 2001; 496).

³³ Wilson Ferreira mismo murió en 1988, pero como dicta la tradición uruguayo, se sigue refiriendo a los seguidores del líder fallecido como tal.

hasta 1994, y una reducción de los aranceles, de la inflación y del déficit, pero sobre todo el establecimiento de Mercosur con Argentina, Brasil y Paraguay (Blake, 1998: 11).

No obstante, en otros proyectos encontró mucha resistencia dentro y fuera su coalición, tanto de su PN como del PN. Las divergencias dentro del gobierno sumergieron más notoriamente a partir de un proyecto de Ley que apuntó para la conversión de varias empresas públicas en empresas mixtas. En respuesta, el FA organizó un referéndum para derogar la Ley, que había sido votado estrechamente. Cuando la campaña en contra se iba ganando fuerza, Sanguinetti optó por romper la línea del gobierno y respaldó la derogación parcial, preludiando una derrota fatal para Lacalle en las urnas. El referéndum fue el zenit del proceso progresivo de la desintegración de la Coincidencia Nacional: habían retirado sus ministros tanto Sanguinetti como Batlle - por motivos opuestos, ya que este último acusó Lacalle de ser demasiado gradualista – y hubo al final un éxodo del gobierno desde las filas blancas (Walkman, 1993).³⁴

En 1994, el gran favorito para la presidencia fue otra vez Sanguinetti. Convenció a Batalla de volver al lema, integrándolo en su fórmula presidencial, para ampliar su oferta electoral. Al final, la victoria fue extremadamente reñida: con 32 por ciento de los votos, el PC llegó un punto encima del PN y ni siquiera dos del FA, ahora liderado por Tabaré Vázquez (Caetano, 1995). Como el PC no contaba con mayoría parlamentaria, Sanguinetti apuntó a forjar una coalición de gobierno con el PN. Más de su antecesor, Sanguinetti logró unir su partido, que consistió en cuatro fracciones tras la fundación del Foro y de C94, divididos por el eje estatismo (Foro, C94) – libremercado (UCB, la 15) y por el eje liberalismo político (Foro, la 15) versus autoritarismo (UCB, C94). Alberto Volonté, el blanco más votado, se mostró dispuesto a ofrecer cogobierno, pero Lacalle tomó una postura más distante. Al fin, los dos, más un sector wilsonista se unieron al gobierno (Mancebo, 1996: 95-96).

2.2.3. De la vuelta de Sanguinetti al balotaje

Durante el segundo mandato de Sanguinetti, el crecimiento – del PIB per cápita, no los ingresos por cápita - se sostuvo hasta 1998, cuando el panorama regional cambió, sobre todo en Brasil, y Uruguay entró en recesión económica. También el desempleo, bajando

³⁴ El FB dejó la coalición en abril de 1991, la lista 15 – donde Batlle siguió a la cabeza - en febrero de 1992 – ambos antes del referéndum (Lanzaro 2000, 136).

desde 1996, volvió a subir desde 1998. La inflación bajó, pero la desigualdad aumentó (Buchero y Furtado, 2004: 11). Por lo tanto, los resultados económicos fueron mixtos, pero el período se caracterizó por algunas reformas claves, como en la educación y en la seguridad social, que generaron bastante polémica política (Moreira, 2004: 97-99).

Más que nada, ante la repetida falta de mayorías parlamentarias – y la siguiente necesidad de formar coaliciones – se decidió reformar la ley electoral para institucionalizar constitucionalmente dicho proceso. En concreto, se abolió la elección del presidente por mayoría relativa, substituyéndola por la introducción de una segunda vuelta si ningún partido obtuviera una mayoría absoluta de los votos. Además, las candidaturas múltiples se vieron reemplazados por candidatos únicos por partidos, los cuales deberían ser elegidos en elecciones internas obligatorias y simultáneas³⁵. También la posibilidad de juntar varias listas bajo un sublema – un sistema complicado que fomentó la fraccionalización – desapareció para Diputados. Por fin, se decidió separar las elecciones nacionales de las departamentales, celebrando en el mayo siguiendo a la elección nacional (Caetano, 1999; Cason, 2000).

Sanguinetti mantiene que fue necesario porque se fue cuestionando el DVS, que ya no traducían adecuadamente las preferencias electorales. El DVS correspondía con una política en que las barreras partidarias importaban más que las diferencias programáticas y los votantes eligieron entre candidatos dentro sus partidos, pero no afuera: “realmente el colorado o el blanco votaba a Juan o votaba a Pedro, pero nunca votaría a un tercero. Aunque regañadientes iba a vota a su candidato” (J.M. Sanguinetti, 8/12/2015).

La reforma constitucional cambió profundamente el ciclo electoral. Los partidos se vieron obligados a organizar primarias. Sanguinetti decidió presentar su ministro de Interior, Luis Hierro López, como candidato del Foro. En filas quincistas, Jorge Batlle era el candidato natural. En una campaña personalista, Batlle supo generar el apoyo de la mayoría colorada, y Hierro aceptó integrar la fórmula presidencial.³⁶ En el FA, Vázquez era otra vez el candidato,

³⁵ El mandato reñido de los presidentes elegidos tras la restauración democrática, al redor de 25 por ciento (contando su fracción, no su partido) y la baja transparencia de la votación motivaron el establecimiento de la candidatura única (Cason 2000, 88). Cabe mencionar en las departamentales se sigue votando con el DVS, y que se mantuvo la representación proporcional en todas las elecciones.

³⁶ Cabe mencionar que Pacheco murió en 1998. Millor apoyó a Batlle (Barahona 2001, 446-447).

y Lacalle había reconquistado el liderazgo blanco en una polémica interna (Espíndola, 2000: 652).

Dicha polémica consistió primariamente en acusaciones de corrupción por parte de funcionarios del gobierno Lacalle. Aunque nunca fue sospecho el ex presidente mismo, el asunto – que ya había dañado la campaña blanca en 1994 – volvió a perjudicar el candidato y su partido³⁷. Además, la abierta cooperación de Volonté con Sanguinetti no resultó aprovechada por el electorado blanco (Chasquetti y Garcé, 2007: 127). Resultó en una campaña terrible, resultado en la elección peor de la historia blanca: unos 22 por ciento de los votos. Al fin y el cabo, era el FA que emergió primero, con un 40 por ciento, con Batlle segundo con 33 por ciento. Como ninguno obtuvo la mayoría absoluta, un balotaje entre Vázquez y Batlle debió definir el pleito.

Aunque Vázquez había ganado la primera vuelta de manera convincente, Batlle contaba con una ventaja matemática: sumando los votos de los partidos tradicionales, debería pasar cómodamente la barrera del 50 por ciento. No obstante, puesta la rivalidad histórica entre los dos quedaba la pregunta si los blancos iban sí o no acompañar la candidatura de Batlle, figura emblemática, ya por su nombre, del PC. El candidato blanco, Lacalle, optó por un respaldo absoluto a Batlle y movilizó incluso las bases blancas para hacer campaña por el candidato colorado. El resultado final – 54 contra 46 por ciento – mostró que el PN fue capaz de movilizar casi la totalidad de su electorado a favor de Batlle, quien ganó la quinta elección presidencial en que participó (Barahona, 2001: 468-469).

2.3. País y partido en crisis (2000-2015)

Esta sección trata el ocaso del PC desde la elección de 2004. Para mantener que el colapso del PC califica como tal según la conceptualización de Lupu (2016: 5), es preciso verificar las tres condiciones mencionadas en el capítulo anterior: establecimiento, competitividad, y la perspectiva de seguir competitivo. Se ha señalado que el PC es un partido extremadamente establecido, siendo fundado en 1836. Además, fue sumamente competitivo: captaba en el periodo democrático antes la dictadura de 1973-1985 promediamente casi la mitad de los votos. También después, el PC protagonizaba la política uruguaya, ganando alrededor de un

³⁷ Su principal competidor, Juan Andrés Ramírez, contrario a la justicia uruguaya, sí hizo acusaciones directas a Lacalle, y negó de convocar a sus votantes de apoyar al candidato herrerista (Cason, 2000: 92).

tercio de la votación, ocupando la presidencia quince de los veinte años entre 1985 y 2005. En las últimas elecciones mantuvo estable su votación, incrementándola incluso levemente en 1994 y 1999. En 1999 fue incluso el primer partido oficialista en medio siglo en superar su votación desde la elección anterior (Martin Barahona, 2001: 443). O sea, el PC tenía altas perspectivas de competitividad. Luego no obstante, deja de ser competitivo: perdiendo 70 por ciento de sus bancos en 2004, y desde entonces oscila alrededor de 13 por ciento del electorado.

Dicho escenario no aparecía en el horizonte en marzo de 2000. Tras su victoria contundente, Batlle asumió la presidencia con una popularidad inédita como presidente entrante (Chasquetti y Buquet, 2004: 242). El apoyo blanco a la candidatura de Batlle arregló el camino para un gobierno de coalición que incluyó todos los sectores blanquicolorados. En aquel momento, eran el mayoritario FB y la lista 15 en el PC; la Alianza Nacional (una coalición de sectores no-herreristas) y el herrerismo dentro el PN. Como tal, el gobierno controlaba 55 por ciento del parlamento, una mayoría reñida que daba apenas para gobernar (Chasquetti y Garcé, 2007: 127; Espíndola, 2000: 654-657).

Pronto el gobierno se vio confrontado con contratiempos serios. Como se ha señalado, la economía uruguaya entró en recesión en 1999 y se contrajo más que 7 por ciento hasta 2001. La recesión se debía a un conjunto de factores internos y externos. Por un lado, el elevado tipo de cambio del peso uruguayo frente al dólar había disminuido la competitividad de las exportaciones. Por otro lado, la contracción del ingreso de capitales hacia América Latina en general, el lento crecimiento de la economía global y sobre todo la maxidevaluación brasileña de 1999 y la recesión argentina desde el mismo año (Antía, 2003: 147). O sea, el gobierno de Batlle enfrentaba un panorama económico poco favorable que exigía una respuesta gubernamental convincente.

2.3.1. La crisis de 2002

Sin embargo, el que había esperado tanto tiempo para llegar a la presidencia no tuvo mucho tiempo para gobernar. En el verano de 1999-2000, una sequía severa y luego un exceso de lluvias perjudicaron la agricultura uruguaya. En 2001, desde Argentina se difundió una epidemia de aftosa que tuvo repercusiones económicas terribles, golpeando fuertemente al Uruguay como país agropecuario, con su base en la industria carnicera (Bucheli y Furtado,

2004: 14). Uno de los pocos éxitos – aunque no inmune de críticas - del gobierno fue el establecimiento de la Comisión para la Paz, que trató el tema de los detenidos y desaparecidos durante la dictadura (Chasquetti y Buquet, 2004: 244). Ante uno de sus proyectos legislativos, el de la desmonopolización de algunos servicios públicos, la oposición empezó a coleccionar firmas para organizar un referéndum. Considerando la experiencia de 1992, Batlle optó por retirar la ley (Bergara et al., 2006: 5-6).

Como con la aftosa, el viento que sopla desde la otra orilla rioplatense, trajo la crisis. La infama crisis argentina fue una crisis financiera, económica, y política, simbolizado por la fuga del entonces presidente argentino Fernando de la Rúa (1999-2001). Desde fines de 2001, a un tercio del mandato, se desencadenó una crisis en Argentina de la cual sus efectos caracterizarían todo el mandato del gobierno Batlle. La primera pieza del dominó fue el bonaerense Banco Galicia – autorizado en 1999 para operar como banco en Uruguay – donde, el cerrar en el marco del ‘corralito’ en su país, los argentinos trajeron masivamente sus depósitos de los sucursales uruguayas, provocando la caída del filial uruguayo del banco casi centenario (Paolillo, 2004: 78-82).

La recesión luego se convirtió en plena crisis. Ya en enero de 2002, la llegada de turistas (muchos de ellos solían ser argentinos) había caído un 50 por ciento; empresas cerraron y la actividad inmobiliaria era reducido a un 20 por ciento de la anterior. Indicadores económicos más generales, como el empleo, las exportaciones, las reservas internacionales eran alarmantes. Ante la incerteza, los uruguayos empezaron retirar más y más de sus depósitos. En febrero, Uruguay perdió el querido *investment grade*, que calificaba el país como destino confiable para inversiones y préstamos. Batlle intervino con un ajuste fiscal, que implicó otros impuestos a los sueldos (Paolillo, 2004: 124-125).

No bastó para recuperar la estabilidad económica. Otro fuerte golpe para ella fue el caso infamo del fraude de los hermanos Rohm, que manejaron el Banco Comercial. La tragedia costó la economía uruguaya millones de dólares y ya no se veía la luz al final del túnel (Paolillo, 2004: 85-119). En marzo, el gobierno acordó un crédito con el FMI de 743 millones de dólares y pensó de haber calmado el clima económico. No obstante, los retiros de continuaron y las reservas internacional habían caído con un tercio en el primer bimestre de 2002 (Paolillo, 2004: 125-146). En junio de 2002 el gobierno concluyó que la estrategia de

“mantener las ventanillas abiertas” no estaba funcionando (Antía, 2003: 1480). Se llegó a un nuevo acuerdo con el FMI e estableció el Fondo de Fortalecimiento del Sistema Bancario, que debería recuperar la confianza de los depositantes. Pero no bastó y el 30 de julio se anunció el feriado bancario para frenar definitivamente la corrida. En estos días, Uruguay negoció un acuerdo clave: el gobierno de Estados Unidos, completamente contrario a su política, prestó al Uruguay 1.500 millones de dólares como “crédito puente” (Antia, 2003: 149). Esto fue el inicio del fin de la crisis.

El impacto social de la crisis fue devastador. Más de uno de cada seis uruguayos terminó sin empleo, Los salarios se redujeron con un quinto, y más de un cuarto de la población vivió en pobreza (Moreira, 2004: 103). Desde 2003, la economía empezó a recuperarse rápidamente gracias a la devolución, que posibilitó la expansión de las exportaciones. No obstante, los salarios reales siguieron cayendo y el desempleo se levantó solo muy reducidamente (Bertola y Bittencourt, 2005: 326). No resulta sorprendente que en 2003, el presidente que arrancó con más aprobación ciudadana al asumir la presidencia, tenía el respaldo de solo cuatro de cada cien uruguayos (Chasquetti y Garcé, 2007: 130).

2.3.2. Las elecciones del 2004 y después

Ansioso del repetir la experiencia de Sanguinetti II, el PN había condicionado su colaboración de manera más exigente. Por ejemplo, Lacalle supo prácticamente imponer el programa nacionalista por el llamado Compromiso Programático. Además, el PN asumió un número significativo de cargos y reservó el derecho de discrepar públicamente con el gobierno. El senador Jorge Larrañaga se fue manifestando cada vez más, primero iniciando la caída del impopular ministro de Economía Alberto Bensi6n, quien fue sustituido por el ampliamente respaldado senador quincista Alejandro Atchugarry. Luego, en noviembre, cuando Estados Unidos ya había otorgado los famosos 1.500 millones, Larrañaga convocó la convención nacionalista que decidió retirar los ministros blancos del gobierno (Chasquetti y Garcé, 2007: 127-128).

La salida del PN – y por ende, la creciente competencia con el PC- marcó el inicio de la campaña para las elecciones de 2004. En aquel partido, Larrañaga logró forjar una amplia coalición no-herrerista y destronó a Lacalle. Contrario a la elección de 1999, Astori decidió

no desafiar Vázquez en el FA.³⁸ En el PC, el candidato natural de la 15 de aquel momento, Atchugarry, había declarado no postularse. Sanguinetti estaba considerando una tercera candidatura, pero optó por no candidatearse ante la candidatura del ministro de Interior, Guillermo Stirling (Chasqueti y Garcé, 2007: 132).

La campaña se mostró una verdadera batalla por el centro. La estrategia centrípeta de la coalición izquierdista – al centro y adentro, en las palabras de Yaffé (2005) – resultó exitosa. El FA obtuvo no solo la presidencia en la primera vuelta sino también una mayoría parlamentaria. Aunque el crecimiento no fue espectacular – descontando la inclusión del NE fue cinco puntos – la victoria de la izquierda marcó un momento histórico para el Uruguay. El PN tuvo un resultado excelente, saltando de 22 a 35 por ciento. Claramente, había un obvio perdedor: el antiguo PC, que había gobernado el país por más de cien años, tuvo su peor votación de su historia con un magro 10,6 por ciento.

El PC no pudo recuperarse. Tras la elección de 2004, se cristalizó del sistema de partidos. El crecimiento del FA se ha agotado, dividiendo el país electoralmente en dos bloques. El PN se ha consolidado como principal oposición, llegando en 2009 y 2014 al balotaje para perder ante el oficialismo. En ambos casos, el PC apoyó al PN, confirmando la lógica bipolar de frenteamplismo-blanquicoloradismo (Buquet y Piñeiro, 2014). Como ha señalado Lanzaro (2015), el FA es ahora efectivamente un partido predominante, en el sentido sartoriano, habiendo obtenido tres mayorías consecutivas. Notoriamente, el sistema uruguayo actual parece fuertemente al sistema australiano, uno de los casos que Sartori llamó un bipartidismo cuestionable. En Australia, un partido de centro-izquierda (el Laborista), compite por la mayoría con dos partidos de centro-derecha, de los cuales el Partido Liberal es claramente mayor al Partido Nacional.

El novedoso Pedro Bordaberry – hijo de Juan María – asumió el liderazgo del partido tras un promisorio resultado en la elección departamental montevideana en 2005. Bordaberry se empeñaba antes como abogado, y había empezado su carrera política como Secretario y luego Ministro en 2000, para formar en 2007 su propio sector, Vamos Uruguay. En 2009, el PC logró levantar la cabeza, obteniendo un diecisiete por ciento con Bordaberry como candidato (Altman, 2010: 535). Con semejante resultado en la elección departamental

³⁸ El FA unió fuerzas esta vez no solo con el EP sino también con el NE, como Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría. Cuando el EP y el NE se integraran al FA, escinde el PI surgió del NE.

siguiente, Bordaberry consolidó su liderazgo y, simultáneamente, el fin del ciclo Batlle-Sanguinetti (Caetano, 2011: 18, Garcé, 2010: 507). Cinco años después se mostraría que el crecimiento del PC fue efímero. Se note que en 2009, el candidato blanco, el ex presidente Lacalle, tuvo una campaña inepta (Altman, 2010: 535). El PC por otro lado, no superaba desde años el 13 por ciento de intención de voto en las encuestas (Caetano, 2011: 33). Como confirma el investigador de opinión pública Óscar Bottinelli, el PC tuvo un salto muy puntal en 2009, debida a desafortunada campaña blanca (O. Bottinelli, entrevista con el autor, 30/10/2015).

Ante las elecciones de 2014, Bordaberry se impuso otra vez con amplia mayoría sobre el sector batllista. Este sector lamentó su exclusión de la fórmula presidencial, desencadenando un cuestionamiento del liderazgo de Bordaberry. El partido cayó al desilusionante trece por ciento (Altman y Buquet, 2015: 104), un resultado proclamado en la prensa como “redondamente desastrosa” (De los Santos, 2015). Desde luego, se fue seriamente cuestionando el futuro del partido, considerando el “riesgo de extinción” colorada (Arregui, 2015). Las elecciones departamentales siguientes fueron catastróficas. En Montevideo se aparejó una coalición blanquicolorado para vencerle al FA - la Concertación - bajo el liderazgo del empresario Edgardo Novick. No obstante, en vez atraer nuevos votantes, la Concertación vació al PC, dejando al partido con solo dos por ciento de los votos (Carderello y Castiglia, 2015: 185-187). De tal modo, la Concertación ha aun dividido el partido debilitado (Búsqueda, 2015)

A nivel nacional el PC votó menos de 7 por ciento. Ahora el partido cayó en plena crisis y se explotó un debate público sobre el futuro del partido. De las dos intendencias, se perdió la salteña, donde el ex candidato a vice, Coutinho, perdió su cargo al FA. En los medios uruguayos, se consideró que la derrota “hundió al partido en su peor crisis” (El País, 2005a). La pérdida de su hombre de confianza fue un golpe duro para Bordaberry. Ante las cuestionamientos de su liderazgo, anunció de “dar un paso al costado” (El Observador, 2015). Luego se dio lugar a un éxodo de Vamos Uruguay: entre otros, se fueron los diputados establecidos Guillermo Facello y Ope Pasquet (La Diaria, 2015). El semanario Brecha afirmó que el partido, “sin ave fénix a la vista” (2015a), arriesga volverse “un partido testimonial” (2015b). El *annus horribilis* 2015 se cerró con una triste noticia: por primera vez desde 1971, un colorado deja el partido - Facello se fue a representar Novick (La República, 2015).

Capítulo 3

El ocaso del Partido Colorado: el desencuentro entre partido político y electorado

Este capítulo consiste de tres secciones, cada una identificando y analizando uno de los factores que explican la caída electoral del PC. Se interprete el ocaso colorado a través del concepto de dilución de marca y colapso de partido. La primera sección analiza el doble proceso de aquella dilución de marca y el efecto en la identificación partidaria. La segunda sección se enfoca en factores que no pertenecen al proceso de dilución de marco, sino que de otra manera afectan la identificación partidaria. Se aborda la desconexión con la ciudadanía y la falta de renovación generacional, tanto de los votantes como de los líderes partidarios. La tercera sección trata el segundo componente del concepto de dilución y colapso, que es la crisis. En el caso colorado, la crisis de 2002 es un momento clave que desveló y catalizó la desafiliación colorada latente, y donde se manifiesta el desencuentro entre partido y elector.

3.1. Dilución de marca y erosión de identificación partidaria

Esta sección verifica, con énfasis en el periodo 1985-2004, el proceso de dilución de la marca colorada y batllista y el efecto en la identificación partidaria colorada. En primer lugar se considera el proceso de derechización, que constituye una inconsistencia ideológica en lo económico y lo político. Es decir, refiere tanto al eje estatismo-libremercadismo como a la dimensión liberal democrática-autoritaria. En segundo lugar, se enfoca el proceso de convergencia con el antiguo rival, el PN. Luego, se verifica este análisis cualitativo con datos cuantitativos acerca la identificación ideológica del partido y la convergencia programática. Consecutivamente, se analiza cómo esta dilución se repercute en la identificación partidaria.

3.1.1. Inconsistencia ideológica: un partido conservador

La primera pata del proceso de dilución de marca refiere a la inconsistencia de política histórica de un partido. En este caso, se sostiene que entre 1984 y 2004 hubo un proceso de derechización del PC, que era tradicionalmente centro-izquierdista. Para llegar a esta conclusión, se analiza distintas fuentes coloradas y no coloradas. En el ámbito económico se

concluye que, aunque los colorados implementaron políticas estatistas en dicho periodo, éstas son más bien hitos dentro un marco general más libremercadista. El proceso de derechización refiere también a la influencia del autoritarismo, sobre todo del presidente Pacheco, dentro del partido. Donde el batllismo puso énfasis en el liberalismo político, el pachequismo favoreció un presidencialismo autoritario. Por la asociación con el autoritarismo y la dictadura, se fue desdibujando la marca demócrata liberal. Aunque se puede mantener que hay un aspecto discursivo en ambos ámbitos, esto efectivamente matiza el análisis de derechización, pero no lo niega.

3.1.1.1. Del estatismo económico al libremercadismo

No hay consenso entre los colorados y los demás en cuanto el proceso de derechización colorada. No resulta sorprendente que los colorados sostienen que los gobiernos colorados sí desarrollaron proyectos batllistas tras la recuperación democrática. Por ejemplo, el diputado Tabaré Viera mantiene que los gobiernos colorados posdictadura sí promovieron en desarrollo económico estatista. Entre sus ejemplos hay la Ley Forestal, que fomentó la industria forestal, y el Instituto Nacional de la Vitivinicultura, que promovió la producción vitivinícola (T. Viera, entrevista con el autor, 16/09/2015).

Según Viera, se asocia al PC injustamente con el neoliberalismo blanco: “Lo que pasa es que meten en un paquete el periodo '90, de principios de '90, del gobierno de Lacalle que fue evidentemente un gobierno neoliberal” (T. Viera, 16/09/2015). Desde esta argumentación surge la tesis la derechización de PC es una construcción discursiva de la izquierda. El politólogo Jorge Lanzaro, fundador de la ciencia política uruguaya contemporánea (Garcé, 2005: 236) coincide que “la competencia del FA tiende a catalogar a los dos partidos de neoliberales, a juntarlos en una misma bolsa. Y es una predica exitosa.” No obstante, Lanzaro destaca las diferencias dentro y entre los partidos: dentro del PC, Sanguinetti es más centrista que Batlle, pero sobretodo es más estadista que el blanco Lacalle (J. Lanzaro, entrevista con el autor, 23/09/2015). O sea, juntarlos a todos los blancos y colorados embrolla las diferencias intra y interpartidarias.³⁹

³⁹ Este asunto toca justamente el tema de la convergencia blanquicolorada, de la cual se ocupa la próxima subsección. No obstante, acá es considerado en el tema de la derechización por su identificación con el neoliberalismo.

También el politólogo Buquet destaca la perspectiva discursiva de la derechización colorada, en la cual se encuadra las reformas del PC en la contraposición estado-mercado dentro el contexto neoliberal de los 1990:

“Entonces la izquierda dice: esa gente es de derecha. Porque está en contra del Estado. Nosotros somos de izquierda porque estamos al favor del Estado. Los batllistas antes estaban en favor del Estado pero ya no están más, porque lo que están haciendo es tomar medidas pro-mercado, y no a favor del Estado. (D. Buquet, entrevista con el autor, 07/10/2015)

Esta proyección no se limita al discurso general, sino también a la representación de varios proyectos como neoliberales, simplemente porque descargaron parcialmente el peso del Estado uruguayo. Un ejemplo es la reforma de la seguridad social, que estableció un sistema mixto. Efectivamente, dentro dicho marco neoliberal de los 1990, fue una reforma moderadamente liberal. Como elabora el historiador y politólogo Jaime Yaffé:

“Entonces ahí fue una reforma – si uno mira con respecto a la situación anterior, fue una reforma de orientación liberal. Pero si lo comparás con las reformas que se estaban haciendo en Chile, en Argentina, o en Perú, donde el total del sistema previsional se transfirió, se privatizó, fue una reforma para nada neoliberal” (J. Yaffé, entrevista con el autor, 01/10/2015).

Entonces, dicha reforma fue libremercadista solo desde la perspectiva histórica uruguaya, mientras en perspectiva contemporánea regional fue incluso heterodoxo. Un ejemplo más claro es dicha reforma educativa, la Reforma Rama, que, contrario a la interpretación de la oposición, era justamente muy estatista. Yaffé comenta que

“la reforma educativa que se implementó, de ‘96, fue una reforma estatista, una reforma donde de ninguna manera se transfirió al mercado la provisión de servicios educativos. En contrario, la reforma educativa ha fortalecido el sistema único de enseñanza” (J. Yaffé, 01/10/2015).

Buquet aclara que esta reforma no solo difería de la praxis contemporánea, sino que fue incluso en contra el clima neoliberal de entonces, que prescribía el sistema de *vouchers*: “En Uruguay se hizo todo lo contrario. Se reforzó el sistema público. (...) Es decir, la reforma que propuso en la educación no era por la más mínima neoliberal, pero el FA lo decía lo mismo” (D. Buquet, 07/10/2015). O sea, el contenido de las políticas que llevaron adelante los gobiernos colorados de dicha época complica el análisis que fueron neoliberales. Como sintoniza Lanzaro:

“la reforma de seguridad social uruguaya, es una reforma muy mixta, muy poco pro-mercado, muy moderada. Y sin embargo apareció como una gran reforma neoliberal porque el FA la arrincona a los partidos en este sentido. O la reforma educativa de la época de Sanguinetti, es una reforma totalmente estatista, centralista, completamente contraria a los libretos digamos del Banco Mundial en materia de las reformas educativas” (J. Lanzaro, 23/09/2015).

Por otro lado, no es todo oro socialdemócrata lo que reluce. En cuanto la seguridad social la izquierda podría reclamar que se neutralizó el impulso neoliberal justamente por la oposición frenteamplista. Yaffé aclara que “dado la fuerte resistencia que la reforma generó en algunos actores sociales y políticos, finalmente se terminó negociando una reforma mixta” (J. Yaffé, 01/10/2015). Además, el PC no solo planteó reformas más libremercadas, también desatendió hacer unas decisiones que reforzaron la imagen conservadora. Notoriamente, se culpa Sanguinetti por no restablecer los consejos de salario, que había eliminado su antecesor Lacalle (Y. Yaffé, entrevista con el autor, 01/10/2016). O sea, Buquet concluye que en grandes rasgos, el argumento que el viaje ideológico del PC es una construcción discursiva no convence: “No, no, no era más bien discurso. Hay varias razones para pensar que el batllismo siempre fue más estatista, en particular el grupo de Sanguinetti siempre fue el más cercano al batllismo” (D. Buquet, 07/10/2015).

Por tanto, el diputado Fernando Amado, que ocupa una posición minoritaria dentro del PC, mantiene que es al revés:

“el relato de que nosotros seguimos siendo los batllistas, porque en el discurso, lo sostenemos y reivindicamos a una cantidad de cosas de nuestro pasado, pero en la acción notoriamente, el partido, por varias razones, y desde varios años, se ha ido alejando de, yo diría, de lo que son los rasgos distintivos del batllismo como ideología, y (...) como sensibilidad política, como construcción de prioridades políticas” (F. Amado, entrevista con el autor, 11/12/2015).

O sea, aunque el desplazamiento fue parcialmente discursivo, y aunque hubo - como sostiene Viera y reconocen Buquet y Yaffé - distintos proyectos batllistas, fueron más bien hitos en una política que a nivel macro era libremercada. Amado concluye por tanto que “hay cosas, hitos, en ese periodo, de colorados que demuestren un talante batllista, o yo diría un reflejo de esa identidad batllista si lo hay - evidentemente Sanguinetti, sobre todo Sanguinetti”. Para Amado, ejemplos son la oposición a la privatización parcial de empresas

públicas en el referéndum de 1992, y dicha reforma educativa, a contrapelo de la praxis regional. No obstante, como concluye Amado, “son excepciones que afirman la regla” (F. Amado, 11/12/2015).

Esta regla, afirma el politólogo Garcé, era la política libremercadista: “cuando los colorados dicen: nosotros hemos hecho políticas de centro-izquierda, incluso desde el '85 para adelante, yo diría: sí – algunas”. Las claves de las políticas coloradas sin embargo, resalta Garcé, fueron bajar el gasto público y la inflación, abrir la economía y asegurar las ganancias de las empresas. Aunque moderadamente, relativa a la región, se siguió al Consenso de Washington. De tal modo, “lo que ellos hicieron fue: después de ser el partido socialdemócrata durante medio siglo, asumir un proyecto liberal. Se volvieron más liberales de lo que eran” (A. Garcé, entrevista con el autor, 22/10/2015).

En defensa del PC, se podría argumentar que la situación económica que heredaron Sanguinetti *cum suis* les dejó pocas alternativas. Como el diputado Conrado Rodríguez, secretario del Congreso Ideológico del PC, afirmó “el PC tiene un ADN muy pegado (...) al sentimiento de la responsabilidad” (C. Rodríguez, 03/09/2015). No obstante, esta responsabilidad llevó al partido a tomar decisiones que fueron en contra la tradición económica batllista. Además, reconoce Sanguinetti, los tiempos habían cambiado y la reorientación fue necesaria:

“El batllismo no podía seguir siendo el batllismo de los años '40 o de los años '50. El mundo ya no aceptaba ese proteccionismo, el mundo requería una economía más abierta. Entonces, nosotros empezamos a modificar – no nuestros principios básicos, pero sí nuestras aproximaciones, nuestros caminos” (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015).

Por añadidura, mientras los colorados mantienen que la izquierda tuvo un discurso que le colocó al PC a la derecha, el discurso del PC mismo solo confirmó esta formación de imagen. Garcé resume el discurso colorado así: “Es: hay que combatir la inflación, hay que la abrir la economía, el Estado es demasiado grande, cómo está la productividad: ¡el lenguaje de la derecha!” (A. Garcé, 22/10/2015). O sea, el PC internalizó discursivamente las políticas que ejecutaron:

“claramente se hizo cargo de un discurso, digamos, más liberal, con respecto a lo que era la tradición del PC. Con una valoración más alta del sector privado, y del mercado, y con una visión

más crítica con respecto al papel del Estado, y de la política económica en relación del mercado” (J. Yaffé, 01/10/2015).

También, para parar la amenaza frenteamplista el PC se enfrentó al FA, reforzando su imagen conservadora. Como explica Yaffé, la competencia exigía que el PC se contrapusiera al FA en su discurso: “el PC terminó reforzando esta colocación ideológica más a la derecha de que su propia tradición - por lo menos la tradición batllista dentro del PC – indicaba” (J. Yaffé, 01/10/2015). Además, la competencia era bilateral para el PC: necesitó este enfrentamiento también para cortejar los electores más conservadores que inclinaron hacia los blancos. En un famoso debate en 1994 con Vázquez, Sanguinetti comenta que se opuso al marxista Vázquez porque la fórmula con el izquierdista Batalla le impuso de tranquilizar el electorado más derechista:

“en este momento estuve perdiendo – yo les decía ‘muchas viejitas pachequistas’ – que se están pasando al candidato blanco porque sienten que lo de Batalla representaba un desvío a la izquierda. Y yo tenía que parar eso. Porque iba creciendo el PB” (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015).

Se entiende la proyección derechista de Sanguinetti notoriamente contrastando su política exterior con su discurso a nivel nacional. Según Bottinelli, Sanguinetti llegó hasta una suerte esquizofrenia política al respecto, siendo en el exterior el amigo de Castro, Mitterrand y Felipe González y el enemigo de la izquierda uruguaya a la vez. Como las noticias uruguayas no cobraron sus discursos en el exterior, pero sí los que dio en Uruguay, “le va construyendo un imagen de derechista. Y además empieza cada vez más a ser muy claramente antifrenteamplista. (...) Cualquier tema del FA lo atacaba duramente” (O. Bottinelli, 30/10/2015).

Como consecuencia, esta postura más libremercadista, tanto en cuanto el discurso como en las políticas, implica el alejamiento de las posiciones tradicionales batllistas. Buquet concluye en esta línea que el PC “fue abandonando sus banderas estatistas. Porque bueno, la época era la época pro-mercado. Entonces no defendió suficiente la tradición batllista, su aprecio por el Estado” (D. Buquet, entrevista con el autor, 7/10/2015). Claramente, la liberalización y el abandono de las banderas batllistas son dos caras de la misma moneda. Como indica Yaffé: “esta 'liberalización' del PC efectivamente dejó al FA libre el espacio, digamos, de reivindicación del papel del Estado, de la crítica al libre funcionamiento del mercado (...), de

las políticas sociales, de las políticas económicas más reguladoras y más intervencionistas, y la defensa, digamos, de los sectores más vulnerables. Eso también, el PC le fue abandonando este discurso de reivindicación de los sectores populares más desprotegidos” (J. Yaffé, entrevista con el autor, 01/10/2015).

Lógicamente, hubo desafiadores que tomaron estas banderas. La elección de 1989, la segunda vez que el PC perdió unos diez puntos, constituye un ejemplo claro. En este caso, la candidatura de Batalla por el Nuevo Espacio (NE) - fuera del FA - creó un puente entre el PC y la izquierda que les permitió a los batllistas salir del PC. Como comenta el politólogo e investigador de opinión pública Óscar Bottinelli, fue la combinación de dos aspectos. El NE

“era vista por los votantes colorados batllistas como alguien de su familia. No era como votarle al extraño. (...) Era muy muy atractivo para ese tipo de gente socialdemócrata que no podía votar a Jorge Batlle – además es un tema. La única alternativa de votar a Jorge Batlle era a Pacheco. Ah! No se puede votar a Pacheco que fue un autoritario y Jorge Batlle que está diciendo que hay que terminar con el Estado, que quiere el libre mercado (O. Bottinelli, entrevista con el autor, 30/10/2015).

Tanto los votos del NE como el partido mismo terminaron en el FA, que se presentó como el heredero del batllismo (Luna, 2008: 167). Por ejemplo en su estatismo, como se manifestó en la reestatización del suministro de saneamiento, la cual fue conseguida en un plebiscito instigado por el FA. Según la senadora Lucía Topolansky, esposa del ex presidente Mujica:

“Nosotros tomamos banderas de ellos. Se fueron más a la derecha, las banderas más de centro, más de izquierda, que tenía el PC (...) vinieron al FA.” Además, considera Topolansky, el FA coincide con el batllismo tradicional en cuanto a los derechos laborales, los derechos sociales, derechos de la mujer, la industrialización del país y la democracia directa – el PC no obstante “no supo aprovechar esa herencia” (L. Topolansky, entrevista con el autor, 11/12/2015).

La aprobación de las banderas batllistas por el FA es reconocida dentro y fuera el PC. Sanguinetti reconoce que el FA creció “sobre la base de un discurso a su vez que es la nostalgia del viejo batllismo” (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015). Más que el discurso, el FA

asumió el papel protector que antiguamente ejerció el batllismo, admite el politólogo colorado Carlos Fedele:

“La gente necesita ser protegida. ¿Quién es que protege a la gente de que se caiga de la vida? (...) Bueno, en algún momento, la gente tendió creer el batllismo – o el PC. A mí no me protege, no en el sentido amplio, el PC. No me protege. No es el que me promete protegerme. Hoy quién me promete protegerme es el Frente Amplio” (C. Fedele, entrevista con el autor, 15/9/2015).

Como sintoniza Garcé, el FA ha sido sumamente exitoso en ocupar el lugar del batllismo, apropiando todos los patentes del batllismo: el partido de centro-izquierda, con su lenguaje de protección de los débiles, obsesionado de la industrialización y de los derechos sociales, aspirando de ser la vanguardia. Hoy,

“El FA es todo eso. Todo eso. (...) Es el partido de centro-izquierda del Uruguay, es el partido obsesionado claramente con los problemas de igualdad, de la distribución los ingresos, de la protección de los pobres. Es el partido que trata de ser vanguardia, en el tema de derechos sociales, de nuevos derechos en este caso. Y lo es. Es el partido de las ciudades, más que del campo. (...) En fin, las analogías son impresionantes (A. Garcé, 22/10/2015).

3.1.1.2. Del batllismo liberal al pachequismo autoritario

La dilución colorada no refiere solamente al ámbito económico. Además, el desdibujo del liberalismo político en la víspera de la dictadura, al redor el golpe mismo y en las secuelas. El PC, y el batllismo en particular, habían sido asociados con el liberalismo político y la limitación del Poder ejecutivo, como se manifestó en el colegialismo, el sistema ejecutivo anti-caudillista. No obstante, pasó a tener rasgos más autoritarios, sobre todo en cuanto el presidente autoritario Pacheco (1967-1972). Su presidencialismo verticalista contrastó fuertemente con el antiguo colegialismo. Además, como se mencionó en el capítulo anterior, Pacheco limitó las libertades civiles y prefirió gobernar por decreto. A pesar del apoyo que tuvo de parte del electorado, el pachequismo ha perjudicado la imagen del PC como tal. A la vísperas de la dictadura, el gobierno pachequista enfrentó la guerrilla y recurrió a las medidas prontas de seguridad. El sociólogo Pablo Mieres, actualmente senador por el Partido Independiente (PI), sostiene por tanto que Pacheco

“expresó el viraje colorado hacia el autoritarismo (....) es discutible si pasó la línea o no pasó la línea, si su gobierno fue constitucional o no fue constitucional, pero lo cierto es que gobernó en el

filo de la Constitución. (...) (L)e dio un imagen de derecha política con dudosa credibilidad democrática” (P. Mieres, entrevista con el autor, 23/10/2015).

Sanguinetti no obstante, mantiene que de Pacheco “lucía” como de derecha, sencillamente porque tuvo que enfrentar la guerrilla durante se gobierno. “Enfrentar una guerrilla no sé si es de izquierda o derecha. Es un deber de cualquier Estado para preservarse, para sobrevivir. (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015). Sin embargo, como recuerda Amado, la imagen derechista no fue algo que el pachequismo resistió: “se decía de derecha y los que estaban con él se decían de derecha, o sea, no había ningún problema” y además “había un enfrentamiento con quienes tenían un etiqueta de izquierda” (F. Amado, 11/12/2015).

Más que nada, se puede atribuir la pérdida de la imagen democrático colorado por Pacheco no solo a su gobierno, sino también por su postura durante la dictadura: “Apoyó la dictadura, era embajador durante la dictadura, defendió el voto con el ‘sí’ durante el ‘80” (P. Mieres, entrevista con el autor, 23/10/2015). De misma manera, el ex presidente Jorge Batlle afirma: “Pacheco (...) fue el que votó a favor de la reforma de la Constitución propuesta por el dictador general Gregorio Conrado Álvarez. Y entonces le hizo daño al PC. Que quedó pegado al gobierno militar” (J. Batlle, entrevista con el autor, 19/10/2015).

Sin embargo, la etiqueta autoritaria del PC no se debe solo a Pacheco. Topolansky recuerda que “finalmente en este país se dio dos golpes de Estado y los dos les dio el PC” (L. Topolansky, 11/12/2015). Como sostiene Zuasnábar, “el PC fue el partido que se vio como contribuyendo más al golpe de Estado militar. (...) el presidente, electo por el PC, disolvió las cámaras, disolvió el parlamento. Entonces para el partido le fue un golpe duro también en términos de su imagen.” (I. Zuasnábar, entrevista con el autor, 09/10/2015).

Viera opina que el PC falló en destacar la posición que el partido mismo – contrario al presidente Bordaberry – tuvo a la hora del golpe. El error del partido era más bien haber postulado a Bordaberry como uno de sus candidatos. El PC fue incluso, resalta Viera:

“el único partido que oficial y formalmente en su convención se reunió y se opuso y repudio el golpe de Estado. Y los principales hombres que se opusieron al golpe de Estado en aquel momento fueron colorados, y batllistas. (...) Digo: el partido, como partido, su decisión fue: contrario al golpe. (T. Viera, 16/09/2015)

Además, aunque hubo un presidente de afiliación blanca durante la dictadura, ésta pegó al PC. La Ley de Caducidad, resalta Castellano, “permitió que el FA empezara a decir que somos un partido de derecha. Que protegíamos torturadores, asesinos, que éramos los que habían dado el golpe de Estado”. No obstante, Castellano recuerda que aunque el partido discrepó con el presidente, en la memoria pega que un presidente colorado dio el golpe. Por lo tanto, “nos dejaron como el partido conservador, de derecha. Pero ni siquiera eso. El partido fuera época” (E. Castellano, 02/10/2015).

Paralelamente, lamenta Sanguinetti, aunque la guerrilla había luchado contra la democracia, quedó asociado con la democracia por la persecución durante la dictadura: “Yo creo que una de las peores cosas, de los peores legados que dejó la dictadura fue ese. Que transformó en víctimas a los victimarios. Es un proceso de transformación de imagen substantivo. (J.M. Sanguinetti, 8/12/2015). Como resalta Castellano, los colorados fracasaron en establecer sus logros. En vez de ser un proceso de reconciliación, la transición dejó al PC asociado con la dictadura:

“El líder de la oposición fue Tarigo. Nadie sabe quién fue Tarigo en Uruguay. Estos son los elementos estructurales del PC. El PC dio el 2 de marzo del año '85 la amnistía a (...) a los presos políticos. Al año (...) se le dio una amnistía a los militares (...) En Uruguay se optó por la vía que fue llamado el cambio en paz, que fue el lema del Dr. Sanguinetti en la campaña de '84. Que era ni vencidos ni vencedores. Pero si vamos a ser realista, no funcionó. Porque hoy hay vencedores y hay vencidos” (E. Castellano, 02/10/2015)

Aquella Ley de Caducidad, que sería acordado en la transición pactada, se votó ante la amenaza latente de rebelión militar caso la amnistía no fuera implementado (Moreira, 2004: 110). No obstante, justamente por aquella ley Mieres interpreta que también Sanguinetti mismo, acreditado con la pacífica transición democrática, contribuyó a la dilución del perfil democrático colorado. Es decir, la amnistía colocó Sanguinetti a la derecha porque es identificada con la defensa del militarismo. De tal modo, “todo lo que era de alguna manera Sanguinetti había acumulado en la lucha contra la dictadura se desdibuja por (...) la impunidad militar” (P. Mieres, 23/10/2015).

O sea, el pachequismo deja una impronta autoritaria y conservadora en el PC.⁴⁰ En este tema, también el golpe de Estado, ejecutado por un presidente colorado, y la Ley de Caducidad posteriormente dieron al PC la imagen de un partido conservador cercano al militarismo. Aunque hubo siempre fracciones más conservadores dentro del PC, para el batllismo, y su imagen liberal, fue un golpe duro. De tal modo, se fue considerando el PC como partido conservador, también desde una perspectiva no económica.

Resumiendo, se sostiene que el caso colorado coincide con el primer elemento de la teoría de dilución de marca, la inconstancia con la ideología partidaria histórica. Aunque es válido sostener que hay un elemento discursivo, como reconoce Sanguinetti, “en política desafortunadamente, las imágenes son realidades” (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015). Al fin y al cabo la dilución de marca es justamente una cuestión de imagen. Esto apoya la importancia que dio Sartori (1976) a la construcción de imagen. No obstante, la derechización va más allá de imágenes. Los hechos son que Bordaberry padre fue electo por el PC y dio un autogolpe, y que Pacheco fue embajador de la dictadura y apoyó su Constitución autoritaria.

También económicamente la imagen tiene fondo. Dentro del batllismo, la lista 15 ya gira al libremercado en los '60, y tampoco Sanguinetti logra mantener la patente batllista, ejecutando una política prevalentemente libremercada. Como concluyen Bergara *et al.* (2006: 42), el PC ya no es el partido de izquierda, ya que “a pesar de los esfuerzos de Sanguinetti, los colorados inexorablemente abandonaron la ala izquierda”.⁴¹ Como lo sintetiza Mieres:

“yo tengo un líder comprometido con la dictadura. Y otro líder comprometido con las concepciones neoliberales. (...) Tengo un tercer líder que pretende demostrar que el PC sigue siendo batllista, pero gobierna con los otros dos” (P. Mieres, 23/10/2015)

Los datos cuantitativos – de identificación y auto-identificación, de ciudadanos y parlamentarios, de colorados y no colorados - sustentan el abandono de la tradición centro-

⁴⁰ Tras la muerte de Pacheco en 1998, el pachequismo se difundió en los sectores batllistas, ya que los pachequistas opinaron que el “Pachequismo sin Pacheco no existe” (El País, 2003). Este proceso contribuyó a la progresiva derechización del batllismo, por menos en la percepción pública. Un diputado del EP por tanto señaló que el FB se “pachequizó” (La Red 21, 2001).

⁴¹ Traducción del inglés por el autor.

izquierdista⁴². En su investigación en 1986, González (1991:87) concluye que tanto los parlamentarios (7.1 como promedio) como los votantes mismos del PC (6.4) se ubican a la derecha, incluso a la derecha del PN, que se ubicó en 6.0 y 5.3, respectivamente. Aquí pesa sobre todo la colación de Pacheco, que es ubicado en el 8.7. Incluso, para todos los votantes, el PC es claramente un partido de derecha, con un 7.7 frente al 6.9 del PN. También para los electores colorados, aunque en menor medida, es el partido más derechista, 6.8 frente a la auto-identificación de votantes blancos (6.4) (González, 1991: 92)

Cifras de Altman (2002) de 1997 coinciden. Los legisladores colorados se auto-ubican en el 5.4, mientras los demás parlamentarios les ubican en el 8.1 – con un promedio de 7.2 entre todos parlamentarios. Los blancos, mientras se auto-ubican poco más a la derecha (5.8), son ubicados con un promedio de 7.4 de todo el parlamento, o sea, menos derechista que los colorados (Altman, 2002: 94). Entonces, mientras los blancos se dicen más de derecha de los colorados, estos últimos van colocados más a la derecha por el conjunto del parlamento, resultando en una brecha clara entre la auto-colocación, la colocación promedio y la de los demás. Esta divergencia entre la percepción dentro y fuera del partido muestran también las cifras de Martínez Barahona (2001: 440-441). Los legisladores (7.00) y dirigentes y militantes (7.85) de los otros partidos ubican el partido mucho más a la derecha que los legisladores (5.00) y los dirigentes y militantes (5.33) colorados⁴³. A lo largo del mismo periodo, basado en cifras de 1996, 1999, y 2005, el PC es ubicado por la ciudadanía en 8.1, 7.6. y 8.1 en respectivamente (Delbono, 2012: 13). O sea, la derechización se muestra tanto cualitativamente como cuantitativamente.

3.1.2. La convergencia con el rival: un partido descolorado

Un aspecto relacionado, pero distinto al desplazamiento ideológico, es la convergencia con otros partidos, en este caso el PN. La convergencia, efectivamente, tiene dos patas: por un lado, la ideológica – que es justamente la señalada derechización del PC, que implica un acercamiento al PN. Por otro lado, es la convergencia gubernamental, o sea, la cooperación

⁴² Desafortunadamente, no hay cifras anteriores para comprobar cuantitativamente que el PC estaba más a la izquierda. No obstante, la unanimidad acerca del otrora centro-izquierdismo, sobretodo del batllismo, compensa por esta carencia.

⁴³ Aunque González (1991, 77) indica que hay una tendencia general de auto-colocarse hacia la izquierda, en el caso de los colorados es más acentuada.

política con el histórico rival, en varias formas, desde el apoyo parlamentario hasta plenas coaliciones (Chasquetti y Garcé, 2007: 124).

Se ha argumentado que el ascenso del FA es el resultado de la derechización colorado. No obstante, la emergencia frenteamplista a su vez ha propiciado la convergencia blanquicolorada de ambos aspectos mencionados. Por un lado, matemáticamente, el fin del bipartidismo significa que los partidos tradicionales necesitan cooperar para forjar mayorías. Además, el inmovilismo de los años previa a la dictadura les recordó a los blancos y colorados que se precisó un actitud más cooperativa que en aquellos años (Garcé, 2000). Esta cooperación no obstante, ha severamente comprometido la diferenciación entre ellos, basado en la rivalidad histórica entre blancos y colorados:

“los partidos tradicionales se llamaban tradicionales entre otras cosas que tenían una identidad muy basada en su historia partidaria, sus líderes, era una historia llena de confrontaciones (...). Una historia, una mística partidaria, de identidad partidaria muy construida por la oposición al otro. (...) en los '90, dado el ascenso del FA, tuvieron que compartir el gobierno, ya no podían apelar a la emoción de las luchas entre blancos y colorados en el siglo XIX, que era una lucha violenta, porque estaban colaborando, ahora eran socios. Entonces eso también hizo que a pelar a la historia partidaria y la tradición disminuyera bastante” (J. Yaffé, entrevista con el autor, 01/10/2015).

Por añadidura, la cooperación programática disminuyó la diferenciación, erosionando la identificación partidaria. De tal modo, elabora Yaffé, los votantes dejaron de diferenciar entre ambos partidos:

la propia experiencia de varios gobiernos de coalición de blancos y colorados hasta 2004 hizo que los propios ciudadanos los han visualizado como no tan distintos, como partidos que no solo no confrontaron sino que también podían colaborar” (J. Yaffé, entrevista con el autor, 06/10/2015).

En cuanto la convergencia blanquicolorada, Sanguinetti ha polémicamente declarado que ambos pertenecen a la misma “familia ideológica”, contraponiendo los partidos tradicionales a la izquierda (Delbono, 2012: 3). Mujica cuestiona irónicamente este término desde la perspectiva histórica que ya destacó Yaffé:

“Si los blancos y los colorados son la misma familia ideológica, nuestra historia es un contrasentido. La historia nacional es el disparate. Si ahora me vienen decir que sí eran lo mismo, ¿entonces tuvimos casi cien años de guerras civiles al cuete?” (J. Mujica, entrevista con el autor, 12/12/2015).

Por otro lado, la emergencia al lado izquierda del espectro político condonó a los partidos tradicionales a competir en el mismo espacio de centro-derecha, tirando el PC hacia la derecha. Los colorados culpan a la reforma electoral de 1996, que estableció entre otras cosas la candidatura única. Rodríguez reclama que por tanto “el partido se fue encorsetando ideológicamente” (C. Rodríguez, entrevista con el autor, 03/09/2015). Según Lanzaro, la candidatura única “hace perder capacidad de rastrillo, la capacidad de polarización interna, y la diferenciación interna” (J. Lanzaro, 23/09/2016.) Aunque es válido mantener que el DVS permitía una oferta más amplia, cabe mencionar que el FA desde décadas tiene una oferta amplia con la candidatura única. Entonces resulta difícil responsabilizar la candidatura única por la falta de diferenciación.

Otro elemento principal de la reforma es el balotaje. Éste, es la lectura, propiciaría la competencia binaria entre los dos primeros, en este caso, el FA y el PN, perjudicando el PC. No obstante, cabe clarificar que, técnicamente, el balotaje no perjudica, sino que protege el PC. Como Buquet explica, el sistema de dos vueltas posibilita que el elector antifrenteampalista elija su partido tradicional preferido en la primera vuelta, y en la segunda al que queda. De hecho, el sistema de mayoritaria relativa resultaría fatal para el PC:

“si no habría segunda vuelta, un candidato de izquierda, con una intención de voto de un 40 y pico por ciento, el blanco con 30 por ciento - la gente abandonaría directamente al PC. No tendría ni 17, ni 13 ni nada. ¿No? Diría: ‘no, para que no gane el FA tenemos que votar todos al blanco’, y el colorado desaparecería. Eso es la lógica de la (...) Ley de Duverger: un sistema de mayoría relativa, hace que los terceros partidos se derrumben. El balotaje en realidad protege al PC” (D. Buquet, 2015).

Desde el PC se mantiene sin embargo la tesis del balotaje anticipado, donde ya vota en la primera vuelta como si fuera la segunda, votando al PN para evitar la victoria frenteamplista, lo cual provocada una inmigración importante de gente colorada, o gente con raíz colorada, a votar por el PN, inclusive en la primer instancia.” (C. Rodríguez, entrevista con el autor, 03/09/2015). Según Batlle, esto implica un comportamiento electoral equivoca: “la gente no advierte que hay un balotaje, y ya antes que llegue el balotaje, ya está votando al candidato que creen que es el más fuerte para ganarle al candidato frentista” (J. Batlle, 19/10/2015). Para Castellano, la idea del balotaje va en contra la cultura política uruguaya “la gente acá en

Uruguay todavía no se acostumbró al balotaje, que (...) no tiene para liquidar en primera vuelta. (...) le gusta la carrera de caballos. Juega al ganador” (E. Castellano, 2/10/2015).

El efecto psicológico del balotaje efectivamente exigiera una propia investigación. No obstante, hay también un motivo más racional para explicar el balotaje anticipado. Como analiza Yaffé, es posible que los electores traten de reforzar la posición del partido no-frenteampalista.

“Es muy difícil para los colorados convencer a los electores que la primera es distinta de la segunda. Es muy difícil para probar, ‘vos me votás ahora para tener una buena bancada parlamentaria, y después votaremos juntos en la segunda vuelta contra el FA’. (...) no es posible porque los electores (...) en la primera vuelta ya están pensando en la segunda” (J. Yaffé, 6/10/2015).

Sin embargo, las experiencias de las últimas elecciones ponen en duda la hipótesis. Como señala Buquet, si la elección de 2004 hubiera establecido una lógica binaria entre el FA y el PN, esto tendría que haberse consolidado en la elección posterior, pero el electorado concluyó en 2009 que “efectivamente hay balotaje. No tengo por qué votar a los blancos ahora si los voy a votar en la segunda vuelta, ¿no?” Así funciona. El PC creció.” Entonces, si en 2009 el balotaje no provino que el PC creciera, no es lógico que 2014 sí perjudicara al PC: “Si después (...) no lo logra, no puede ser que ahora lo está afectando el balotaje. Como puede ser que el balotaje no te haya afectado cinco años antes y afecte cinco años después?” (D. Buquet, entrevista con el autor, 7/10/2015).

El balotaje sí desdibuja la diferenciación entre blancos y colorados porque obliga a los electores del partido tercero votar al otro en la segunda vuelta. Esto se manifestó en 1999 por primera vez, cuando notoriamente Lacalle, un Herrera, hizo campaña por un Batlle en la segunda vuelta – una convergencia inédita en la historia uruguaya (Paolillo, 2004: 193). Como concluye Yaffé, los múltiples balotajes donde blancos apoyaron a colorados y vice versa,

ha hecho que la identificación de los votantes blancos y colorados con los partidos se haya debilitado mucho, y eso creo que genera que hay un electorado que no es frenteampalista, pero que es ni blanco ni colorado. Puede votar a uno u otro.” (J. Yaffé, 6/10/2015)

Es decir, votando en balotaje, admite Sanguinetti “la identidad empieza a diluirse” (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015). El balotaje ha fortalecido el blanquicoloradismo como bloque político, porque les obliga cooperar antes de llegar al gobierno. No obstante, cabe destacar que “esa coalición entre blancos y colorados fue la que creó el balotaje. El balotaje no creó la coalición entre los blancos y los colorados. (D. Buquet, 2015). Efectivamente, la convergencia es previa al establecimiento del balotaje, pero éste sí cataliza el proceso de indiferenciación.

Ese grupo de votantes tradicionales indiferenciados tiene un peso significativo: ante la elección de 2004, constituye 14 por ciento del electorado que se identifica con el tradicionalismo (Zuasnábar, 2013: 12). Similarmente, estudios de Factum de ese ciclo electoral, concluyó que incluso 21 por ciento de aquel electorado es “flotante tradicional” (Bottinelli, 2005a; 2005b). Por fin, los colorados caben con un problema adicional. Bottinelli observa que mientras los colorados no tienen problema votar por los blancos, “en el PN hay mucho más fuerte la barrera de votar a los colorados. La barrera tradicional de pertenencia, de identificación” (O. Bottinelli, 30/10/2015).

De todos modos, la marca colorada, antiguamente tan fuerte, se ha vuelto poco viable. Ilustrativo es el caso de Rivera, el único departamento donde el PC gobierna. En el departamento norteño, donde gobierna Marne Osorio desde 2010 - y en la década anterior su mentor Tabaré Viera - se construyó una fuerza política que va más allá del lema colorada – en dos sentidos. Para su reelección en 2015, Osorio hizo campaña justamente sin la marca, en sentido literal, colorada. Se ha construido un logo distinto del sublema ‘Espacio 2000’ - ahora ‘Espacio Abierto’ - que abarca todos los colores del arcoíris. Esto refleja el carácter amplio de la coalición riverense – que incluye políticos de otros partidos – pero a la vez presenta una nueva marca diferente a la colorada (Berdesio, 2015). De tal modo, Espacio Abierto se distancia de la marca colorada, y se promueve a través una marca fresca. La marca colorada, se entiende, se ha vuelto obsoleta.

Concluyendo, en la sección anterior se mantuvo que el PC se derechizó. Esto, en combinación con la convergencia con el PN, diluyó la marca colorada. Cuantitativamente se manifiesta por una fuerte caída de la identificación partidaria colorada, que en 1991 – el primer año de las mediciones – estaba casi al 30 por ciento (O. Bottinelli, 30/10/2015). No obstante, hasta el 1999, cae al 21 por ciento (Zuasnábar, 2013: 11). Es decir, en menos que

una década, más que un cuarto de los que se identificaron como colorado, dejan de hacerlo. Se sostiene por tanto, que la marca colorada diluyó por su rechazación y convergencia con el PN y que este proceso se repercute en la identificación partidaria. También, consistente con la teoría de Lupu es que la caída en identificación no se manifiesta electoralmente en ese periodo, ya que la economía crece.

3.2. Otros factores en la erosión de identificación partidaria

El proceso de dilución de marca capta gran parte de la erosión de identificación colorado. No obstante, hay otros factores que no forman parte de la dilución de marca, pero que de otra manera impactan la identificación partidaria. En la sección anterior se puso énfasis en el papel del discurso político. Se ha establecido que la rechazación del PC no es solo discursiva sino efectiva, pero que el discurso opositor enfatizó esta rechazación, ubicando el partido aún más a la derecha. En este marco, surge la pregunta cómo el PC permitió que se fuera desarrollando este discurso. Luego, cabe analizar en qué segmentos del electorado se muestra particularmente la desafiliación colorado. Por fin, corresponde analizar el papel del liderazgo colorado en la derrumbe.

El análisis es que la desconexión entre el PC y la ciudadanía ha debilitado los vínculos partidarios. El distanciamiento se repercute sobre todo en el segmento electoral más joven. Sin embargo, el tema generacional afecta al PC por dos lados. En primer lugar, refiere a los jóvenes uruguayos que no solo inclinan hacia la izquierda y el FA, también tienen identificaciones más débiles. En segundo lugar, los colorados caben con el relevo generacional del liderazgo. Aunque se mantiene que el factor liderazgo es subordinado al factor ideológico, la salida de Batlle y Sanguinetti dejó el partido acéfalo. Se mantiene que estos aspectos constituyen factores secundarios, distintos a la dilución de marca, que de todos modos erosionan la identificación colorada.

3.2.1. El vínculo con el electorado: un partido desconectado

Se ha argumentado que el discurso político contribuye al realinear de la competencia política. Cabe considerar por qué el PC ha perdido esta batalla discursiva. Más allá del éxito del discurso opositor, hay motivos para considerar que el PC mismo faltó en hacer

llegar su discurso. Al respecto, algunos colorados consideran que la pérdida de medios de prensa ha perjudicado al partido. Como sostiene Castellano:

“Cuando el PC llega al gobierno en '84 tenía el principal diario del todo el Uruguay, que se llamaba El Día, tenía el principal diario de la capital del país, que se llamaba El Diario de la Noche, que salía en la tardecita. Tenía el principal diario que estaba en todo el territorio rural (...) que se llamaba La Mañana. Cuando en 2004 - no tenía ningún de estos medios” (E. Castellano, 02/10/2015).

También Rodríguez coincide y destaca el papel de El Día. Para él, “el gran error del partido fue por ejemplo no haber hecho todos los esfuerzos posibles para mantener a unos órganos de prédica, como era por ejemplo el diario El Día”. Este diario, fundado por el mismo Batlle y Ordoñez, hacía “palpable la presencia del PC en la calle. Se tenía opiniones de los diferentes dirigentes, del gobierno, y de la oposición dentro del mismo partido. Eso se fue perdiendo al fundir del diario” (C. Rodríguez, 3/9/2015)

Otros atribuyen menos importancia a los medios de prensa. Además, es difícil sostener, que el papel de El Día fue importante en la época pos-dictatorial si se considera la evolución del diario. El Día, mantiene Fedele, se desarrolla como diario pachequista, y:

“termina sus últimos años, languideciendo, pero asociado, al haber sido el diario durante la época de la dictadura menos opositor a la dictadura. Porque por más que la página editorial tenía la foto de Batlle, y siempre una frase renovada del líder – (...) el apoyo que ellos dan a Pacheco en el plebiscito por ejemplo del '80, ¿qué hay asociado a lo que uno puede entender que ha sido Batlle y Ordoñez? Nada.” (C. Fedele, 15/9/2016)

Además, mientras el diario El País está vinculado – aunque no oficialmente - a los blancos, el FA tampoco cuenta con órganos de prédica, aunque La Republica está cercano a la izquierda. Por fin, como señala Lanzaro, no importa precisamente tener medios afines “no tienen un diario partidario como tenían, pero tienen acceso a los medios (...) yo te diría - si tuvieran una oferta potente, un liderazgo potente, encontrarían una manera de llegar” (J. Lanzaro, 23/09/2015).

Tal vez, los medios mismos no tienen un papel clave, sino el contacto con la sociedad en sentido amplio. Dentro del PC se siente que, poniendo por años el enfoque en el gobierno, se olvidó de la comunicación con la ciudadanía. Como considera Pedro Bordaberry, “el partido

se ocupó demasiado del gobierno y se distrajo del partido y el nexo del partido con la ciudadanía” (P. Bordaberry, entrevista con el autor, 21/10/2015). Garcé coloca en perspectiva general el alejamiento colorado, afirmando que “los partidos gobernantes, sí, tienden a perder el contacto con la ciudadanía. (...) Entonces al PC pasó, por tanto tiempo gobernando, (...) tiende a alejarse de la gente” (A. Garcé, 22/10/2015).

Como reconoce Viera, el PC se enfocó en el gobierno y cerró las canales comunicantes, creando una brecha con la ciudadanía:

“Creo que lo que faltó al final al PC fue eso. Fue distanciándose de la gente. No generó este interfaz, este contacto que tendría que haber hecho el partido, el gobierno se fagocitó al partido. Bueno, hubo un verdadero divorcio. Yo lo siento, (...) recorro el país y recorro los barrios de Montevideo y hay una gran distancia con la gente” (T. Viera, 16/09/2015)

Castellano concluye que el PC “había dejado de lado todos aquellos otros aspectos que no fueran la gestión”. El PC, continua, “no recordaba - declaraban sus líderes que no tenía sentido hacer historia partidaria. Que no tenía sentido tener prensa partidaria. (...) El PC no reivindicó su historia. No reivindicaba su pasado” (E. Castellano, 02/10/2015). Rodríguez invoca su abuelo, el batllista Renán Rodríguez, que ya en los '60 notó que el PC fue, amalgamándose con el gobierno, abandonando los sitios partidarios: los lugares de encuentro, de formación, de opinión colectiva – toda la estructura partidaria que permite también “regenerar la mística tan importante en un partido político. Sus lugares de encuentro para honrar a sus muertos, para de una manera contar los hechos históricos importante del partido”. Según Rodríguez, este proceso se fue acelerando tras la recuperación democrática, con consecuencias fatales. Como el PC, sintetiza “se preocupaba por la gestión del gobierno, se fue abandonando los sitios partidarios. Entonces cuando el partido perdió el gobierno, se vio sin un colchón que le amortiguara la caída” (C. Rodríguez, 3/9/2015)

Contrario a sus rivales, el PC perdió presencia en la sociedad y desatendió la preservación de su herencia. Esto no constituye técnicamente una dilución de marca, pero de otro manera debilita los vínculos con el electorado y erosiona la identificación partidaria. Este hueco fue, otra vez, llenado por el FA, cuya inserción societal fue sumamente exitosa (Lanzaro, 2007:

126). Como describe Mieres: “El Frente logra una construcción gramsciana, digamos, del poder. Y va ocupando la educación, la cultura, la música, el carnaval, todos los que son las expresiones populares y culturales de Uruguay, las va colonizando” Y, concluye, “lo hace perfectamente” (P. Mieres, 23/10/2015).

Además, resalta Topolansky, careciendo demasiados medios, la militancia frenteamplista “generó una riqueza intangible, que supla muchas veces la falta de medios”. Por ejemplo, se organiza ‘mateadas’, que facilitan la interacción, el contacto físico, y la accesibilidad: “siempre vamos con músicos, malabaristas, (...) y la gente lo agradece muchísimo”. Claramente, se aprovecha estas ocasiones para transmitir su mensaje político, admite Topolansky: “no somos inocentes, ojo” (L. Topolansky, 11/12/2015).

Además, contrario al PC, el FA y el PN supieron reivindicar su historia. El ex presidente Lacalle subraya la importancia de la reivindicación histórica en el PN. Cada año, los blancos se empeñaron de un peregrinaje masivo en caballo al lugar donde murió Aparicio Saravia. Esta tradición, con asados y las canciones partidarias, “crea una sensación de romanticismo. Y mantenemos viva esa llama” (L.A. Lacalle Herrera, entrevista con el autor, 8/9/2015)⁴⁴. Reivindicando su historia, los blancos refuerzan la identidad partidaria. El papel de Wilson, por su fuerte oposición a la dictadura, es clave en generar un “componente emocional para el partido muy importante, que no generó el PC. Eso permitió a la identidad partidaria nacionalista mantenerse más fuerte en la posdictadura que la del PC” (I. Zuasnábar, 09/10/2015)

Además, Sanguinetti mantiene que la reducción del Estado en los años '90 ha afectado la militancia colorada, porque “en la construcción de la militancia de un partido la burocracia es importante.” Entonces, cuando un gobierno se ve fiscalmente obligado a reducir los empleos públicos, “el gobierno se traga al partido sin ninguna duda” (J.M. Sanguinetti, 8/12/2015). Irónicamente, de tal forma relaciona la militancia al clientelismo, una práctica muy difundida históricamente (Buquet *et al.*, 2012). La racionalización del Estado no obstante redujo los recursos del clientelismo, de modo que “ellos mismos se serrucharon la rama del árbol en que estaban parados” (A. Garcé, 22/10/2015).

⁴⁴ Traducido del inglés por el autor.

Yaffé resalta que el clientelismo fue importante en la construcción y la reproducción del poder de los blancos y colorados. Careciendo fuerte integración sindical, sirvió sobre todo para vincularse a los trabajadores. El clientelismo es clave en explicar cómo los partidos tradicionales “mantuvieron esta lealtad de los votantes, incluido los trabajadores, si en los sindicatos los trabajadores votaban más bien a los comunistas y los socialistas” (J. Yaffé, 01/10/2015).

Como ha documentado Rama (1973), el clientelismo se manifestó tradicionalmente en los clubes políticos, donde dirigentes barriales y ciudadanos intercambiaron trabajos y distintos servicios y bienes para votos. Estos dirigentes a su vez se conectaron a políticos y funcionarios públicos. Como aclara Bottinelli, el clientelismo permitió que las listas pequeñas juntaran un número reñido de votos para obtener representación parlamentaria. De tal modo, “el clientelismo fue útil no para los partidos, sino para los candidatos” (O. Bottinelli, 30/10/2015). Como analiza Buquet, si tales políticos no resultaron electos, ocuparon cargos en las empresas públicas para manejar su red clientelar.

Poner fin al clientelismo fue una decisión deliberada: en el proceso de racionalización del Estado de los '90, los partidos tradicionales optaron por poner técnicos que no formaron parte de una red clientelar. De tal modo, se consiguió romper las estructuras que facilitaron el clientelismo. En el caso del suministro de teléfonos, “una cosa típica del clientelismo” se puso un técnico que innovó la red, eliminando la escasez de líneas, y por lo tanto, la necesidad de contactos clientelistas: “pedís un teléfono y te lo ponen el otro día”. Buquet resalta que se limitó el clientelismo no solamente por motivos económicos o morales, sino que los retornos electorales ya no satisficieron. Los partidos tradicionales fueron descubriendo que los empleados públicos votaron progresivamente al FA, lo que eliminó el incentivo clientelista. Por tanto, los partidos tradicionales concluyeron: “¿cómo empleamos a gente que no sirve para nada para que después votaran al FA?” (D. Buquet, 7/10/2015).

No obstante, no se debería sobrevalorar el efecto electoral. Como subraya Garcé, el clientelismo vinculó solo una pequeña parte de la población - lógicamente no está cuantificado - y por tanto tuvo un efecto reducido en la arena electoral. (A. Garcé,

22/10/2015). Más que nada, desde una perspectiva histórica problematizan severamente tanto la abrumadora victoria blanca en 1958 como la resurrección blanquicolorada tras once años de exclusión dictatorial la importancia del clientelismo (González, 1991: 28). No es decir que no existiera, pero no se sobreestime el impacto electoral.

3.2.2. El tema generacional: un partido envejecido

Un segmento electoral donde los colorados sufren particularmente es el de los jóvenes. Nada nuevo: hace tres décadas, Gillespie (1986, 237) ya advirtió que el electorado colorado estaba envejeciendo rápidamente. Igualmente, se ha señalado que gran parte de los votos colorados terminaron en el FA. Efectivamente, se estableció claramente una disposición juvenil hacia la izquierda relativa al bloque blanquicolorado (Mieres, 1990; Flores y Selios, 2011; 2013, Selios y Vairo, 2012). Sobre todo el PC, observa Moreira (2004, 50) recluta sus votantes en los electores “más viejos”. La mera renovación del electorado explica una parte del crecimiento frenteamplista, y por tanto, el decaimiento del tradicionalismo hasta 2004 (Buquet y Chasquetti, 2005). Mieres lo expresa como:

“de cada diez uruguayos que mueren, ocho votaron a los partidos tradicionales y dos al Frente. Y de cada diez uruguayos de dieciocho años, ocho votan al FA y 2 a los partidos tradicionales.”(P. Mieres, 23/10/2015)

No obstante, estos datos solo muestran en qué grupo electoral el FA gana – y el PC, como uno de los partidos tradicionales, pierde y no por qué. Es decir, indica dónde se manifiesta el cambio, pero por qué se manifiesta. Por un lado, se ha mostrado constantemente que el voto juvenil se debe a los valores más izquierdistas y progresistas de los jóvenes (Flores y Selios, 2011; Queirolo, 2004).⁴⁵ No obstante, esto tampoco ofrece otra explicación, puesto la conclusión de la primera sección que la caída del PC – y por tanto, el ascenso del FA – se explica (parcialmente) por la derechización del partido de Rivera.

Otra explicación se encuentra más bien en la transmisión familiar. Como se ha señalada, la convergencia blanquicolorada estorba la transmisión generacional del voto tradicional. El FA cuenta con la ventaja que, además de atraer hijos de padres blancos y colorados, que los

⁴⁵ Cabe resaltar que el recién se han aumentado las posturas autoritarias entre jóvenes (González, Mieres y Zuasnábar, 2013), y que el efecto demográfico parece haberse agotado (De Armas, 2009).

padres frenteamplistas sí logran transmitir su voto (Dutrénit Bielous, 1996; Selios, 2006: 66). De tal modo, 85 por ciento de los hijos de frenteamplistas votan al FA, y también 53 por ciento de los hijos de colorados (Moreira, 2000: 13). De tal modo, esta explicación es la otra cara de la moneda de la análisis anterior que la convergencia blanquicolorada diluye la identificación colorada. Como explica Yaffé, el FA supo construir el tipo de identificación que justamente los partidos tradicionales han perdido:

“el FA construyó una mística, una adhesión emotiva muy fuerte por su papel en la dictadura, ¿no? Los muertos, los desaparecidos, los torturados. Se generó una mística, una adhesión sentimental al FA al mismo tiempo que los partidos tradicionales perdieron este componente (J. Yaffé, entrevista con el autor, 01/10/2015).

Empero, la mística frenteamplista tiene un agravante vis-à-vis los partidos tradicionales. Mientras ellos basaron su identidad histórica en las luchas del siglo XIX, el FA se apoya en una tradición más reciente: la persecución de la dictadura de hace 30 años. La dictadura ahuyentó sobre todo las jóvenes al FA; De otro modo, parece lógico que sobre todo la generación joven resulta impactado por la dictadura, ya que Flores y Selios (2011, 35) justamente definen una generación como “un grupo de personas que han transcurrido y participado de las mismas experiencias y momentos históricos” los cuales influyen “sus posicionamientos ideológicos respecto al sistema político o la democracia”. Surge la hipótesis que, en términos de Lipset y Rokkan (1967), tras la coyuntura crítica de la formación del Estado uruguayo, que produjo el clivaje blanquicolorado, que la dictadura produjo un clivaje frenteamplismo-blanquicoloradismo. Desde la perspectiva frenteamplista, habría por un lado los partidos tradicionales, sobre todo los colorados, que serían responsables por la dictadura, o por lo menos por su advenimiento. Y por otro, su FA, víctima de la dictadura. La votación de Ley de Caducidad solo confirmó este clivaje, ya que, con la amnistía, los partidos tradicionales asumen de alguna manera su responsabilidad. Este clivaje se muestra sobre todo en el caso del plebiscito de 2009 sobre la Ley de Caducidad, donde las cohortes más jóvenes mostraron más dispuestos a votar por la derogación (Sagasetta, 2014).⁴⁶ Desde la perspectiva blanquicolorada, el FA representa el marxismo y la perversión del izquierdismo que fue la guerrilla, responsable por la caída de la democracia.

⁴⁶ Lamentable, se tiene solo cifras que miden la votación generacional de 2009. Por tanto, es una manifestación posterior a la caída colorado de 2004, pero de todos modos confirma la tendencia juvenil a la izquierda.

De otro lado, los partidos tradiciones, liberales y responsables, que han siempre adecuadamente gobernado el país. Se puede discutir si esta dicotomía es justa o no, pero eso no descarta la posible percepción de tal contraposición, ni que impactaría más fuertemente los jóvenes, socializado en dicha época.

No obstante, cabe enfatizar que estas explicaciones solo describen el descenso gradual – entonces puede contribuir al descenso colorado de 1989, pero no puede explicar la caída brusca de 1999 a 2004. Un estudio promisorio es el de Flores y Selios (2011: 49), que muestra por las distintas cohortes las posiciones ideológicas y las preferencias electorales.⁴⁷ La generación electoral más anciana (nacida antes de '45), creció en el viejo bipartidismo y muestra una fuerte tendencia hacia la derecha y los partidos tradicionales. De la segunda generación (1948-1966), la gran mayoría empezó a votar con el establecimiento del FA, y se nota: es mucho más izquierdista, y la que se idéntica más con el frenteamplismo. La tercera generación (1967-1983), la que crece en dictadura, tiende ligeramente a la izquierda y el FA pero no es tan ideologizada y partidaria como la anterior. La última generación (1984-1989) es compuesto por hijos de la democracia. Ella, por fin, no muestra una orientación ideológica ni una clara identificación partidaria.

A partir de este análisis surgen dos conclusiones importantes. Primero, confirma otra vez la tesis el relevo generacional del electorado que favorece al FA y perjudica los partidos tradicionales. A la vez, explica dicha diferencia por las distintas posiciones ideológicas. Segundo, más importante, ofrece una explicación generacional por la caída electoral del PC en 2004 que no permite la tesis gradualista. Se destaca que los integrantes de la cuarta generación se caracteriza por baja identificación ideológica y partidaria, de modo que difieren de la generación anterior “por una disminución aún mayor en los coeficientes de intención de voto a todos los partidos y el consiguiente aumento de otras opciones o no respuestas” (Flores y Selios, 2011: 49).

O sea, esta generación tiene débiles vínculos partidarios, lo cual se repercutió en los contratiempos electorales. Es decir, como las nuevas generaciones son menos vinculados,

⁴⁷ Cabe destacar que, como precisa Selios (2006: 66-67), hay una altísima correlación entre la auto-identificación ideológica y el voto.

son más dispuestos a dejar los partidos cuando éstos no se desempeñan bien. Este afecto parece manifestarse en 2004, contribuyendo a la caída del PC.

3.2.3. La cuestión del liderazgo: un partido acéfalo

No obstante, el estancamiento del relevo generacional refiere también a los liderazgos del PC. Tras haber dominado la escena política uruguaya por décadas, Batlle y Sanguinetti dejaron de ser candidatos. Batlle deja la política tras pasar el mando presidencial a Vázquez. Tras cuidadosa consideración, Sanguinetti opta por no postularse a la presidencia (Chasquetti y Garcé, 2007: 132) y decide cumplir un último mandato en el Senado. El fin de estos liderazgos deja un hueco que disminuye el apelo del PC. Ante las elecciones de 2004, el PC termina postulando Stirling, definido “poco carismático” (Buquet y Chasquetti, 2005) e incluso su compañero de fórmula Viera considera que “no fue notoriamente un buen candidato” (T. Viera, 16/09/2015). Mieres considera que Stirling fue “un buen tipo” pero “un mal nombre” (P. Mieres, 23/10/2015). De los candidatos presidenciales, despertaba por lejos las menores simpatías (Queirolo, 2006: 40)

Lógicamente, no se puede responsabilizar a Stirling, más bien se debe concluir que no surgió otro liderazgo fuerte. El PN se contrapone al rival histórico, argumentado que el PC no cuenta con los liderazgos necesarios. Lacalle mantiene que en un país personalizado como Uruguay la ciudadanía necesita una referencia humana: “yo voto a Cuqui (...). Yo voto a Batlle, yo voto a Tabaré” (L.A. Lacalle Herrera, 08/09/2015). Como expresa su correligionario Hernández, el PC “se quedó sin líderes, sin líderes realmente representativos” (D. Hernández, entrevista con el autor, 06/08/2015). El PN por otro lado, que tuvo también años difíciles – perdió significativamente en '94 y '99 - supo renovar su liderazgo con el ascenso de Jorge Larrañaga en 2004.

Viera subraya que la despedida de Batlle y Sanguinetti pesó en el partido y que los procesos de renovación son costosos. Además, cree que hay un agravante, que históricamente los líderes fueron reemplazados cuando fallecieron, pero en este caso “los dos líderes además siguen muy vivos. Se hace más difícil ese proceso de renovación” (T. Viera, 16/09/2015). No obstante, Yaffé recuerda que el fallecimiento de longevos líderes no es necesario para el relevo, siempre y cuando un desafiador sepa competir con el liderazgo actual, como fue el caso de Vázquez, quien venció el liderazgo antes de que Seregni muriera. No obstante, en

todo caso, se mostró que “Sanguinetti y Batlle no supieron dar un paso al costado en el momento adecuado. Cosa que sí supo hacer Seregini - una vez que emergió Tabaré Vázquez, Seregini dio un paso al costado” (J. Yaffé, 1/10/2015).

En este marco, Lanzaro argumenta que aunque no había un desafiador serio, los líderes complicaron el surgimiento de sucesores. Típicamente, cuando los líderes llegan “a su fecha de vencimiento (...) no dejan crecer a sus segundos”. También en el caso colorado, se ha desanimado las ambiciones de posibles sucesores: “Sanguinetti les tenía – si sacaba mucho la cabeza, ¡*tac!* Pero en realidad ninguno tuvo un liderazgo desafiante fuerte.” (J. Lanzaro, 23/09/2015). También desde el PC, Amado sostiene que Sanguinetti ha obstruido el surgimiento de liderazgos foristas, como supuestamente ha sido el caso de Fernández Faingold, Pasquet y Lombardo – en el caso de Batlle refirió al bloqueo de la posible candidatura de Atchugarry en 2004 (F. Amado, entrevista con el autor, 11/12/2015). De todos modos, es difícil verificar tales casos, entonces, como destaca Yaffé, a lo mejor se puede responsabilizar los dos líderes de no haber adelantado la renovación y “o haber propiciado ellos mismos un relevo generacional. Pero es muy difícil. Los liderazgos nunca surgen porque los viejos líderes estimulan a otros a surgir” (J. Yaffé, 1/10/2015).

Además, el peso de los liderazgos no debe ser exagerado: para los uruguayos, inclusive los colorados, los partidos son más importantes que los líderes (Delbono, 2012: 19). Su apelación es importante más bien como condición necesaria, pero no suficiente para el éxito de su fuerza política. Como explica Alonso,

“los liderazgos son siempre influyentes pero (...) son más bien la expresión del partido. En el caso uruguayo (...) el personalismo sigue siendo débil frente a las estructuras partidarias. El más carismático, el líder más importante (...) está siempre inserto de una institucionalidad de la cual no renuncia, nunca, ni Mujica. (...) Nadie va a negar la influencia de los liderazgos. Pero no se corta solo. Más bien le deben a la institucionalidad. (E. Alonso, 15/09/2015).

Recapitulando, se buscó ofrecer en esta sección explicaciones adicionales. En el marco discursivo, se ha considerado el papel de la prensa partidaria, pero no se otorga demasiada importancia. Se destaca no obstante el proceso general de desconexión de la sociedad, donde el PC fue abandonando los sitios partidarias. Además, se mantiene, la reducción del

clientelismo probablemente haya afectado al PC, aunque en menor medida. El clientelismo fue relevante en la construcción de vínculos partidarios, pero no crucial. De tal modo, se da eco autores como Luna (2008) y (Roberts, 2012) que pusieron énfasis en la reducción de recursos como causa de decaimiento de apoyo de partidos clientelistas. No obstante, no contradice tampoco a Lupu (2014), quien no le atribuye demasiada importancia al clientelismo.

Además, se ha resaltado el impacto de la renovación colorada, primero reiterando el peso del voto juvenil en votación colorada. Empero, como ésta es una descripción más bien que una explicación del fenómeno, se ha mantenido que este descenso se debe a la ya mencionadas derechización y transmisión familiar. Como estos factores solo pueden explicar un descenso gradual, se ha destacado la menor identificación partidaria entre jóvenes, que explica que estos son más dispuestos a abandonar el lema. De tal modo, se sugiere que el voto juvenil tuvo un impacto en la caída de 2004. Entonces, no es un tema de dilución de marca, más bien el partido falló en establecer la marca para nuevas generaciones. Por último, se puso énfasis en el tema de liderazgos, sosteniendo que el fin del ciclo Batlle-Sanguinetti dejó el partido acéfalo. No obstante, se considera este factor no más que una gravante: invocando King (2002), se mantiene que los personajes son importantes, pero no son más importantes que los partidos.

En suma, estos factores no diluyeron efectivamente la marca colorada, pero de otra manera erosionaron la identificación partidaria – sobre todo por falta de mantenimiento de ella. Estos factores no contradicen el concepto de dilución de marca, sino son más bien complementarios a ello. De tal modo, el comportamiento del PC apoya a Coppedge (1998) quien mantuvo que los partidos pueden ser programáticos, personalistas y clientelistas a la vez. El reconocimiento del PC como partido multifacético contribuye a entender el caso del colapso como fenómeno multifacético. Sin embargo, en este entendimiento falta de todos modos un elemento sumamente importante: la crisis de 2002.

3.3. El colapso de partido

En esta sección se analiza el colapso del PC a la luz de la crisis de 2002. Esta crisis financiera y económica parece un caso ejemplar de una crisis que provoca una caída electoral, revelando de tal modo un proceso subyacente de desafiliación partidaria. Para establecer eso, cabe

verificar en qué medida la crisis impactó el comportamiento electoral de la siguiente elección, en 2004, y la relación entre el desarrollo de la identificación partidaria y el comportamiento electoral.

3.3.1. El efecto de la crisis: un partido culpado

Aunque parece obvio, cabe afirmar que hay consenso académico sobre el efecto de la crisis en la caída electoral del PC (Buquet y Chasquetti, 2005; Chasquetti y Garcé, 2007; Moreira, 2004). La pregunta es más bien cómo. Castellano sostiene que el PC pagó la cuenta por estar en el gobierno y no poder evitar la crisis. “El gobierno colorado pagó la cuenta de la crisis porque era el gobierno. Era responsable. (...) La gente consideró que no fuimos capaces de impedir la crisis” (E. Castellano, 2/10/2015). Para el entonces presidente Batlle es muy sencillo. Comparando el Uruguay con otros países, llega a la conclusión del voto económico, que responsabiliza cualquier partido de gobierno en crisis:

“¿Por qué perdió Zapatero? (...) ¿Por qué ganó Hollande? ¡Por la crisis! (...) La crisis francesa le hizo perder a un señor - se ha supuesto - que es de centro, a favor de un socialista. Y la crisis española hizo perder a un socialista, a favor del contrario. (...) ¡Fue la crisis que determinó el cambio electoral! (J. Batlle, 19/10/2015)

Su correligionario Rodríguez también reconoce el efecto de la crisis en la votación posterior. Entiende que “la gente fue muy golpeada, sin duda, y necesitaba sin duda culpabilizar a alguien por su situación que vivía cada uno. Bueno, el PC pagó los platos rotos”. No obstante, mantiene Rodríguez, los colorados no son culpables. Rodríguez mantiene que la crisis habría pasado con cualquier partido en gobierno. Incluso, destaca que el país logró, gracias a las responsables medidas austeras el gobierno, recuperarse pronto. Aunque dichas medidas fueron poco simpáticas, posibilitaron que “al año siguiente de la crisis financiera bancaria el Uruguay empezó de vuelta a crecer, incluso a un crecimiento poco vistos para la historia uruguaya” (C. Rodríguez, 03/09/2015).

No obstante, los tres argumentos – la inevitabilidad de la crisis, su buen manejo y la recuperación rápida – merecen mayor consideración. En cuanto la inevitabilidad, Caetano (2003: 14) argumenta que culpar al contexto regional “y sobre todo a la Argentina, es un atajo tan perezoso como afiliarse a la noción de que lo ocurrido era finalmente inevitable”.

Caetano concluye que aunque “es cierto que le tocaron tiempos difíciles, también es verdad que sus capacidades ejecutivas y políticas han estado por debajo de lo que la mayoría esperaba” (Caetano, 2003: 20). Es decir, aunque no se debe negar la influencia exterior en el advenimiento de la crisis, cabe resaltar algunas decisiones políticas que perjudicaron la economía. Primero, la política fiscal expansiva, que tuvo un efecto pro-cíclico. Además, la política monetaria fue demasiado rígida ante la devolución brasileña, comprometiendo las exportaciones (Oddone, 2009: 149).

Más importante, la ciudadanía concurre: 73 por ciento culpa la crisis a los partidos tradicionales, y solo 37 por ciento culpa a la crisis argentina (Chasqueti y Garcé, 2007: 126). Aunque estos guarismos no diferencian entre blancos y colorados, Buquet aclara que “aunque los blancos colaboraron con el gobierno de Jorge Batlle, el presidente era Jorge Batlle, el gobierno del PC y el país le fue muy mal. (D. Buquet, 07/09/2015). La aprobación de la gestión presidencial tocó fondo en 2003, con un mero 7 por ciento, y Batlle finalmente dejó la presidencia con un magro 7 por ciento (Chasqueti y Garcé, 2007: 130).

Segundo, durante el gobierno Batlle, se tuvo una postura demasiado reactiva ante acontecimientos macroeconómicos, y se subestimó los problemas de la economía argentina (Oddone, 2009: 149).⁴⁸ O sea, es también el manejo de la crisis. Como observa Zuasnábar, Además, el gobierno hizo promesas que no pudo cumplir, como la declaración del vicepresidente Hierro que el gobierno no tocara el tipo de cambio. Hierro dijo: “Si quieren seguir comprando en dólares, está bien, acá no va a pasar nada. Bueno, a los tres meses, el dólar se duplicó, por dos o tres, la gente iba a tomar deuda”. Además, en el ámbito bancario cabe notar que el Banco Central ha fallado de controlar la solidez financiera, entonces “la crisis se hizo explícito que había una parte de la institucionalidad uruguaya que no funcionaba” (I. Zuasnábar, 09/10/2015).

Tercero, cabe considerar la salida. A pesar del crecimiento de 12 por ciento en 2004, la pobreza se mantuvo y la indigencia incluso aumentó (Buquet y Chasqueti, 2005). Además, ante estos hechos hubo varias respuestas a la crisis - como destaca Topolansky “había distintas maneras de manejarla”. El PC, mantiene, tuvo un abordaje demasiado técnico, y

⁴⁸ Se note que, irónicamente, generalmente se asocia la expansión fiscal y la rigidez cambiaria con la izquierda económica, mientras se acusó el PC de neoliberalismo

puso muy tarde, al asumir de Atchugarry, una cara más social. Por otro lado, el FA, reclama se empeñó en la sociedad civil, buscando soluciones para empleados despedidos y organizando comedores para los ciudadanos embromados (L. Topolansky, 11/12/2015). Castellano lamenta la postura del partido, y destaca que ha descuido la oportunidad de recordarle a la ciudadanía su legado:

“El partido no tuvo la capacidad de (...) ponerte la mano en el hombro y decirte: mirá, la verdad, tenés razón estar enojado conmigo. ¿Pero sabés una cosa? No te olvides de quién soy. No te olvides que yo fui el que te dio la Ley de ocho horas. Las asignaciones familiares. La protección a la mujer. El voto a la mujer. Vos no te olvides que cuando los blancos decían que el hijo del doctor no se podía sentar al lado del hijo del zapatero en la universidad, nosotros hicimos la educación gratis. ¿Y los comunistas donde estaban?” (E. Castellano, 2/10/2015)

Justamente la crisis social se mostró letal para el batllismo. Como reconoce Bordaberry, la crisis ha afectado sobre todos los más débiles, petardeando en el legado batllista, sobre todo con un Batlle en la presidencia. Esto “obviamente que eso también juega en contra el viejo grito de guerra, el eslogan que tenemos nosotros desde hace más de cien años que es ‘somos el escudo de los débiles’” (P. Bordaberry, 21/10/2015). El escudo de los débiles no fue la única patente que el PC definitivamente perdió. En su renovado compromiso ideológico, el Partido Colorado (2012, 29) declara que “ha sido y es, por formación histórica, el partido de gobierno”. Por tanto, resalta Castellano, los colorados “tuvieron la fama de ser capacitados para gobernar” (E. Castellano, entrevista con el autor, 02/10/2015). Igualmente, Sanguinetti recuerda que el PC tuvo por excelencia la imagen de gestores capaces: “Sabe manejar el Estado. Estos son los que saben” (J.M. Sanguinetti, 08/12/2015). Este imagen se fue severamente comprometido, sino anihilado, por la crisis de 2002.

Además hay un agravante que golpeó al partido. Zuasnábar explica que la idea de la “Suiza de América Latina”, creado por el mismo batllismo, se volvió en contra del PC. O sea, los gobiernos uruguayos – mayoritariamente colorados – no pudieron cumplir la expectativa de ser un país desarrollado. Zuasnábar concluye: “Yo no sé si es culpa de que la expectativa era loca, o que los gobiernos fueron malos. Pero en cualquier caso la brecha existió y el que pagó el costo por esa brecha fue el PC” (I. Zuasnábar, 9/10/2015).

La crisis resultó en una tormenta perfecta donde el PC termina perdiendo todos sus atributos históricos. Fedele concluye que la crisis relevó todos los factores estructurales que iban erosionando el apoyo al partido:

“es muy probable que la crisis del 2002 haya catalizado de alguna manera todos los procesos anteriores para finalmente producir la caída. (...) Yo lo entiendo como (...) la gota que derramó el vaso. (...) Yo lo que digo es que en el 2002, eso termina ser de eclosión. Como la gente dijo (...): ¡estos son los colorados, los colorados de derecha, que no les importa un bledo el pueblo! (...) ¡Pero ya veníamos así! Ya veníamos, porque esto era por etapas, nosotros votábamos pero el votante (...) no creía demasiado. Tenía miedo con el Frente, entonces, y los blancos eran los conservadores entonces no puedo pasar por ahí, y el FA sigue siendo los radicales, entonces no me quiero pasar, entonces sigo votando acá (...) ¿Entonces qué significa? Que hay momentos en el cual la gente terminó entender, (...) terminó de cerrarle la interpretación histórica de lo que había devenido la identidad colorada. En el 2002 determinó que había fecha” (C. Fedele, 15/9/2015).

Tras la crisis se manifiesta en 2004 finalmente el subyacente proceso de erosión de identificación colorada. En esta elección, setenta por ciento del electorado de 1999 deja de votar al PC. La crisis revela como el doble proceso de dilución de la marca ha afectado al PC en un doble proceso de erosión de identidad colorada. Cabe elaborar las distintas concepciones de identidad partidaria que juegan en este proceso.⁴⁹ Por el lado de la identidad política-ideológico, la derechización ha alienado sus votantes más progresistas, espantándoles al FA. De tal modo, los ex votantes colorados evaluaron su identidad colorada a partir del posicionamiento ideológico del partido, en línea con Fiorina (1981). Al lado de la identidad histórico-cultural, la convergencia blanquicolorada ha erosionado la rivalidad histórica, lo cual posibilitó el traspaso al PN. De esta manera, se percibe la identidad partidaria más bien según la Escuela de Michigan. Por esta ruta, del 33 por ciento de la votación colorada de 1999, 13 puntos terminaron en PN en 2004. Los otros 9 puntos que perdió terminó en la izquierda, dejando al PC con ni siquiera 11 por ciento (Buquet y Chasquetti, 2004).⁵⁰

⁴⁹ En el texto original Lupu (2014) no define identificación partidaria. En un trabajo posterior, Lupu (2016, 9-10) elabora sobre las concepciones de identificación partidaria, pero no hace explícito la relación de cada una de las concepciones con los componentes de dilución de marca.

⁵⁰ Se utiliza izquierda acá porque resulta difícil distinguir que en qué parte de la izquierda terminaron los votos colorados. En 1999, el FA obtuvo 40 por ciento y el NE 5; en 2004, el NE integró al FA, provocando la escisión

La dilución de marca entonces erosionó la identificación colorada, lo cual se demostró tras la crisis. No obstante, la crisis en sí misma es también en causa de la erosión de identificación. La identificación colorada cayó de 21 de 8 por ciento durante el gobierno Batlle (Zuasnábar, 2013: 11). Zuasnábar confirma: “La crisis fue el periodo en que hubo una mayor ruptura de identidad colorada, sí, totalmente” (I. Zuasnábar, 9/10/2015). Esta observación difiere de la tesis de dilución de marca, que sugiere que ésta precede la caída. Es decir, primero la identificación va erosionado por un proceso de dilución de marca, lo cual Fedele explicó afirmando que los colorados votaron bien “pero el votante (...) no creía demasiado”. Esta erosionada identificación colorada se muestra ante una crisis, manifestándose en la caída de 2004. Además, la superposición de la erosión con la crisis corresponde a la interpretación que el elector “terminó de cerrarle la interpretación histórica de lo que había devenido la identidad colorada” (C. Fedele, 15/09/2015). De tal modo, en el caso colorado, las dos cosas van de la mano. Efectivamente, confirma Bottinelli, “la erosión del voto fue acompañado en la erosión de pertenencia” (O. Bottinelli, 30/10/2015). La explicación sería que como la crisis ratificó un proceso de dilución de marco – del batllismo protector, del partido de la gestión – la crisis misma se vuelve en una causa.

del PI. En esta elección, el FA (incluyendo el NE) obtuvo 52 por ciento, y el PI 2. El neto crecimiento de la izquierda fue entonces casi diez por ciento, de casi 45 a 54.

Conclusiones

El análisis del presente trabajo apoya la teoría de dilución de marca y colapso de partido para explicar la caída del PC de 2004. Como se ha argumentado, este concepto posibilita explicar la mayor parte del ocaso colorado. El proceso de dilución tiene dos componentes. En primer lugar, se trata de una inconsistencia ideológica con las políticas tradicionales coloradas. Tradicionalmente un partido prevalentemente centro-izquierdista, el PC pasó a ser más conservador. Donde había promovido el papel del Estado en la economía, pasó a favorecer una economía libremercadista. En cuanto la dimensión política, ha sido identificado con el liberalismo democrático, abogando las libertades civiles y la limitación del Poder ejecutivo. No obstante, fue progresivamente asociado con el autoritarismo. Ha sido clave el gobierno colorado de Pacheco (1967-1972), con su la restricción de las libertades, el presidencialismo vertical y el gobierno por decreto. Además, el golpe de Estado del presidente Bordaberry (1972-1976) y la amnistía a los militares en las secuelas de la transición democrática fortalecieron la identificación autoritario del PC.

La dilución de marca colorada se debe también a la convergencia con su histórico rival blanco. La convergencia es por un lado programático, en el sentido que ambos partidos convergieron hacia posturas libremercadistas. Por otro lado, la convergencia refiere a la creciente cooperación blanquicolorada, que va desde el cogobierno hasta la formación de coaliciones *tout court*. Esta convergencia ha desdibujado la diferenciación entre ambos formaciones, que fue radicada en la rivalidad histórica. Este doble proceso de dilución – de inconsistencia y convergencia – ha erosionado, se sostiene, la identificación colorada.

La erosión de la identificación partidaria no se manifiesta necesariamente en el voto. En los años '90, la identificación colorada cayó casi un tercio mientras la votación colorada se mantenía estable e incluso crecía levemente. Este fenómeno corresponde con la teoría, que predice que mientras un partido preside gobiernos relativamente prósperos, la erosión de la identificación no se repercute electoralmente. Entonces, en estos años, el PC seguía obteniendo buenas votaciones, aunque la identificación partidaria estaba cayendo. El descenso de identificación colorada se mostró sólo cuando el gobierno entró en una crisis devastadora en 2002. Ante el mal desempeño gubernamental, se repercutió la disminuida lealtad y el PC cayó de 33 a apenas 10 por ciento de la votación.

Cabe destacar unas diferencias del caso colorado con el modelo de dilución de marca. Primero, que la secuencia del proceso de dilución y colapso se difiere de como implica el modelo. No fue simplemente que la dilución erosione la identificación, y que esto se manifiesta finalmente tras la crisis – más bien, la crisis misma a su vez erosionó también la identidad partidaria. Durante el gobierno Batlle, que presidía esta crisis, la identificación colorada cayó de 21 al 8 por ciento. Se ha tratado explicar esta coincidencia entre crisis y erosión de identificación partidaria por la pérdida de unos atributos colorados y batllistas. En primer lugar, el PC tuvo la fama de ser el escudo de los débiles, pero justamente los débiles sufrieron más en la crisis. En segundo lugar, era ‘el partido de gobierno’, pero la capacidad gubernamental ha sido puesta en duda por el advenimiento de la crisis misma. En último lugar, el partido que fundó el Uruguay batllista desarrollado no pudo más cumplir con esta alta perspectiva, y el desengaño se volvió en contra del PC. De tal modo, la crisis misma contribuyó fuertemente a la erosión de identificación colorada. Por tanto, se mantiene por tanto que dilución y crisis no son necesariamente procesos separados, sino que el último puede acentuar el primero. La dilución precedió la crisis, pero coincidió también con ella.

Segundo, se ha destacado factores secundarios que el concepto de dilución de marca no abarca, pero que también erosionan la identificación partidaria. En este marco, se ha resaltado como la limitación del clientelismo, aunque cabe aclarar este papel. Primero, el clientelismo, aunque resulta imposible cuantificar su impacto, no fue decisivo. Además, en la medida que hay una relación entre la reducción del clientelismo y la reducción del Estado, esta relación parece ambigua. El papel electoral del clientelismo disminuyó porque se achicó el Estado, pero se achicó también el Estado porque el papel del clientelismo disminuyó. Cabe añadir que contacto con la ciudadanía va más allá del clientelismo: la retracción del partido en los oficios gubernamentales ha debilitado la conexión con la sociedad. Este proceso coincide que el desarrollo global hacia partidos de cártel, donde los partidos políticos son más ocupado con mantener su amalgamiento con el Estado que la representación de su electorado. Irónicamente, la cartelización política no es simplemente una causa de la desconexión con la ciudadanía: justamente por su apoyo decadente los partidos tuvieron que forjar coaliciones, y, por ende, cooperar con los demás partidos. De todos modos, parece producir un alejamiento de la ciudadanía, y una subsecuente erosión de identificación partidaria.

El desarrollo del carácter de la misma identificación partidaria en Uruguay coincide con el proceso mundial. La identificación uruguaya, tradicionalmente extremadamente alta, fue notoriamente 'michigana'. La lealtad hacia los partidos tradicionales fue basada en las tradiciones partidarias y transmitida por las familias. Como la competencia se volvió más programática, y convergencia blanquicolorada erosionó las identidades históricas, la identificación pasó a ser también más programática, y evaluativa como describió Fiorina (1981). No obstante, no es fenómeno netamente lineal: como se ha mencionado, justamente en el periodo que la identificación blanca y colorada se volvió más 'fiorinista', el FA construyó una identidad muy basada en la afección y la emocionalidad, y supo hacer transmitir familiarmente la identificación.

Tercero, se relacionado a esta transmisión se ha resaltado un efecto demográfico. Justamente la transmisión familiar frenteamplista ha favorecido la izquierda, y perjudicado los partidos tradicionales – sobre todo el PC. Si no se logra captar la lealtad de los jóvenes, se disminuye la identificación partidaria por relevo electoral. Si No obstante, se ha destacado que en esta generación la identificación partidaria, y también la ideológica, es menor en que las anteriores. Este no perjudica necesariamente el PC, pero si ha perjudicado el PC como partido de gobierno entre 2000 y 2005. Es decir, le menor identificación partidaria implica menor lealtad en contratiempos, y una más fuerte influencia del voto económico. Se estima que por tanto el voto económico ha sido importante sobre todo entre jóvenes, pero se necesita más datos para respaldar esta hipótesis.

Frente a otros casos, el FA, como se ha mencionado, tiene una trayectoria bastante larga. De tal modo, tiene la ventaja de haber podido forjar identidades y lealtades durante un periodo más extenso que por ejemplo sus equivalentes bolivianos y venezolanos. Por tanto, no hay motivos para asumir que en otros casos la transmisión familiar en los partidos desafiantes también es significativa. En cuanto los clivajes, los demás partidos tradicionales caben con el mismo problema que el PC: surgieron en otras coyunturas históricas, y por tanto es probable que tienen vínculos más fuertes con electores que vivieron dicha época que los electores que nacieron después. En este marco, ha surgido la sugerencia que la dictadura creó un clivaje que afecta la generación que se socializó en ese periodo. Como las dictaduras intervinieron en casi todos los países latinoamericanos, cabe preguntar en qué medida produjeron divisiones importantes. Esto, lógicamente, dependería mucho del papel que

tuvieron los partidos políticos antes, durante y en las secuelas de la dictadura. De todos modos parece una interpretación interesante que merece profundización.

Por fin, el concepto de dilución de marca excluye el papel de los líderes, mientras en el caso uruguayo la jubilación de Batlle y Sanguinetti se ha repercutido en la votación colorada. El personalismo, lógicamente, no es un elemento particularmente uruguayo. Al revés, hay buenas razones para mantener que, en el contexto latinoamericano, el papel de los líderes es, aunque relevante, menor que otros países. Por tanto, si los líderes importan en Uruguay, se podría imaginar que la desaparición de liderazgos históricos impacta aún más en otros casos latinoamericanos. Claramente, no es un ejercicio sencillo desenmarañar el declive de los líderes del declive de sus partidos. En el caso boliviano, es complicado desligar el decaimiento del Movimiento Nacional Revolucionario de su último presidente, Sánchez de Lozada. No obstante, en ese último país, la muerte del presidente Banzer, cuya importancia en su Acción Democrática Nacionalista resulta imposible de negar, sugiere una relación más fuerte entre el decaimiento de líder y partido. Se resalta también el caso venezolano del caudillo Rafael Caldera, quien supo ganar la presidencia en 1993 incluso postulándose afuera de su partido. No resultaría sorprendente si el componente del liderazgo influyó también otros casos de caídas electorales, pero tal conclusión exige mayor investigación.

Obviamente, el futuro colorado es incierto. En este momento el PC se encuentra en un proceso de autoevaluación. La experiencia despertó escepticismo sobre mayor integración blanquicolorado. Sin embargo, como Jorge Batlle notó, deciden lo que decidan los partidos, “los votantes tomaron una decisión hace tiempo” (J. Batlle, 19/10/2015). Ellos se muestran más y más dispuestos a alterar entre ambos partidos tradicionales, lo cual propicia la viabilidad de una definitiva fusión blanquicolorada. No obstante, este no es el único escenario. La creciente identidad blanquicolorada puede convertirse también ventajosa para el PC: en contratiempos blancos los votantes podrían buscar refugio bajo el lema colorado. Por fin, un rol más sustentable como partido menor autónomo independiente en un bloque blanquicolorado es tampoco descartado. Australia, que tiene configuración similar, muestra que tal sistema puede perpetuar por un periodo prolongado. De tal forma, la constelación actual no implica necesariamente la confluencia en un solo partido o la extinción del menor. Por ahora, el futuro colorado se muestra menos promisorio que su historia – esto empero, no es ninguna vergüenza.

Bibliografía

- ABRAMOWITZ, A.I. y SAUNDERS, K. (2006). 'Exploring the Bases of Partisanship in the American Electorate: Social Identity vs. Ideology', *Political Research Quarterly*, 59(2), 175-187.
- ALDRICH, J.H. (1995). *Why Parties?: The Origin and Transformation of Political Parties in America*. Chicago: University of Chicago Press.
- ALONSO, E. (2014). 'Fundamentos de la Deliberación en el Batllismo (1919-1933)', *Crítica Contemporánea*, 4, 78-106.
- ALTMAN, D. (2002). 'Cambios en las percepciones ideológicas de lemas y fracciones: un mapa del sistema de partidos uruguayo (1986-1997)', *Cuadernos del CLAEH*, 24(85), 89-110.
- ALTMAN, D. (2010). 'The 2009 Elections in Uruguay', *Electoral Studies*, 29(3), 521-540.
- ALTMAN, D. y BUQUET, D. (2015). 'Uruguay 2014: Not much of a change in a changing country', *Electoral Studies*, 38, 101-106.
- ALTMAN, D. y CASTIGLIONI, R. (2006). 'The 2004 Uruguayan Elections: A Political Earthquake Foretold', *Electoral Studies*, 26(1), 147-154.
- ANCKAR, D. y ANCKAR, C. (2000). 'Democracy Without Parties', *Comparative Political Studies*, 33(2), 225-247.
- ANDERSSON, L. LEWIS-BECK, M.S. y STEGMAIER, M. (2003). 'Post-socialist democratization: a comparative political economy model of the vote for Hungary and Nicaragua', *Electoral Studies*, 23, 683-708.
- ANDEWEG, R.B. y IRWIN, G.A. (2014). *Governance and Politics of the Netherlands*. Londres: Palgrave Macmillan.
- ANTÍA, F. (2003). 'Uruguay 2002: contagio, crisis bancaria y perspectivas', *Íconos*, 15, 145-153.
- ARREGUI, M. (2015). 'El Partido Colorado en riesgo de extinción', *El País*, Montevideo, 7 de febrero de 2015, <http://www.elpais.com.uy/informacion/crisis-partido-colorado-riesgo-extincion.html>
- BARAHONA, E.M. (2001). 'Uruguay', en: M. ALCÁNTARA SÁEZ y F. FREIDENBERG (comp.), *Partidos Políticos de América Latina. Cono sur* (pp. 425-557). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

- BARRETT, P.S., CHAVEZ, D. y RODRÍGUEZ GARAVITO, C.A. (2008). *The New Latin American Left: Utopia Reborn*. Londres: Pluto Books.
- BELKNAP, G. y CAMPBELL, A. (1952). 'Political Party Identification and Attitudes toward Foreign Policy', *Public Opinion Quarterly*, 15, 601-623.
- BERDESIO, M. (2015). 'La isla colorada', *El País*, 17 de mayo de 2015, Montevideo, <http://www.elpais.com.uy/que-pasa/isla-colorada-bastion-final-partido.html>
- BERGARA, M., PEREYRA, A., TANSINI, R., GARCÉ, A., CHASQUETTI, D., BUQUET, D., y MORAES, J.A. (2006). *Political Institutions, Policymaking Processes and Policy Outcomes: The Case of Uruguay*. Washington: Inter-American Development Bank.
- BERTOLA, L. y BITTENCOURT, G. (2005). 'Veinte años sin desarrollo económico', en: G. CAETANO (comp.), *Veinte años de democracia* (pp. 305-329). Montevideo: Ediciones Santillana.
- BIDEGAIN PONTE, G. (2013). 'Uruguay 2013: ¿el año bisagra?', *Revista de ciencia política*, 33(1), 351 – 374.
- BLAKE, C.H. (1998). 'Economic Reform and Democratization in Argentina and Uruguay: The Tortoise and the Hare Revisited?', *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 40(3), 1-26.
- BLONDEL, J. (1968). 'Party Systems and Patterns of Government in Western Democracies', *Canadian Journal of Political Science*, 1(2), 180-203.
- BOBBIO, N. (1991). *El futuro de la democracia*. Ciudad de México: FCE.
- BOTTINELLI, O.A. (2005a). *Ilusión óptica y realidad*. Montevideo: Instituto Factum, <http://buscar.uruguaytotal.com/cgi-bin/uytotal.cgi?cs=iso-8859-1&q=resultados&ch=http:%2F%2Fwww.factum.edu.uy%2Festpol%2Fanaobs%2F2005%2Fano05020.html&fm=off>
- BOTTINELLI, O.A. (2005b). *La base electoral de blancos y colorados*. Montevideo: Instituto Factum, <http://www2.factum.edu.uy/estpol/anaobs/2005/ano05021.html>
- BOTTINELLI, O.A., GIMÉNEZ W. y MARIUS, J.L. (2014). *Enciclopedia Electoral del Uruguay 1900-2010*. Montevideo: Poder Legislativo, [http://www.parlamento.gub.uy/htmlstat/pl/otrosdocumentos/senado/Enciclopedia Electoral1900_2010.pdf](http://www.parlamento.gub.uy/htmlstat/pl/otrosdocumentos/senado/EnciclopediaElectoral1900_2010.pdf)
- BOUCEK, F. (2012). *Factional Politics: How Dominant Parties Implode or Stabilize*. Londres: Palgrave Macmillan.
- BOLLEYER, N. (2013). *New Parties in Old Party Systems: Persistence and Decline in Seventeen Democracies*. Oxford: Oxford University Press.

- Brecha* (6 de agosto de 2015a). 'Sin ave fénix a la vista', Montevideo, 10-11.
- Brecha* (6 de agosto de 2015b). 'El riesgo de ser "un partido testimonial"', Montevideo, 11.
- BUCHELI, M. y FURTADO, M. (2004). *Uruguay 1998-2002: características de los cambios en el perfil de la distribución del ingreso*. Montevideo: Naciones Unidas.
- BUQUET, D. (2003). 'El doble voto simultáneo', *Revista SAAP*, 1(2), 317-339.
- BUQUET, D. (2009). 'Uruguay 2008: de las reformas a la competencia electoral', *Revista de ciencia política*, 29(2), 611-632.
- BUQUET, D. y CHASQUETTI, D. (2005). 'Elecciones Uruguay 2004: descifrando el cambio', *Revista de Ciencia Política*, 25(2), 143-152.
- BUQUET, D. y D. CHASQUETTI. (2008). 'Presidential Candidate Selection in Uruguay, 1942 to 2004', en: P.M. SIAVELIS y S. MORGENSTERN (comp.), *Pathway to Power. Political Recruitment and Candidate Selection in Latin America* (pp. 316-341). Pennsylvania: Penn State University Press.
- BUQUET, D. y PIÑEIRO, R. (2011). 'Participación electoral en las elecciones primarias', *Revista Debates*, 5(2), 79-95.
- BUQUET, D. y PIÑEIRO, R. (2014). 'La consolidación de un nuevo sistema de partidos en Uruguay', *Revista Debates*, 8(1), 127-148.
- BUQUET, D., PIÑEIRO, R., SALVAT, R. y VAIRO, D. (2012). 'Corruption and Politics in Uruguay: From Particularism to Universalism', *Studies of Changing Societies*, 1(6), 146-170.
- BURIANO, A. (2011). 'Ley de Caducidad en Uruguay y esencia ético-política de la izquierda', *Perfiles Latinoamericanos*, 38, 173-203.
- BUSCIO, J. (2004). *José Batlle y Ordoñez. Uruguay a la vanguardia del mundo. Pensamiento político y raíces ideológicas*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Búsqueda* (3 de setiembre de 2015). 'Colorados no quieren repetir "experiencia" de la "Concertación"', Montevideo, 10.
- BUXTON, J. (2001). *The Failure of Political Reform in Venezuela*. London: Ashgate.
- CAETANO, G. (1995). 'Uruguay. La encrucijada política del fin de siglo', *Nueva Sociedad*, 139, 6-16.
- CAETANO, G. (1999). 'Uruguay. Nuevas reglas y apertura del calendario electoral', *Nueva Sociedad*, 162, 6-13.

- CAETANO, G. (2003). 'Uruguay 2003. Agobios y desafíos del "nuevo país"', *Nueva Sociedad*, 184, 13-24.
- CAETANO, G. (2011). 'Ciudadanía y elecciones en el Uruguay contemporáneo (2009-2010)', *Temas y debates*, 21, 11-41.
- CAETANO, G. y RILLA, J.P. (1992). 'Raíces y permanencias de la partidocracia uruguaya', *Secuencia*, 22, 143-172.
- CAMPBELL, A., CONVERSE, P.E., MILLER, W.E. y STOKES, D.E. (1960). *The American Voter*. Nueva York: Wiley & Sons.
- CANTON, D. y JORRAT, J.R. (2002). 'Economic evaluations, partisanship, and social bases of presidential voting in Argentina, 1995 and 1999', *International Journal of Public Opinion Research*, 14(4), 413-427.
- CASON, J. (2000). 'Electoral Reform, Institutional Change, and Party Adaptation in Uruguay', *Latin American Politics and Society*, 43(3), 89-109.
- CASTLES, F.G. y P. MAIR. (1984). 'Left-Right Political Scales: Some 'Expert' Judgements', *European Journal of Political Research*, 12(1), 73-88.
- CHASQUETTI, D. (2008.) 'Uruguay 2007: El complejo año de las reformas', *Revista de Ciencia Política*, 28(1), 385-403.
- CHASQUETTI, D. y BUQUET, D. (2004). 'La democracia en Uruguay: una partidocracia de consenso', *Política*, 42, 221-247.
- CHASQUETTI, D. y GARCÉ, A. (2005). 'Unidos por la historia: Desempeño electoral y perspectivas de colorados y blancos como bloque político', en: D. Buquet (comp.), *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno. 2004-2005*, pp.123-148, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CLEARY, M. (2006). 'Explaining the Left's Resurgence', *Journal of Democracy*, 17(4), 35-49.
- CONAGHAN, C. (1995). 'Politicians Against Parties: Discord and Disconnection in Ecuador's Party System', en: S. MAINWARING y T.R. SCULLY, *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America* (pp. 434-58). Stanford: Stanford University Press.
- COPPEDGE, M. (1994). *Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*. Stanford: Stanford University Press.
- COPPEDGE, M. (1998). 'The Dynamic Diversity of Latin American Party Systems', *Party Politics*, 4(4), 547-568.

- COPPEDGE, M. (2005). 'Explaining Democratic Deterioration in Venezuela through Nested Inference', en: F.HAGOPIAN y S. MAINWARING (comp.), *The Third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks* (pp. 289-318). Cambridge: Cambridge University Press.
- COSTA LOBO, M. (2014). 'Party and Electoral Leadership', en: R.A.W. RHODES y P. 'T HART, *The Oxford Handbook of Political Leadership* (pp. 362-375). Oxford: Oxford University Press.
- DALTON, R.J., SC. FLANAGAN y P.A. Beck. (1984). *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*. Princeton: Princeton University Press.
- DE ARMAS, G. (2006). 'Sociedad y políticas sociales en Uruguay desde la transición democrática al gobierno del Frente Amplio', *América Latina Hoy*, 44, 41-61.
- DE ARMAS, G. (2009). 'Debilitamiento del efecto demográfico y consolidación de un nuevo sistema de partidos: evidencia de las elecciones 2009 en Uruguay', *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 18(1), 41-63.
- DELLA PORTA, D. (ed.) (2009). *Democracy in Social Movements*. Londres: Palgrave Macmillan.
- DE LOS SANTOS, A. (2015). 'Redondamente desastroso', *La Diaria*, 17 de setiembre de 2015, Montevideo, <http://ladiaria.com.uy/articulo/2015/9/redondamente-desastroso/>
- DELBONO, A. (2012). 'Familias político-ideológicas en el Uruguay post dictadura: configuración, evolución y actualidad de un nuevo esquema binario en el sistema de partidos (1985-2010)', en: *Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política*, "La Ciencia Política desde el Sur", 14-16 de noviembre de 2012. Asociación Uruguaya de Ciencia Política, Montevideo, http://www.aucip.org.uy/docs/cuarto_congreso/12111915%20-%20Delbono,%20Andrea.pdf
- DEMASI, C. (2012). 'La partidocracia uruguaya: aportes para la discusión de una hipótesis', *Contemporánea*, 3(3), 267-282.
- DIETZ, H.A. y D.J. MYERS. (2007). 'From Thaw to Deluge: Party System Collapse in Venezuela and Peru', *Latin American Politics and Society*, 49(2), 59-86.
- DIX, R.H. (1989). 'Cleavages Structures and Party Systems in Latin America', *Comparative Politics*, 22(1), 23-37.
- DIX, R.H. (1992). 'Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties', *Comparative Political Studies*, 24(4), 488-511.

- DONGHI, T.H. (2014). 'Party and Nation-State in the Construction of Collective Identities: Uruguay in the Nineteenth Century', *en*: L. RONIGER y T. HERZOG (comp.), *The Collective and the Public in Latin America*, (pp. 158-173). Eastborne: Sussex Academic Press.
- DOMÍNGUEZ, J.I. y McCANN, J.A. (1995). 'Shaping Mexico's electoral arena: the construction of partisan cleavages in the 1988 and 1991 national elections', *American Political Science Review*, 89, 34-48.
- DOŠEK, T. (2014). '¿Por qué la gente vota a la izquierda? Clivajes, Ideología y Voto Retrospectivo en Bolivia y Uruguay en Perspectiva Comparada', *DADOS Revista de Ciências Sociais*, 57(3), 773-815.
- DOWNS, A. (1957). *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper & Row.
- DUTRÉNIT BIELOUS, S. (1996). 'El Frente Amplio y la reproducción de la identidad política', *Nueva Sociedad*, 144, 126-137.
- DUVERGER, M. (1954). *Political Parties. Their Organization and Activity in the Modern State*. Londres: Methuen.
- El Observador* (11 de mayo de 2015). "Perder Salto fue un golpe duro y Bordaberry dará un paso al costado". <http://www.observador.com.uy/perder-salto-fue-un-golpe-duro-y-bordaberry-dara-un-paso-al-costado-n304780>
- El País* (6 de enero de 2003). 'Diferencias estratégicas en derecha colorada', Montevideo, http://historico.elpais.com.uy/03/01/06/pnacio_25287.asp.
- El País* (25 de noviembre de 2014). 'Amado se fue de Vamos Uruguay, pero no del Partido Colorado', Montevideo, <http://www.elpais.com.uy/informacion/amado-se-uruguay-no-partido.html>
- El País* (12 de mayo de 2015). 'Debacle colorada hunde al partido en su peor crisis', Montevideo, 1.
- ESCUADERO, L. (2001). 'Argentina', *en*: M. ALCÁNTARA SÁEZ Y F. FREIDENBERG (comp.), *Partidos Políticos de América Latina* (pp.33-114). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- ESPONDA, F., FLORES, M., SELIOS, L., y SOTO, S. (2015). 'La bandera y el colibrí: edades y partidos en la elección 2014', *en*: A. GARCÉ y N. JOHNON (comp.), *Elecciones uruguayas 2014-2015* (pp.30-55). Montevideo: Fin de Siglo.
- ESPÍNDOLA, R. (2001). 'No change in Uruguay: the 1999 presidential and parliamentary elections', *Electoral Studies*, 20, 643-659.

- FARTHING, L.C. y KOHL, B.M. (2014). *Evo's Bolivia: Continuity and Change*. Austin: University of Texas Press.
- FELL, D. (2006). 'The Rise and Decline of the New Party: Ideology, Resources and the Political Opportunity Structure', *East Asia*, 23(1), 47-67.
- FIORINA, M. (1980). 'The Decline of Collective Responsibility in American Politics', *Engineering and Science*, 44(2), 12-16.
- FIORINA, M. (1981). *Retrospective Voting in American Presidential Elections*. New Haven: Yale University Press.
- FLORES, M. y SELIOS, L. (2011). 'Perfiles generacionales en las preferencias políticas de los uruguayos', *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 20(1), 33-62.
- FLORES, M. y SELIOS, L. (2013). 'Dictaduras y generaciones en Chile y Uruguay. Un análisis de las preferencias políticas de los ciudadanos nacidos entre 1930 y 1991', *POSTData*, 18 (2), 365-402.
- GALLAGHER, M., LAVRE, M. y MAIR, P. (2006). *Representative Government in Modern Europe: Institutions, Parties, and Governments*. Londres: McGraw-Hill.
- GAMARRA, E. y MALLOY, J.M. (1995). 'The Patrimonial Dynamics of Party Politics in Bolivia', en: S. MAINWARING y T.R. SCULLY (comp.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America* (pp. 399-433). Stanford: Stanford University Press.
- GARCÉ, A. (2000). 'La partitura, la orquesta, el director y algo más.', en: J. LANZARO (comp.), *La "segunda" transición en el Uruguay. Gobierno y Partidos en un Tiempo de Reformas* (pp. 339-381). Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- GARCÉ, A. (2005). 'La ciencia política en Uruguay: un desarrollo tardío, intenso y asimétrico', *Revista de Ciencia Política*, 25 (1), 232-244.
- GARCÉ, A. (2007). 'El trampolín de Tabaré: La gestión del Frente Amplio en Montevideo como ensayo general para el gobierno nacional', *Nueva Sociedad*, 212, 120-134.
- GARCÉ, A. (2010). 'Uruguay 2009: De Tabaré Vázquez a José Mujica', *Revista de ciencia política*, 30(2), 499 – 535.
- GARCÉ, A. (2013). 'El Frente Amplio como partido de gobierno', en: I. NERCESIAN (comp.) *Dossier Uruguay* (pp. 122-139). Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.
- GARCÉ, A. y YAFFÉ, J. (2006). 'La izquierda uruguaya (1971-2014): ideología, estrategia y programa', *América Latina Hoy*, 44, 87-114.

- GILLESPIE, C.G. (1986a). 'Activists and the Floating Voter: The Unheeded Lessons of Uruguay's 1982 Primaries', en: P.W. DRAKE y E. SILVA (comp.), *Elections and Democratization in Latin America, 1980-85* (pp. 215-44). San Diego: University of California.
- GILLESPIE, C.G. (1986b). 'Uruguay's Transition from Collegial Military-Technocratic Rule', en: G. O'DONNELL, P.C. SCHMITTER, y L. WHITEHEAD (comp.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy. Vol II: Latin America* (pp. 173-195). Baltimore: The John Hopkins University Press.
- GILLESPIE, C.G. (1991). *Negotiating Democracy. Politicians and Generals in Uruguay*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ, A., MIERES, P. y ZUASNABAR, I. (2013). *Los valores de los jóvenes uruguayos. Democracia, autoridad y confianza en las organizaciones*. Montevideo: Konrad Adenauer Stiftung – Universidad Católica del Uruguay.
- GONZALEZ, L.E. (1991). *Political Structures and Democracy in Uruguay*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- GONZALEZ, L.E. (1995). 'Continuity and Change in the Uruguayan Party System', en: S. MAINWARING y T.R. SCULLY (comp.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America* (pp. 138-163). Stanford: Stanford University Press.
- GONZÁLEZ, L.E. (1999). 'Introducción: los partidos establecidos y sus desafiantes', en: L.E. GONZÁLEZ, F. MONESTIER, R. QUEIROLO y M. SOTELO RICO (comp.), *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio* (pp. 9-18). Montevideo: Fundación de Cultura Universitario.
- HANDELMAN, H. (1986). 'Prelude to Elections: The Military's Legitimacy Crisis and the 1980 Constitutional Plebiscite in Uruguay', en: P.W. DRAKE y E. SILVA (comp.), *Elections and Democratization in Latin America, 1980-1985* (pp. 201-214). San Diego: Center for Iberian and Latin American Studies.
- HAWKINS, K. (2010). *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HARTEN, S. (2011). *The Rise of Evo Morales and the MAS*. Londres: Zed Books.
- HAGUE, R. y HARROP, M. (2007). *Comparative Government and Politics*. Londres: Palgrave Macmillan.
- HELLINGER, D. (2003). 'Political Overview: The Breakdown of *Puntofijismo* and the Rise of *Chavismo*', en: S. ELLNER y D. HELLINGER (comp.), *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict* (pp. 7-26). Boulder: Lynne Rienner.
- HINDMOOR, A. (2006). *Rational Choice*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

- HINICH, M.J. y MUNGER, M.C. (1994). *Ideology and the theory of political choice*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- HOLMBERG, S. (2007). 'Partisanship Revisited', en: R.J. DALTON y H.D. KLINGEMANN (comp.), *The Oxford Handbook of Political Science* (pp. 557-570). Oxford: Oxford University Press. '
- HUNTINGTON, S.P. (1965). "Political Development and Political Decay", *World Politics*, 17(3), 386-430.
- IGNAZI, P. (1996). 'The Crisis of Parties and the Rise of New Political Parties', *Party Politics*, 2(4), 549-566.
- IGNAZI, P. (2006). *Extreme Right Parties in Western Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- JANDA, K. (1970). 'A Conceptual Framework for the Comparative Analysis of Political Parties', *Sage*, Vol. I, N°2, pp. 77-126.
- KEY, V.O. (1966). *The Responsible Electorate*. Nueva York: Vintage.
- KARVONEN, L. (2010). *The Personalisation of Politics*. London: European Consortium for Political Research Press.
- KATZ, R. y MAIR, P. (1995). 'Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party', *Party Politics*, 1, 5-28.
- KIRCHHEIMER, O. (1966). 'The Transformation of the Western European Party Systems', en: J. LAPALOMBARA y M. WEINER (comp.), *Political Parties and Political Development* (pp. 177-200). Princeton: Princeton University Press.
- KING, A. (2002). *Leaders' Personalities and the Outcome of Democratic Elections*. Oxford: Oxford University Press.
- KITSCHOLT, H. (2000). 'Linkages Between Citizens and Politicians in Democratic Polities', *Comparative Political Studies*, 33(6/7), 845-879.
- KLINE, H. (2014). 'Latin American Leadership', en: R.A.W. RHODES y P. 'T HART (comp.), *The Oxford Handbook of Political Leadership* (pp. 376-388). Oxford: Oxford University Press.
- KRAMER, G. (1971). 'Short-term fluctuations in U.S. Voting Behavior, 1986-1964', *American Political Science Review*, 65, 131-143.
- LAAKSO, M. y TAAGEPERA. (1979). "'Effective" Number of Parties. A Measure with Application to West Europe', *Comparative Political Studies*, 12, 3-27.

- La Diaria* (30 de julio de 2015). 'Game Over', Montevideo, <http://ladiaria.com.uy/articulo/2015/7/game-over/>
- La Red 21* (12 de setiembre de 2001). 'El Foro Batllista se "pachequizó"', Montevideo, <http://www.lr21.com.uy/politica/55730-el-foro-batllista-se-pachequizo>
- La República* (30 de diciembre de 2015). 'Novick funda nuevo partido', Montevideo, <http://www.republica.com.uy/novick-funda-nuevo-partido/552034/>
- LAMAS, J.M. (1946). *Riqueza y pobreza del Uruguay: Estudio de las causas que retardan el progreso nacional*. Montevideo: Tipografía Atlántida.
- LANZARO, J. (1998). 'La izquierda uruguaya: entre la oposición y el gobierno', *Nueva Sociedad*, 157, 154-165.
- LANZARO, J. (2000). 'El presidencialismo pluralista en la "segunda" transición', en J. LANZARO (comp.), *La "segunda" transición en el Uruguay: Gobierno y partidos en un tiempo de reformas* (pp. 19-196). Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- LANZARO, J. (2007). 'Uruguayan Parties: Transition within Transition', en: K. LAWSON y MERKL, P. (comp.), *When Parties Prosper: The Uses of Electoral Success*. Boulder: Lynne Rienner.
- LANZARO, J. (2013). 'Continuidad y cambio en la vieja democracia de partidos Uruguay (1910-2010)', *Opinião Pública*, 19(2), 235-269.
- LANZARO, J. (2015). 'Uruguay 2014: elecciones competitivas y partido de izquierda predominante', *Revista SAAP*, 9(1), 11-41.
- LAWSON, K. y P.H. MERKL. (1988). *When Parties Fail: Emerging Alternative Organizations*. Princeton: Princeton University Press.
- LEWIS-BECK, M.S. y STEGMAIER, M. (2007). "Economic Models of Voting", en: R.J. DALTON y H.D. KLINGEMANN (comp.), *The Oxford Handbook of Political Science* (pp. 518-537). Oxford: Oxford University Press.
- LINDAHL, G.G. (1962). *Uruguay's New Path: A Study in Politics During the First Colegiado, 1919-33*. Stockholm: Institute of Iberoamerican Studies.
- LIPSET, S.M. y ROKKAN, S. (1967). 'Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction', en: S. M. Lipset y S. Rokkan (comp.), *Party Systems and Voter Alignments* (pp. 1-64). Nueva York: The Free Press.
- LIPSET, S.M. (1996). 'What are parties for?', *Journal of Democracy*, 7(1), 169-175.

- LÓPEZ CARIBONI, S. y MORAES, J.L. (2014). 'Uruguay 2013: Un balance preelectoral', *Revista de Ciencia Política*, 34(1), 293-313.
- LUNA, J.P. (2002). "¿Pesimismo Estructural o voto económico? Macropolitics in Uruguay", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 13, 123-151.
- LUNA, J.P. (2007). 'Frente Amplio and the Crafting of a Social-Democratic Alternative in Uruguay', *Latin American Politics & Society*, 49(4), 1-30.
- LUNA, J.P. (2008). 'A Lost Battle? Building Programmatic Party-Voter Linkages in Contemporary Latin America: A Comparative Analysis of Chile and Uruguay', en: G. O'Donnell, J.S. Tulchin y A. Varas, *New Voices in Studies in the Study of Democracy in Latin America* (pp. 153-218). Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- LUPU, N. (2014). 'Brand Dilution and the Breakdown of Political Parties in Latin America', *World Politics*, 66(4), 561-602.
- LUPU, N. (2016). *Party Brands in Crisis: Partisanship, Brand Dilution, and the Breakdown of Political Parties in Latin America*. New York: Cambridge University Press.
- LUPU, N. (próxima). 'La dilución de marca y el colapso de los partidos políticos en América Latina', en: *Programa del II Congreso Internacional de Estudios Electorales*, ed. Fernando Tuesta Soldevilla, Jurado Nacional Electoral, Lima. http://noamlupu.com/breakdown_ESP.pdf
- MANCERO, M.E. (1996). 'Elecciones '94 y coalición de gobierno en Uruguay', *América Latina Hoy*, 13, 93-99.
- MAINWARING, S. y SCULLY, T.R. (1995). 'Introduction: Party Systems in Latin America', en: S. MAINWARING y T.R. SCULLY (comp.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America* (pp. 1-36). Stanford: Stanford University Press.
- MAIR, P. (2002). 'Comparing Party Systems', en: L. LEDUC, R.G. NIEMI y P. NORRIS (comp.), *Comparing Democracies 2: New Challenges in the Study of Elections and Voting* (pp. 88-107). Londres: Sage Publications.
- MAIR, P. (2006). 'Party System Change', en: R.S. KATZ y W. CROTTY (comp.), *Handbook of Party Politics* (pp. 63-73). Londres: Sage Publications.
- MCALLISTAR, I. (2007). 'The Personalization of Politics', en: R.J. DALTON y H.D. KLINGEMANN (comp.), *The Oxford Handbook of Political Science* (pp. 571-588). Oxford: Oxford University Press.
- MICHELS, R. (1911). *Political Parties*. Nueva York: Free Press.

- MIERES, P. (1990). 'Elecciones de 1989 en Uruguay. Una interpretación del cambio del sistema de partidos', *Revista Mexicana de Sociología*, 52(4), 25-47.
- MOREIRA, C. (2000). 'Elecciones en Uruguay 1999: comportamiento electoral y cultura política', en: *XXII International Congress*, 16-18 de marzo 2000, The Hyatt Regency Miami, <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/Moreira.PDF>
- MOREIRA, C. (2004). *El final del juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- MORAES, J.A., GUEDES, A. y LUJÁN, D. (2012). '¿Dónde está el piloto? A dos años de gobierno del presidente Mujica', *Revista de ciencia política*, 32(1), 269–291.
- MORALES QUIROGA, M.J. (2014). *Identificación Partidaria en América Latina. Instituciones, historia y votantes*. Tesis doctoral, Instituto de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- MORGAN, J. (2011). *Bankrupt Representation and Party System Collapse*. University Park, PA: The Pennsylvania State University Press.
- MORGENSTERN, S. (2001). 'Organized Factions and Disorganized Parties: Electoral Incentives in Uruguay', *Party Politics*, 7(2), 235-256.
- MUDEDE, C. y C.R. KALTWASSER. (2014). 'Populism and Political Leadership', en: R.A.W. RHODES y P. 'T HART (comp.), *The Oxford Handbook of Political Leadership* (pp. 376-388). Oxford: Oxford University Press.
- NERCESIAN, I. (2013). 'Introduction', en: I. NERCESIAN (comp.), *Dossier Uruguay* (pp. 7-15). Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.
- ODDONE, G. (2009). *El declive. Una mirada a la economía de Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Linardi y Risso.
- O'DONNELL, G., TULCHIN, J.S. y VARAS, A. (2008). *New Voices in the Study of Democracy in Latin America*. Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- OSTROGORSKI, M. (1902). *Democracy and the Organisation of Political Parties*. London: Palgrave Macmillan.
- ORDESHOOK, P. y SHVETSOVA, O. (1994). 'Ethnic Heterogeneity, District Magnitude and the Number of Parties', *Public Choice*, 90, 55-72.
- PANEBIANCO, A. (1988). *Political Parties: Organization and Power*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PAOLILLO, C. (2004). *Con los días contados*. Montevideo: Fin de Siglo.

- PAYNE, J.M. (2007). 'Party Systems and Democratic Governability', en: J.M. PAYNE, G. ZOVATTO y M. MATEO DÍAZ (comp.), *Democracies in Development: Politics and Reform in Latin America* (pp. 149-177). Washington: Inter-American Development Bank.
- PARTIDO COLORADO. (2012). *Congreso Ideológico del Partido Colorado*. Montevideo: Partido Colorado.
- PEREIRA, G. (1988). *El viraje de la 15. Del dirigismo económico al neoliberalismo*. Montevideo: Ediciones Gandhi.
- QUEIROLO, R. (2006). 'Las elecciones uruguayas de 2004: la izquierda como única oposición creíble', *Colombia Internacional*, 64, 34-49.
- RAE, D.W. (1967). *The Political Consequences of Electoral Laws*. New Haven: Yale University Press.
- RAMA, G. (1971). *El club político*. Montevideo: Arca.
- RANDALL, V. (1988). *Political Parties in the Third World*. Londres: Sage.
- REY TRISTÁN, E. (2013). 'La violencia política en la conformación del Estado uruguayo', en: I. NERCESIAN (comp.) *Dossier Uruguay* (pp. 39-53). Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.
- RIAL, J. 1986. 'The Uruguayan Elections of 1984: A Triumph of the Center', en: P.W. DRAKE y E. SILVA (comp.), *Elections and Democratization in Latin America, 1980-1985* (pp. 245-271). San Diego: Center for Iberian and Latin American Studies.
- RICO, A. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay (1985-2005)*. Montevideo: Trilce.
- RIGGS, F.R. (1973). 'Administrative Reform and Political Responsiveness: A Theory of Dynamic Balancing', *Sage*, 1(2), pp. 567-606.
- ROBERTS, K.M. (2012). 'Parties, Party Systems, and Political Representation', en: P. KINGSTONE y D.J. YASHAR (comp.), *Routledge Handbook of Latin American Politics* (pp. 48-60). Nueva York: Routledge.
- ROBERTS CLARK, W., GOLDER, M. y NADENICHEK GOLDER, S. (2013). *Principles of Comparative Politics*. Los Angeles: Sage Publications.
- ROBERTSON, D. (1976a). *Theory of Party Competition*. Londres: Wiley.
- ROBERTSON, D. (1976b). 'Surrogates for Party Identification in the Rational Choice Framework', en: I. BUDGE, I. CREWE y B. FARLIE (comp.), *Party Identification and Beyond* (pp. 365-381). Londres: John Wiley & Sons.

- RONIGER, L. (2004). 'Political Clientelism, Democracy, and Market Economy', *Comparative Politics*, 36(3), 353-375.
- RUIZ VALERIO, J. (2005). 'Tradiciones institucionales y consolidación democrática en Uruguay', *Confines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, 1(1), 133-163.
- SAARS, T. (2015). 'Persistence and Decline of Political Parties: The Case of Estonia', *East European Politics*, 31(2), 208–228.
- SÁNCHEZ, O. (2008). 'Transformation and Decay: the De-institutionalisation of Party Systems in South America', *Third World Quarterly*, 29(2), 315-337.
- SARTORI, G. (1976). *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SARTORI, G. (1986). 'The Influence of Electoral Systems: Faulty Laws or Faulty Method?', en: B. GROFMAN y A. LIJPHART, *Electoral Law and Their Political Consequences* (pp. 43-68). New York: Agathon Press.
- SARTORI, G. (1994). *Ingeniería Constitucional Comparada*. Ciudad de México: FCE.
- SASAGETA, M.G. (2014). 'Votación plebiscitaria de octubre de 2009 sobre la Ley de Caducidad y las edades de los votantes', en: *Quinto Congreso Uruguayo de Ciencia Política, "¿Qué ciencia política para que democracia?", 7-10 de octubre de 2014*, Asociación Uruguaya de Ciencia Política, Montevideo. http://aucip.org.uy/docs/v_congreso/ArticulospresentadosenVcongresoAucip/AT4%20-DerechosHumanos/GracianaSagasetta_Votacionplebiscitaria.pdf
- SCARROW, S.E. (2007). 'Political Activism and Party Members', en: R.J. DALTON y H.D. KLINGEMANN (comp.), *The Oxford Handbook of Political Science* (pp. 636-654). Oxford: Oxford University Press.
- SCULLY, T.R. (1995). 'Reconstituting Party Politics in Chile', en: S. MAINWARING y T.R. SCULLY (comp.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America* (pp. 100-137). Stanford: Stanford University Press.
- SCHATTNEIDER, E. (1942). *Party Government*. Nueva York: Farrar & Reinhart.
- SCHMIT, H. y HOLMBERG, S. (1995). 'Political Parties in Decline', en: H.D. KLINGEMANN y D. FUHS (comp.), *Citizens and the State* (pp. 95-132). Oxford: Oxford University Press.
- SEAWRIGHT, J. (2012). *Party-System Collapse: The Roots of Crisis in Peru and Venezuela*. Stanford: Stanford University Press.
- SELIOS, L. (2006). 'Los últimos diez años de la cultura política uruguaya: entre la participación y el desencanto', *América Latina Hoy*, 44, 63-85.

- SELIOS, L. y VAIRO, D. (2012). 'Elecciones 2009 en Uruguay: permanencia de lealtades políticas y accountability electoral', *Opinião Pública*, 18(1), 198-215.
- SERRA, G. (2013). 'Demise and Resurrection of a Dominant Party: Understanding the PRI's Comeback in Mexico', *Journal of Politics in Latin America*, 5(3), 133-154.
- SIAROFF, A. (2006). 'A Typology of Contemporary Party Systems', en: *20th World Congress of the International Political Science Association*, 9-13 de julio de 2006, Fukuoka, Japón, http://paperroom.ipsa.org/papers/paper_5213.pdf.
- SIMON, H. (1983). *Reason in Human Affairs*. Oxford: Blackpool.
- SIVAK, M. (2010). *Evo Morales: The Extraordinary Rise of the First Indigenous President of Bolivia*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- SHIVELY, P. (1979). 'The Development of Party Identification Among Adults: Explanation of a Functional Model', *American Political Science Review*, 73, 1039-1054.
- SHIVELY, W.P. (2005). *Power & Choice: An Introduction to Political Science*. Nueva York: McGraw-Hill.
- SHOAEI, M. (2012). *MAS and the Indigenous People of Bolivia*. Tampa: University of South Florida.
- STREET, J. (2010). *Mass Media, Politics and Democracy*. Londres: Palgrave Macmillan.
- SWANSON, D. y MANCINI, P. (1996). *Politics, Media and Modern Democracy*. Westport, CT: Praeger.
- TANAKA, M. (2006). 'From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela', en: S. MAINWARING, A.M. BEJARANO y E. PIZZARO LEONGÓMEZ (comp.), *The Crisis of Democratic Representation in the Andes* (47-77). Stanford: Stanford University Press.
- TARTAKOFF, L.T. (2013). 'Continuity in Change: Leftwing Coalitions in Uruguay and Chile', *Global Society*, 50(1), 65-72.
- TAYLOR-ROBINSON, M.M. (2001). 'Old Parties and New Democracies: Do They Bring Out the Best in One Another?', *Party Politics*, 7(5), 581-604.
- THOMASSEN, J. (1967). 'Party Identification as a Cross-national Concept: Its Meaning in the Netherlands', en: I. BUDGE, I. CREWE y B. FARLIE (comp.), *Party Identification and Beyond* (pp. 63-79). Londres: John Wiley & Sons.
- VALDIVIA RIVERA, S. (2014). '*Redes políticas' y procesos de democratización. La relación Estado-movimientos sociales bajo el gobierno de Evo Morales en Bolivia, 2006-2013*. Tesis doctoral, Departamento de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Leiden.

- VELÁZQUEZ, C.M. (1968). *La política internacional en el pensamiento de Luis Alberto de Herrera*. Shrewsbury: Wilding and Son Ltd.
- WARE, A. (1996). *Political Parties and Party Systems*. Oxford: Oxford University Press.
- WAKSMAN, G. (1993). 'Uruguay. La gran derrota de Lacalle', *Nueva Sociedad*, 124, 17-21.
- WATTENBERG, M. (1998). *The Decline of American Political Parties 1952-1988*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- WHITELY, P.F. (2011). 'Is the Party Over? The Decline of Party Activism and Membership across the Democratic World', *Party Politics*, 17(1), 21-44.
- YAFFÉ, J. (2005). *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*. Montevideo: Linardi y Risso.
- YANAI, N. (1999). 'Why Do Political Parties Survive? An Analytical Discussion', *Party Politics*, 5(1), 5-17.
- ZUASNABAR, I. (2013). 'La reforma electoral uruguaya de 1996 y sus efectos sobre la identificación partidista', en: *II Congreso Internacional en Comunicación Política y Estrategias de Campaña, "Comunicación política en procesos de cambio"*, 3 a 5 de octubre de 2013, Toluca, <http://www.alice-comunicacionpolitica.com/abrir-ponencia.php?f=282-F524699d72821380358615-ponencia-1.pdf>

Anexo

Lista de entrevistados

1. Darío Hernández (Montevideo, 6 de agosto de 2015. Duración: 39 minutos.) Economista y empresario. Militante del Partido Nacional, jefe de campaña en las elecciones presidenciales de 1999 e integrante de comisiones del Partido Nacional entre 2000 y 2004.

2. Conrado Rodríguez (Montevideo, 3 septiembre 2015. Duración: 68 minutos.) Político y Administrativo jurídico. Diputado por el Partido Colorado, del sector Espacio Abierto. Fue secretario del Congreso Ideológico del PC en 2012.

3. Luis Alberto Lacalle Herrera (Montevideo, 8 de setiembre 2015. Duración: 57 minutos.) Abogado y político. Ex presidente de la República (1990-1995). Fue senador y diputado y presidente del Directorio del Partido Nacional.

4. Doble entrevista a Carlos Fedele y Eduardo Alonso (Montevideo, 15 de setiembre 2015. Duración: 89 minutos.) Carlos Fedele es politólogo y asesor político del diputado colorado Fernando Amado. Eduardo Alonso es politólogo e investigador académico en la Facultad de Información y Comunicación en la Universidad de la República.

5. Tabaré Viera (Montevideo, 16 setiembre 2015. Duración: 49 minutos.) Matemático y político. Diputado del Partido Colorado, del sector Espacio Abierto. Fue, Intendente del departamento de Rivera (2000-2010) y senador.

6. Jorge Lanzaro (Montevideo, 23 de setiembre 2015. Duración: 53 minutos.) Politólogo. Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de la Republica y fundador del mismo Instituto. Trabajó en universidades en Montreal, Salamanca y Paris, entre otros.

7. Jaime Yaffé (Montevideo, 1 de octubre 2015 y 6 de octubre 2015. Duración: 70 minutos.) Historiador y politólogo. Profesor de Ciencia Política en la Universidad de la Republica.

8. Ernesto Castellano (Montevideo, 2 de octubre 2015. Duración: 74 minutos.)
Politólogo. Asesor político de la senadora colorada Martha Montaner. Anteriormente trabajó en la empresa pública telefónica Antel.
9. Daniel Buquet (Montevideo, 7 de octubre 2015. Duración: 75 minutos.)
Politólogo. Profesor de Ciencia Política en la Universidad de la Republica.
10. Ignacio Zuasnábar. (Montevideo, 9 de octubre 2015. Duración: 40 minutos.)
Sociólogo y politólogo. Director de Opinión Publica de la empresa de opinión publica Equipos MORI Uruguay.
11. Jorge Batlle. (Montevideo, 19 de octubre 2015. Duración: 48 minutos.)
Abogado y político. Ex presidente de la Republica (2000-2005) por el Partido Colorado, de la lista 15. Fue senador y diputado.
12. Pedro Bordaberry. (Montevideo, 21 de octubre 2015. Duración: 31 minutos.)
Abogado y político. Senador desde 2009 por el Partido Colorado, por Vamos Uruguay. Fue Ministro de Turismo y Deporte, y de Industria, Energía y Minería entre 2000 y 2005.
13. Adolfo Garcé. (Montevideo, 22 de octubre 2015. Duración: 56 minutos.)
Politólogo. Profesor de Ciencia Política en la Universidad de la Republica.
14. Pablo Mieres. (Montevideo, 23 de octubre 2015. Duración: 67 minutos.)
Sociólogo, politólogo y político. Senador por el Partido Independiente y profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Católica del Uruguay. Fue candidato presidencial y diputado.
15. Oscar Bottinelli. (Montevideo, 30 de octubre 2015. Duración: 132 minutos.)
Politólogo e investigador de opinión pública. Director de Factum, empresa de opinión pública. Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de la Republica.
16. Julio María Sanguinetti. (Montevideo, 8 de diciembre 2015. Duración: 66 minutos.)
Abogado, político y periodista. Ex presidente de la Republica (1985-1990, 1995-2000) por el Partido Colorado, del Foro Batllista. Fue Ministro, senador, y diputado.
17. Lucía Topolansky. (Montevideo, 11 de diciembre 2015. Duración: 73 minutos.)
Agricultora y política. Senadora de la Republica por el Frente Amplio, del Movimiento de Participación Popular. Fue presidenta del Senado de la Republica y diputado.

18. Fernando Amado. (Montevideo, 11 de diciembre 2015. 84 minutos)
Político y escritor. Diputado por el Partido Colorado.

19. José Mujica. (Rincón del Cerro, 12 de diciembre 2015. Duración: 22 minutos.)
Agricultor y político. Ex presidente de la Republica (2010-2015) por el Frente Amplio, del
Movimiento de Participación Popular. Senador de la Republica. Fue ministro de Ganadería,
Agricultura y Pesca (2005-2010) y diputado.